

Molly Liholm

EL AMOR DE SU VIDA

460 ptas. - Argentina: $3.20 - México: $11.00

El amor de su vida

Molly Liholm

2º Las novias de Max

El amor de su vida (1999)
Título Original: The adventurous bride (1998)
Serie: 2º Las novias de Max
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Súper Bianca 48
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Adam Smith y Megan Cooper

Argumento:

A Meg Cooper la dejaron plantada ante el altar, y entonces ella decidió dejar a su familia, su hogar y su carrera para partir en busca de algo... ¡La aventura y el amor de su vida tenían que estar ahí fuera esperándola!

Cuando Adam irrumpió en su tienda una noche, la alegría desbordó a Meg. Él se dio cuenta de que se estaba metiendo en un buen lío. Aquella mujer atrevida y aventurera estaba empeñada en que él era su hombre...

Y de pronto, Adam se encontró en un grave peligro... el de enamorarse de ella.

1

Necesitaba un hombre.

Megan Elizabeth Cooper llevaba todo el día considerando la idea. Le dolían los pies, tenía el cuello rígido y estaba cansada, pero no podía quitarse la idea de la cabeza mientras anotaba los pedidos de sus clientes. Incluso habría cerrado la librería unos minutos antes de la hora si Gloria Logan no hubiese llegado justo en el instante en que estaba planteándose darle la vuelta al cartel de la puerta y que dijera *Cerrado*. Así podría subirse al piso de arriba a disfrutar de su ritual de los sábados por la noche: un largo baño con mucha espuma, una pizza y una película de vídeo. Pero Gloria era una clienta habitual de la librería que, cada dos semanas se llevaba una selección de novelas, así que no podía de ningún modo meterle prisa.

Sobre todo por una pizza y una película de vídeo. La hermosa Gloria, con su corte de admiradores, nunca lo comprendería. Suspiró. ¿Cómo había terminado así?

Una vez más, Meg contempló los héroes que aparecían en las portadas de las novelas que Gloria había elegido: tipos viriles, con bastante poca ropa, hombros anchos… y decidió que necesitaba un hombre que fuera exactamente igual que uno de aquéllos. Sin duda sus sábados por la noche se animarían bastante.

¿Un héroe de novela romántica? En fin… ya estaba perdiendo hasta la cabeza. Sí, necesitaba poner un toque de aventura en su vida, pero con los pies en el suelo. ¿Cómo podía haber llegado a aquel punto, a pasarse la noche de los sábados sola, soñando con héroes de papel? ¿Sería culpa de los últimos catorce meses? Sólo le faltaba el gato para encajar en la imagen típica de la solterona.

«De eso nada», le discutió una voz interior. Lo que pasaba es que ella quería de verdad un héroe romántico. Un hombre que fuera capaz de ser fiel a sus ideas. Un hombre que valorase a las mujeres, y que no tuviera miedo de comprometerse. Es decir, que no se pareciera a su ex prometido. Pero no. No debía engañarse. A su prometido no le asustaba el compromiso, pero no con ella. La verdad era que no lamentaba en demasía que Max hubiera decidido casarse con Emma en lugar de con ella. El problema era que, después de catorce meses buscando, cualquiera esperaría saber ya qué se está buscando, ¿no?

Gloria reparó en que estaba examinando a los hombres de los libros que iba a comprar.

—Guapos, ¿eh? —y suspiró con aire soñador, trazando con los dedos los músculos pectorales de un pirata que aparecía en una de las portadas—. Si alguna vez conozco a un hombre así, no le dejaré escapar —añadió con una sonrisa.

Qué sorpresa.

—Si tú debes conocer un montón de hombres distintos en el rancho.

Con aquellos angelicales rizos rubios y su figura curvilínea, los hombres debían pelearse por conseguirla.

Gloria frunció el ceño.

—Sí: todos los babosos de la ciudad que buscan una aventura —cabeceó lentamente—. Los ejecutivos bien trajeados no encajan en mi idea de héroe.

Héroe. Meg paladeó la palabra. ¿Y ella? ¿Quería también un héroe?

—¿Nada de vaqueros? —le preguntó a Gloria.

Los libros que había escogido tenían portadas de pirata, caballeros de brillante armadura y varios clones de Antonio Banderas en *Desperado*, pero Meg sabía que en las novelas románticas solían aparecer montones de vaqueros. A ella le gustaban bastante.

Gloria arrugó su nariz griega.

—Quiero un hombre ideal pero de fantasía, y no un vaquero oliendo a sudor y ganado de los que puedo encontrar a montones todos los días —entonces miró fijamente a Meg. Ojalá no estuviera enrojeciendo. Ella había ido a Sedona, Arizona, porque le gustaban los vaqueros. Toda su vida habían ejercido en ella una increíble fascinación las películas del Oeste, las novelas de Zane Grey y Clint Eastwood. Pero Gloria no le preguntó por sus preferencias—. Mi hermano me ha pedido que te invite a cenar el jueves.

En ese momento, sí que estuvo segura de estar enrojeciendo. Reid Logan era un vaquero con un próspero rancho. Y además, un vaquero realmente guapo. Tenía una de las ganaderías más prósperas del estado; incluso en una ocasión, la había invitado a visitar Liberty L, y Meg había disfrutado con la visita y con el hecho de montar al lado de un verdadero vaquero. Un vaquero muy sexy, además. Además de criar ganado, el Liberty L desarrollaba otra actividad bastante poco corriente. Al parecer, Gloria era el cerebro que se ocultaba detrás del programa de vacaciones de fantasía, en las que pequeños grupos de invitados que pagaban unas fuertes sumas de dinero, iban al rancho a probar la aventura del lejano Oeste. Reid no esperaba demasiado de la nueva experiencia de su hermana, o al menos eso le había dicho a Meg cuando ella le había pedido su opinión, pero era una forma de que su hermana se mantuviera ocupada. El cariño que obviamente sentía Reid por Gloria, y el hecho de que estuviese dispuesto a permitir que su hermana se labrase su propio futuro en el rancho eran rasgos de carácter que Meg encontraba muy atractivos.

Y Reid era, en sí mismo, muy atractivo, con hombros anchos, el pelo aclarado por el sol y una sonrisa traviesa.

Quizás debería aceptar aquella invitación. Al fin y al cabo, a ella

siempre le habían gustado los vaqueros.

En su otra vida, la que Max había destrozado, entre los libros favoritos de los que publicaba su pequeña editorial familiar había habido varios del Oeste, y quizás el destino estuviese haciéndole un guiño. Las fuerzas del universo podían haberla empujado hacia el sudoeste para que pudiese vivir uno de sus sueños. Así dejaría de ser la novia a la que habían plantado en el altar, y pasaría a ser una novia aventurera; una mujer salvaje y atrevida que encontraba al hombre de sus sueños en un vaquero.

Pero no. Simplemente llevaba demasiado tiempo viviendo en Sedona, y sus místicas creencias estaban empezando a calar también en ella. Pronto empezaría a creer en el poder de los tornados, las bolas de cristal y la magia, y eso no podía ser. Ella era una neoyorquina dura y sensata, pero, aun así... sería bonito pensar que era el destino quien se ocupaba de regir su vida.

De pronto, reparó en que estaba dando golpecitos con el dedo contra la caja registradora, en inmediatamente dejó de hacerlo. Creía haberse deshecho de esa mala costumbre, pero...

—Acepto encantada —anunció.

Quizás Reid Logan pudiera ser su hombre. ¿Por qué no? Tenían mucho en común. Los dos llevaban la responsabilidad de sus familias sobre los hombros, y ambos eran los que seguían presentando batalla pasara lo que pasase. Además, los vaqueros guapos siempre habían formado parte de sus fantasías favoritas.

El sexo había sido el error que había cometido con Max. Habían acordado esperar a la luna de miel para consumar su relación. ¿Y qué había ocurrido? Pues que él había acabado casándose con otra... ¡una consultora matrimonial!

De todas formas, tenía que admitir que su personalidad competitiva y dura se había dulcificado en cierta medida. Antes, los plazos de entrega y la competencia formaban parte de la esencia de su vida. La necesidad de firmar con el autor de mayor éxito antes de que otra editorial pudiera hacerlo era su principal motivación. Pero ahora, tenía tiempo de mirar a su alrededor, de disfrutar con las puestas de sol y del espectacular escenario que proporcionaba aquella tierra de rocas rojas. Podía pasarse horas en el desierto admirando los colores cambiantes, según el brillo del sol y de las nubes.

Era más, disfrutaba como nunca trabajando en la librería y charlando con los clientes. En Nueva York, nunca había tenido tiempo de hacerlo. Allí, sus días habían estado llenos únicamente con Scorpion Books. Con cómo se venderían los títulos que había adquirido y editado. En cómo podía robarle un buen autor a cualquier otra editorial. Su trabajo era su vida, y había querido más a la editorial, se había preocupado más por ella que por Max. Quizás...

quizás Max no hubiese cometido un error al casarse con Emma Delaney.

Mientras Gloria pagaba, recogía su bolsa y salía con aquel suave balanceo de caderas, Meg volvió a intentar dilucidar qué era lo que realmente quería. Se acercó a la sección de novela romántica y estudió los pechos desnudos de los héroes que la miraban desde la estantería.

¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué nunca estaba satisfecha? Se había pasado los últimos catorce meses buscando en su interior intentando encontrar qué era lo que de verdad quería de la vida, pero seguía sin saber qué buscaba. Sin embargo, en Sedona había sido feliz. Los últimos cuatro meses habían sido de lo mejor. Sedona y aquella tienda, The Gateway, eran el lugar donde debía estar, a pesar de que no había sido capaz de desprenderse del todo de las viejas costumbres. Había accedido a llevar The Gateway, que era propiedad de Abigail Milton, para que Abby tuviese más tiempo que dedicar a su espiritualidad, y para jugar con sus ordenadores último modelo. Cuando se hizo cargo de la tienda, se vendían en ella piedras del horóscopo, ángeles y medicinas naturales. La sección de libros consistía en una pequeña estantería con los últimos éxitos de ventas, anticuados para las costumbres de Nueva York. Meg había hecho algunos cambios, y ahora la sección de libros llenaba media tienda y vendía con regularidad.

Frotándose el cuello, Meg echó un último vistazo a las portadas. Estaba decidida a darle una oportunidad a Reid Logan. Y si él no era lo que andaba buscando... bueno, quizás hubiese llegado el momento de volver a casa.

Tenía que cerrar la puerta antes de sacar el dinero de la caja registradora y meterlo en la caja de seguridad de la pared. Aunque Sedona era una ciudad tranquila y pacífica, se alegraba de no tener que ir sola hasta el banco por la noche para depositar la caja del día. Había demasiado dentro de ella de urbanita como para fiarse ni siquiera de una pequeña ciudad como aquélla.

Demasiado, pero ya no tanto. Ya no había vuelto a ponerse sus trajes de Donna Karan. Los vaqueros viejos y la blusa rosa que llevaba bien poco tenían que ver con su aspecto de antes de ejecutiva. Le gustaba mucho su nuevo aspecto. Era mucho más suave y reflejaba un lado de su personalidad que antes había ignorado. Quizás debería quedarse. Pero en la última carta que había recibido de su padre, le rogaba que volviese. ¿De verdad estaba dispuesta a renunciar a la carrera para la que tan concienzudamente se había preparado, la profesión en torno a la cual giraba toda su vida, el trabajo que amaba? De hecho, seguiría sentada en su despacho de Scorpion Books de no haberse cancelado de aquel modo su boda. ¿Sería feliz si se hubiera quedado? Si Max no la hubiera abandonado, ¿habría continuado como

siempre? No. Incluso antes de la debacle con Max, ya había empezado a darle vueltas a su carrera y al hecho de que una vida centrada en ella no le bastaba.

Por otro lado, echaba de menos a su padre y a su hermano. ¿Y no era un poco inmaduro tener miedo de volver? ¿Tenía de verdad celos de su felicidad? Su hermano se había casado hacía poco con Sarah Tepper, y Meg sospechaba que su padre anunciaría boda dentro de poco.

Todos los miembros de la familia habían encontrado el amor verdadero. Todos, menos ella. ¿Cómo entonces podía extrañarse de pasar demasiado tiempo mirando las portadas de las novelas?

Meg dio la espalda a los libros y cuadró los hombros. Tenía que terminar de cerrar la tienda antes de poder subir a casa y disfrutar de la noche del sábado, de modo que fue hasta la puerta, dio la vuelta al cartel de *Cerrado* y estaba echando la cerradura, que por cierto necesitaba engrasarse, cuando se vio lanzada hacia atrás por la fuerza de alguien que empujaba la puerta. A duras penas, evitó caer al suelo y abrió la boca para decirle a aquel cliente que la tienda estaba cerrada, pero lo que vio la obligó a volver a cerrarla sin haber pronunciado palabra.

Porque ante sí tenía un arma. Una *Smith & Wesson* del calibre cuarenta y cinco; la reconoció porque habían editado una colección de novelas policíacas. No podía dejarse vencer por el pánico que la amenazaba, así que se distrajo preguntándose qué tal estaría Doug Hatfield, el escritor de esa colección. Tenía que escribirle. Al día siguiente. Si es que seguía viva.

De vuelta a la realidad, deseó que su propensión a soñar despierta pudiera llevarla lejos de verdad, lo más lejos posible de aquel arma con que le apuntaban. A su despacho de Manhattan, por ejemplo. Un acogedor despacho con una preciosa vista de Central Park. ¿Por qué demonios se habría decidido a abandonarlo en busca de aventuras?

Intentó inspirar profundamente, pero no consiguió que el aire le llegara a los pulmones. Las piernas empezaron a temblarle, y oía el zumbido de la sangre. «Contrólate, Cooper», se dijo, enfadada. «Ya te has enfrentado antes a situaciones peligrosas, y este no es el momento de desmayarse». Tenía que pensar. Siempre había estado orgullosa de su capacidad para razonar en cualquier situación.

Pero toda su capacidad de raciocinio desapareció al ver la cara del hombre que sostenía el arma en la mano.

Parecía despiadado, y aunque no era guapo, había algo cautivador en él. Llevaba barba de varios días y Meg pudo distinguir varias cicatrices en la línea de su mandíbula. Vestía unos vaqueros polvorientos, camiseta y cazadora de cuero, así que bien podía ser cualquier de los héroes de las novelas que compraba Gloria Logan.

—Quieta —le ordenó él con voz grave y seca. Meg sintió que una gota de sudor le caía por el centro de la espalda, y se llevó la mano a la boca. Su palma estaba también sudorosa.

Entonces lo miró a los ojos. Eran verdes, su color favorito para los ojos.

—Muévete —le ordenó, señalando hacia el centro de la tienda con el arma. Meg hizo lo que le ordenaba, e intentó no mirar hacia la caja registradora. Aunque, bien pensado, era una tontería. Precisamente debería hacer lo contrario: señalarle el emplazamiento del dinero para que apartara su atención de ella. Otra gota de sudor le recorrió la espalda y se estremeció. Aquel hombre no parecía un simple ratero. Por alguna razón, le parecía imposible que lo fuera.

Oyó cómo el cierre de la puerta encajaba en su sitio ya que, naturalmente, él no tenía que pelearse con el dichoso cerrojo como ella, y el estómago se le encogió. Estaba sola con aquel hombre armado y nadie la echaría de menos hasta el lunes por la mañana, es decir, dentro de treinta y seis horas. El corazón le latía aceleradamente, pero ya no de miedo.

Meg se volvió a mirarlo, y disimulando, se dio un buen pellizco. El hombre no desapareció y ella se sintió irracionalmente feliz.

Debía de medir en torno al metro ochenta y dos, y parecía poseer unos músculos bien torneados. Por un momento, incluso se perdió admirando la anchura de sus hombros. Siempre le había llamado poderosamente la atracción esa clase de constitución... de hecho, era una de las características más llamativas de Max.

El hombre avanzó hacia ella cojeando y Meg se quedó inmóvil mientras intentaba convencer a su estúpida libido de que se controlara. Había leído que el miedo podía ser un fuerte afrodisíaco, pero se estaba comportando de una forma ridícula.

—Hay trescientos dólares en la caja —le dijo, intentando mantener la calma, pero la voz le salió temblorosa.

El hombre se volvió a mirarla y la frialdad de sus ojos le hizo sentir miedo mientras la examinaba de la cabeza a los pies.

—No he venido a por tu dinero.

«Oh, Dios mío».

—No me hagas daño.

Se acercó a ella hasta quedar tan sólo a unos centímetros de distancia. Meg percibió su olor, una mezcla de cuero, sudor y hombre, y las rodillas amenazaron con rendirse, pero consiguió mantenerse erguida. No iba a dejarle ver que tenía miedo.

Él apoyó el cañón de la pistola entre sus pechos y Meg gritó. Al diablo con no demostrar el miedo. Retrocedió con la intención de echar a correr tan rápidamente como pudiera, pero él le tapó la boca

con una mano y con la otra la sujetó por una muñeca, retorciéndosela.

Su fantasía estilo Antonio Banderas se rompió en mil pedazos al sentirse cautiva de aquel violador en potencia, y le mordió con todas sus fuerzas.

—¡Mierda! —gritó él, y aflojó lo bastante la mano con que la sujetaba para que ella aprovechase la ocasión y se soltara.

Le oyó volver a maldecir y apenas había dado media docena de pasos cuando sintió una mano en el hombro que tiraba de ella y le hacía darse la vuelta. Ella aprovechó la fuerza del giro para propinarle un puñetazo en el estómago.

Él emitió un sonido extremadamente peculiar, soltó el arma y cayó de espaldas. Meg se lanzó a por la pistola y le apuntó con ella.

Él se puso de rodillas con una mano en el estómago y se levantó. Antes ya le parecía peligroso, pero en aquel momento la miró de una forma que le hizo sentirse aún más amenazada, lo cual era ridículo, porque el arma la tenía ella.

Entonces el hombre avanzó un paso.

—Quieto o disparo —dijo, y casi no se oyó ella misma.

—No lo creo —contestó, y dio otro paso. ¿Cómo era capaz de asustarla sólo con el tono de voz? El arma le temblaba tanto como un chaleco salvavidas abandonado en una tormenta. Ojalá no intentase arrebatársela. Podía dispararse por accidente.

Dio otro paso.

—Quieto. No te muevas —le dijo, e intentó que la pistola dejase de temblar.

—No has disparado un arma en tu vida... y mucho menos contra una persona, Abigail —dijo, completamente confiado.

Y aquella arrogancia la molestó. Podía tener dos veces su fuerza y pretender matarla o lo que fuera, pero no iba a consentir que la insultase.

—Esta pistola es una **Smith & Wesson** del cuarenta y cinco —le dijo—, con ocho balas en el cargador y una en la recámara. Su diseño le proporciona una gran precisión, así que en cuanto quite el seguro —y lo hizo—, estará preparada para disparar. El gatillo es muy suave y el más mínimo movimiento puede dispararlo, así que te aconsejo que no te muevas ni un pelo. Tienes razón en lo de que estoy muy nerviosa, pero como te estoy apuntando al pecho, aunque me mueva, haré blanco.

El hombre no se movió, pero le vio decidido a abalanzarse sobre ella aprovechando la más mínima distracción. Meg inspiró profundamente y lamentó no haber prestado más atención a las lecciones de Greg para relajarse. Su nuevo amigo de Sedona creía en la meditación, y solía decir que era fundamental ser capaz de mantener la calma en cualquier situación de peligro, ya que así se

podían analizar las posibilidades.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Tú me pediste que viniera, Abby.

—Yo no soy Abby —espetó, y era tarde cuando se dio cuenta de que quizás había cometido un error diciéndole la verdad.

Él frunció el ceño y Meg tuvo la sensación de que ocupaba aun más espacio en la pequeña tienda.

—Abigail Milton es la propietaria de The Gateway. Vive en su tienda, y como he estado todo el día observando este lugar, sé que eres tú la única que ha estado aquí.

Sus palabras eran algo ahogadas, y no dejaba de sujetarse el estómago. ¿Tanto daño le habría hecho? De pronto se dio cuenta de que ya estaba herido antes de entrar; tanto las magulladuras de la cara como su forma de moverse lo confirmaban.

Meg se secó una gota de sudor que le humedecía la frente.

—Soy Meg Cooper. Trabajo para Abby.

El hombre negó con la cabeza.

—Abby me dijo que estaría aquí. Fue ella quien me pidió que viniera.

—Pues no está —dijo, casi aliviada. A lo mejor se marchaba, si le decía la verdad—. Está en uno de sus retiros. Lleva fuera más de una semana, y no sé cuándo volverá.

El hombre pareció encogerse. Fue un movimiento mínimo, quizás sólo una relajación de los músculos, pero dio la sensación de haber perdido parte de la batalla, y Meg se dio cuenta de que ya no estaba tan asustada como antes.

Ahora lo que sentía era preocupación y curiosidad. Abby conocía a un montón de gente, digamos, fuera de la norma, pero ¿qué clase de relación podía unirla a un hombre así? ¿Y por qué iba a pedirle que fuese a la tienda si no iba a estar? No. Aquella historia era demasiado sospechosa. Debía de estar intentando que bajase la guardia.

—Maldita sea —murmuró él. Meg sujetó con más fuerza el revólver y él le ofreció una media sonrisa llena de arrogancia, una de las que Travolta prodiga en todas sus películas—. ¿Y ahora qué hacemos?

Meg ignoró el cosquilleo que sintió en la nuca al ver su sonrisa, y el sudor que seguía humedeciéndole la palma de las manos.

—¿Qué quieres de Abby?

—Fue ella quien me pidió que viniera —repitió, mirándola con sus ojos verdes.

¿Es que no sabía decir otra cosa? No era un mentiroso demasiado creativo.

—Abby no me ha hablado de ti.

Él se encogió de hombros.

—Es que no le he dicho que iba a venir.

Se quedó mirándola y volvió a sonreír con un mohín muy sexy. El pulso de Meg se aceleró.

—Si no te importa, me marcho.

Y dio un paso hacia atrás, levantando las manos en alto para demostrar que era inofensivo.

Pero aquel tipo nunca sería inofensivo, pensó Meg mientras le veía alejarse hacia la puerta, hacia la libertad.

Estaba prácticamente en la puerta, y Meg contemplaba como hechizada las gotas de sudor que le rodaban por la cara. ¿De verdad iba a dejar que se marchase?

En aquel momento suspendido en el tiempo, en el que sólo estaban ella y aquel tipo sensual y peligroso, Meg le vio poner la mano en el pomo de la puerta.

—Espera —le dijo y él se quedó inmóvil.

—Sería mejor que me fuera —dijo, apretando los dientes, y Meg vio que el sudor empapaba su camiseta negra. Su mirada era ardiente, y levantó un brazo hacia ella—. Necesito el arma.

Meg había dado un paso hacia él antes de ser consciente de que había decidido ayudarle, pero no llegó a tiempo de sujetarle antes de que se estrellara contra el suelo.

—¡No! Dios, no. Que no sea grave, por favor —exclamó, y corrió junto a su cuerpo. Estaba inmóvil, y por un momento Meg se preguntó si estaría muerto. Aunque también cabía la posibilidad de que fuese un truco, pero no tenía tiempo de preocuparse. Había que ayudarle, así que se arrodilló junto a él y le buscó el pulso en el cuello. Inestable. Tenía el rostro sudoroso e intentó quitarle la cazadora de cuero. Y cuando le pasó la mano por el pecho, sintió algo caliente y pegajoso.

Se miró la mano. Sangre. .

Tiró de su camiseta y vio la herida. Parecía un corte hecho por una navaja, cubierto por una costra de sangre seca y pequeños ríos de sangre recién manada. Tiró del vendaje que parecía haberse hecho él y vio al completo la herida. Tuvo que parpadear varias veces y controlar las náuseas que le estaban revolviendo el estómago. «Tranquilízate», se dijo, pero todos sus esfuerzos fueron en vano, porque tuvo que salir corriendo al baño.

Después de un momento, Meg se lavó la cara con agua fría y al verse en el espejo, se sorprendió. Tenía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas. ¿Era aquella la imagen de la tranquila y serena Megan Elizabeth Cooper de siempre? ¿Dónde se estaría metiendo?

Quería vivir aventuras y el destino parecía habérselas enviado. A toneladas.

Temblándole las piernas, volvió a entrar a la tienda.

—Está bien —le dijo al hombre inconsciente—. Te ayudaré.

Y sintió una especie de clic dentro, como si una pieza hubiese encajado en su sitio.

Buscó un libro de primeros auxilios, hirvió agua y llevó toallas limpias. Una vez hubiese revisado la herida y le hubiese aplicado unos puntos de sutura, ya se las ingeniaría para llevarlo al almacén. Gracias a Dios que había trabajado como voluntaria en una clínica de Los Ángeles hacía un año. Ella esperaba que le tocase hacer labores administrativas, e incluso que tuviese que consolar a los pacientes en un momento de dolor, pero debido a la escasez de personal en un barrio marginal y paupérrimo de la ciudad, Meg había hecho mucho más, y de hecho había visto tantas veces coser heridas de arma blanca a médicos y enfermeras que se sintió preparada para enfrentarse a aquélla.

De camino a la cocina, pasó por delante del teléfono y se detuvo. Debería llamar al 091. Eso era lo que cualquier persona razonable haría, así que descolgó el auricular… y volvió a colgarlo.

La Megan Elizabeth Cooper de siempre habría llamado a las autoridades, pero la nueva Megan Elizabeth Cooper estaba decidida a averiguar qué andaba buscando aquel hombre.

Enchufó la tetera y sacó las toallas y una botella de whisky, de la que tomó un rápido trago. Eso le daría la confianza que necesitaba.

Volvió junto al hombre y le tocó la cara. Él no se movió. Podía terminar padeciendo un horrible síndrome de Estocolmo, en el que las víctimas terminan haciendo causa común con sus secuestradores, pero sabía que tenía que ayudarle.

No le parecía un asesino, ni un violador, ni nada por el estilo. Rebuscó en sus bolsillos para saber su identidad, pero no encontró nada. Quizás fuese un detective privado. O un espía. Pero lo único que sabía en realidad era que se trataba de un hombre desesperado que necesitaba su ayuda, y no iba a dejarle morir, ni entregarle a las autoridades porque él era su aventura.

2

Sentía dolor por todas partes.

Siguió con los ojos cerrados. Debía de tener las costillas rotas. No era la primera vez, así que sobreviviría. Tenía el resto del cuerpo dolorido, pero no había nada más roto. Se movió con cuidado y un dolor agudo en el costado derecho le obligó a contener la respiración. Intentando mantener la consciencia, buscó en su memoria lo que le había ocurrido desde que decidiera empezar aquella absurda investigación.

Recordó el aparcamiento del aeropuerto de Phoenix y el calor de Arizona calcinándole los huesos. Luego, algo le golpeaba con fuerza. Tenía un recuerdo muy débil de haber sido metido a empujones en un coche y de que lo habían llevado a lo que parecía un almacén abandonado donde dos hombres le preguntaban constantemente quién había sido su contacto. Después, los golpes y la navaja. Lo amenazaron con ella, relatándole al detalle las clases de cortes que podían hacerle. Había pensado en Kelly, su hermana y en cómo le habían hecho daño sin lograr que ella dijera una sola palabra. Entonces, se oyó un ruido, que resultó ser el portero abriendo la puerta, y uno de aquellos dos tipos, el más joven, se asustó e intentó clavarle la navaja. Él se las arregló para apartarse un poco para que la navaja hiciese un corte en lugar de pinchar, pero sangró mucho. Fingiendo quedar inconsciente, se tiró al suelo y los hombres huyeron. Un error. Deberían haberse asegurado de que había muerto. Un descuido como ése le daba a entender que no se trataba de profesionales.

Abrió los ojos. Un error. La mujer estaba sentada junto a él en una silla, y sonrió.

—Bien, ya estás despierto. Estaba empezando a preocuparme. Ten —le acercó un vaso de agua a los labios—, debes de tener sed.

Y bebió, intentando recordar dónde estaba. Después de que los dos mafiosos hubieran desaparecido, él se arrastró hasta un rincón en el que el portero no pudiera verlo, y allí, entre la consciencia y la inconsciencia, intentó trazar el plan de su siguiente movimiento. De alguna manera, los malos se habían enterado de que les seguía los pasos, mientras que él en realidad no sabía lo que estaba investigando. Sólo seguía sus instintos y se dejaba guiar por su deseo de venganza. Nadie podía hacerle a Kelly el daño que le habían hecho y quedar impune.

En aquel momento, utilizó su entrenamiento militar para observar y analizar: la habitación era pequeña, estaba a oscuras y no tenía ventana. Una de las paredes estaba cubierta completamente con una estantería en la que había un montón de trastos.

—Estás en el almacén —le dijo la mujer sin que se lo hubiera

preguntado.

Volvió a llenarle el vaso y él se lo bebió. Tenía sed.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que te has desmayado por el dolor de la herida. Debes de haber perdido mucha sangre. Te la he limpiado, y no parecía que se hubiera cortado ninguna arteria principal, así que te la cosí.

Ella parecía complacida con su actuación, pero él no.

—¿Que tú me has examinado la herida y me las has cosido? ¿Eres médico?

—Oh, no —sonrió, dándole unas palmadas en la mano—. Leí lo que tenía que hacer en un libro de primeros auxilios y seguí los pasos. Igual que Salma Hayek en *Desperado*. Además, he trabajado como voluntaria en una clínica y he visto un montón de heridas de arma blanca, así que más o menos sabía lo que tenía que hacer.

—¿Qué?

La sorpresa le empujó a incorporarse, lo cual fue un error. El dolor le obligó a tumbarse de nuevo, y la mujer le ayudó a hacerlo despacio y a colocar las almohadas para tener una posición cómoda. Tenía las manos pequeñas, pero con una fuerza sorprendente, y reparó en lo guapa que era, ahora que no estaba asustada de él. Aunque tampoco parecía haberlo estado mientras le había apuntado con la pistola. Incluso había llegado a pensar que se sentía atraída por él. Él confiaba en su instinto respecto a las personas, y tenía la sensación de que aquella mujer no pretendía hacerle ningún mal, pero evidentemente estaba loca.

—Podrías haberme matado —se quejó. ¿Acaso se creería la heroína de una película?—. ¿Por qué no llamaste a un médico?

Ella apretó los labios y se levantó.

—Puedo llamarle ahora si quieres. Creía que preferirías evitar a las autoridades, pero puedo llamar ahora mismo al doctor Jenkins.

—No —contestó, sujetándola por una mano, aunque ella no se había movido.

—Me lo imaginaba —contestó ella, y cubrió su mano con la suya. La rabia que le había parecido ver en sus ojos había desaparecido, y sonrió. Desde luego, aquella mujer estaba como una cabra—. Eres como Harrison Ford en *El Fugitivo*, ¿verdad? Un hombre desesperado que huye. Sabía que tenía que ayudarte.

—¿Ayudarme? Estás loca, mujer. Podría ser un asesino.

—¿Vas a hacerme daño?

—No.

—Eso creía yo —aun sujetando su mano, volvió a sonreír y se acercó a él como si pretendiera compartir un secreto. Su pelo castaño le acarició el pecho—. Verás, es que esperaba que me ocurriera algo así un sábado por la noche —le confió, como si sus palabras

explicasen aquel extraño comportamiento.

Él se soltó. Sin duda estaba tratando con una paranoica. Tenía que salir de allí cuanto antes. Tenía que buscar ayuda, hablar con Kelly y conseguir que le contara lo que le había pasado.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes. Estoy a punto de abrir la tienda.

¡No podían haber pasado treinta y seis horas! Estaba perdiendo un tiempo precioso. El único sentido de su desesperada carrera hacia Abigail Milton, una carrera en la que arriesgaba su propia vida, tenía como único fin ganar tiempo y el factor sorpresa. Había conseguido salir del almacén y, con el dinero que siempre llevaba escondido en la bota, había llegado al aeropuerto a recoger el coche de alquiler que aun le estaba esperando. Aquellos aficionados le habían metido en su coche sin preocuparse de deshacerse del de él.

Quienquiera que anduviese tras él, debía creerle muerto. Había viajado rápidamente hasta Sedona y se había pasado el resto del día vigilando la tienda de Abigail Milton. Poder ponerse en contacto con ella era su única ventaja.

Pero, si no salía de allí pronto, sus perseguidores conseguirían su objetivo: verle muerto.

—No puedo quedarme. Tengo que marcharme.

La chiflada lo empujó con suavidad para que no se moviera, y él descubrió que estaba demasiado débil y cansado para resistirse. El hecho de mantener los párpados abiertos ya era todo un logro.

—El libro de primeros auxilios dice que debes descansar todo lo que puedas. Estabas muy inquieto, así que te di un sedante.

—Tengo que marcharme —murmuró de nuevo, sintiendo la lengua como de trapo.

Ella recogió la jarra de agua y se levantó.

—Había una dosis doble de sedantes en el agua, ya que me imaginé que no ibas a querer tomártelos voluntariamente, así que lo mejor es que te relajes y disfrutes —sonrió—. No hemos tenido tiempo de presentarnos; me llamo Megan Cooper —le dijo, y esperó a que él correspondiera, pero él se limitó a fruncir el ceño y cerrar los ojos.

Un buen sueño le aclararía los pensamientos, y con un poco de suerte, al despertar, se encontraría de nuevo en el aeropuerto de Phoenix, donde le habían raptado. Y aquella preciosidad esquizofrénica habría desaparecido. Sólo así volvería a estar a salvo.

Volvió a despertarse.

Al abrir los ojos, se alegró de encontrarse solo. La mujer... Megan Cooper, no estaba.

Se pasó un minuto probando los dolores que sentía por todo el cuerpo antes de incorporarse. La herida del hombro ya no le dolía

tanto, y una vez soldasen los huesos de las costillas, estaría bien. Había estado mucho peor en otras ocasiones. Sorprendentemente, la herida de navaja le dolía muy poco, aunque los puntos empezaban a picarle. La doctora chiflada había hecho un buen trabajo.

Miró a su alrededor. Estaba en una pequeña cama junto a la pared, y todo estaba revuelto: libros viejos y nuevos, cajas de papeles, trastos... Ni Abigail Milton ni Meg Cooper eran entusiastas del orden.

Había pasado demasiado tiempo y era hora ya de marcharse.

La puerta estaba cerrada con llave y era muy resistente, tal y como descubrió al darle una patada. Volvió a hacerlo, más por frustración que por otra cosa, y tuvo que apoyarse en la pared para recuperar el aliento. El secuestro le había dejado sin fuerzas.

Alguien estaba abriendo. Estaba demasiado débil como para llegar a la otra esquina y sorprender a quien fuera, así que se sentó en la cama, fingiendo aun mayor debilidad de la que sentía.

Era la mujer. El último rayo de sol de la tarde iluminaba su pelo castaño, realzando sus matices dorados. «Ten cuidado», se dijo. Ya había tenido experiencias con ese tipo de mujeres.

—¿Qué ha sido todo ese ruido? ¿Estás bien?

Se acercó a él y se agachó junto a la cama, preocupada.

Incluso si aquella pantomima de la enfermera no era tal, incluso si su preocupación era verdadera, tendría que andarse con cuidado.

Meg rozó el vendaje que le tapaba los puntos.

—¿Te duele?— él le sujetó la mano—. ¿Qué? — preguntó Meg, mirándolo a los ojos e intentando soltarse.

Pero él la sujetó un poco más fuerte y en sus ojos vio temor mezclado con algo más. Podía utilizar el temor. Mejor olvidarse del algo más.

—¿Por qué me has encerrado?

—No quería que alguno de los clientes fuese a tropezar contigo por accidente.

—Podrías haber cerrado la tienda.

Meg dejó de intentar soltarse.

—No tengo ni idea de si quien te persigue sabe adónde te dirigías, y romper mi rutina resultaría sospechoso —lo miró, orgullosa—. He leído un montón de novelas policíacas y de espionaje.

Tenía razón, así que la soltó y se puso en pie. Meg retrocedió un paso. Al menos, tenía el buen sentido de estar un poco asustada de él.

—¿Tienes más libros de Medicina? Necesito que me vendes el pecho.

—El pecho... —repitió, y miró primero la zona nombrada, sus ojos después y de nuevo el pecho.

Él la vio enrojecer. Así que le gustaba su torso. Eso sería algo que también podría utilizar... con cuidado.

—Tengo algunas costillas rotas, y es más fácil moverse llevando una venda.

—Ah, claro —volvió a enrojecer—. Vamos a la cocina... hay más espacio.

Tuvieron que atravesar la tienda, uno de esos lugares llenos de sensibilidad y en sintonía con el universo que a él tan ridículos le parecían. Odiaba los sitios así y a la gente que creía en esas sandeces. Kelly debía de haber pasado algún tiempo allí... pero mejor que seguir examinando la tienda, prefirió el suave balanceo de las caderas de Megan Cooper.

La cocina era espaciosa y estaba decorada en los colores de Santa Fe, que tanto predominaban en aquella zona. La ventana ofrecía un magnífico panorama de uno de los paisajes de rocas rojas de la zona.

—Es Cofeepot —dijo, refiriéndose al monumento natural de roca —. La primera vez que lo vi, no me lo podía creer. Esa fue la razón de que me quedara aquí.

—¿Llevas poco tiempo viviendo en Sedona?

Ella ignoró su tono de voz, que dejaba claro que la creía en consonancia con los últimos hippies y místicos que habían ocupado la zona.

—Es una ciudad muy agradable —se limitó a decir mientras rebuscaba en su botiquín. Encontró unas vendas elásticas y unas tijeras, y él se preguntó de pronto qué habría hecho con su arma. Tendría que llevársela al marcharse—. Levanta los brazos —le ordenó, mientras examinaba una ilustración del libro de primero auxilios. Menos mal que estaba inconsciente cuando le curó la herida—. Vamos a ver...

Le rodeó el torso con los brazos y sujetó el inicio de la venda para envolverla con él; la concentración le hacía morderse el labio.

Estaba verdaderamente guapa en ese gesto.

—¿Cómo me llevaste hasta el almacén? —le preguntó para distraerse.

—Ah, eso... con una alfombrilla. Menos mal que recuperaste la consciencia cuando ya estábamos dentro y me ayudaste a subirte a la cama.

Así que se había ocupado de él ella sola. Justo la clase de mujer de la que había jurado alejarse, se dijo mientras sentía de nuevo el roce de sus pechos y olía su perfume... a rosas, muy femenino.

—Ya está —dijo, alejándose para contemplar su obra—. Mientras no vuelvas a pelearte con una puerta, aguantará.

—Esto no me lo he hecho con una puerta —replicó, intentando ser desagradable para intentar que sintiera algo de miedo. Era tan parecida a Kelly... y Kelly había estado a punto de morir. Tenía que hacer que el miedo la empujara a recuperar el buen juicio para que,

cuando se marchara, fuese capaz de cuidarse sola.

Ella lo miró a los ojos en aquel instante, y contuvo la respiración, mientras su piel se teñía ligeramente de rojo. Pero seguía sin estar asustada como él quería, sino que parecía más bien fascinada por lo que había descubierto en su mirada. Qué estúpido estaba siendo... pero no podía evitarlo.

Alargó el brazo y rozó la suavidad de su mejilla. Era tan guapa, con aquella piel dorada y el pelo castaño enmarcando sus delicadas facciones. Le gustaba su cuello, largo y delgado, perfecto para recorrerse con besos hasta llegar a sus pechos... unos pechos fantásticos, y un trasero fantástico también. Aun no le había visto las piernas, ya que su falda larga se lo impedía, pero estaba convencido de que le gustarían.

Seguro que Meg era una de esas mujeres que se arrebolaban de pies a cabeza durante el clímax, y nada le gustaría más a él que hacerle el amor lentamente, viendo cómo el color se iba apoderando de su cuerpo. No sobre la mesa de la cocina, sino en la cama y con toda una noche por delante.

Sin embargo, fue él el primero en romper el hechizo al recordarse, una vez más, que aquella mujer era peligrosa. Había aprendido mucho sobre mujeres como ella a costa de experiencias dolorosas.

—Deberías haber llamado a la policía.

Meg retrocedió como si le hubieran echado por encima un cubo de agua fría.

—Eres francamente desagradable —espetó—. ¡Te he salvado la vida, te he escondido, y tú no haces más que criticarme! Pero si insistes, eso es lo que voy a hacer: llamar a la policía.

Atravesó la cocina y descolgó el auricular, pero él se lo quitó de la mano y lo colgó.

—No creo que lo hagas —le dijo a su espalda.

Estaba demasiado cerca. Lo mejor sería separarse... pero Meg le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Entusiasta y apasionadamente. Como si llevase días imaginando cómo sería besarlo, y él sintió que perdía el equilibrio. Dios, olía a rosas, a sol y a mujer, y su cuerpo se adaptaba tan deliciosamente al suyo... Pero no la abrazó, y cuando ella describió la línea de sus labios con la lengua, él la separó.

—¿Quieres un poco de sopa? —le preguntó Meg, brillándole los ojos.

Sopa. No se podía creer que hubiera sido capaz de preguntarle si quería sopa, cuando en realidad lo que hubiera deseado preguntarle era si quería hacerle el amor en aquel mismo instante, sobre la mesa de la cocina si era necesario.

Evidentemente no tenía ni idea de qué estaba pidiendo al desear correr aventuras. Ningún hombre antes había sido capaz de excitarla con una mirada. O con un beso… aunque en realidad había sido ella quien lo había besado, y no al revés.

Porque él no la había besado, pensaba mientras servía la sopa en dos cuencos. Aunque estaba segura de que lo había deseado. Incluso tal vez más que eso, pero probablemente no quería mezclarla en sus problemas. Qué tipo tan raro…

Las manos le temblaron un poco al pasarle el cuenco con la sopa.

—¿Y cómo sé que no has vuelto a echarle somníferos? —preguntó él, desconfiado.

Meg se llevó una cucharada a los labios.

—Mm…, deliciosa.

Entonces él, con el ceño fruncido, se decidió a dejar de moverla y probó una cucharada. Meg no pudo evitar recordar cómo había sido tener sus labios tan cerca, y tomó otra cucharada para disimular. ¿Cómo habría sido capaz de lanzarse a él de aquella manera?

El hombre misterioso se acabó rápidamente su plato y se sirvió más. Eso era un buen síntoma. Tenía que recuperar fuerzas para que pudieran echarle el guante al hombre que había intentado matarlo. Porque ella no se había pasado la vida leyendo novelas de misterio, o viendo todas las películas de Alfred Hitchcock y Colombo para nada. Meg sabía que podría serle de un valor incalculable a aquel extraño. Aquella situación era lo que había estado esperando toda la vida; lo que llevaba buscando los últimos catorce meses.

Iba a vivir una aventura real.

Todo lo demás que había hecho durante aquellos catorce meses, trabajar como voluntaria en la clínica, ayudar en la guardería del barrio, trabajar como asistente personal de una estrella de la televisión, hacer montañismo y espeleología para ponerse a prueba, todo había tenido como único objetivo llegar hasta aquel hombre, hasta aquel momento. Llegar a prestarle su ayuda.

En cuanto empezase a hablar, claro.

—¿Qué? —le preguntó él cuando se dio cuenta de que lo observaba.

—Quiero saberlo todo —dijo, entusiasmada—. ¿Qué está pasando? ¿Quién ha intentado matarte? ¿Cómo puedo ayudarte yo?

Él tomó una cucharada más de sopa.

—Puedes ayudar devolviéndome el arma y despidiéndote de mí.

Meg dejó la tetera en el centro de la mesa con más fuerza de la que pretendía.

—Por lo menos podrías decirme tu nombre.

—Smith —hizo una pausa mientras sus ojos verdes parecían taladrarla de parte a parte—. John Smith.

Meg sonrió de medio lado. Que se riera de ella todo lo que quisiera. Y es que nadie había dicho que correr aventuras fuese tarea fácil.

Sus miradas se cruzaron y Meg volvió a sentir ese pequeño clic en su interior. Sin duda aquel era el hombre adecuado. Su hombre. Ahora lo único que le quedaba por hacer era convencerle.

John Smith, o como quiera que se llamase, podía fingir todo lo que quisiera, pero él también terminaría por sentirlo, y para cuando quisiera aclararlo todo, sería ya demasiado tarde. Habría caído ya en su red, porque toda su vida, a pesar de que pareciera estúpido, había creído que si esperaba lo suficiente, encontraría su alma gemela. Y estaba segura de que aquel hombre lo era, porque lo que sentía por él no tenía nada que ver con lo que había sentido por Max.

Meg sonrió mientras John Smith se terminaba el té.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué buscas a Abby?

Él no contestó, sino que se limitó a recostarse en su silla y a estudiar la cocina.

Meg se sentía a gusto en ella. En aquella acogedora estancia había aprendido a cocinar, y había descubierto que le gustaba hacerlo. Los tonos de la tierra se reflejaban en el decorado, y había disfrutado buscando los paños de cocina en aquel mismo tono, las enormes tazas de barro y los platos de colores brillantes. La cocina era el primer hogar de la nueva Megan Elizabeth Cooper.

John Smith bostezó, y la miró después sorprendido.

Ella reprimió una sonrisa.

—Quizás deberías volver a acostarte. En la clínica se recomendaba mucho descanso —le ofreció Meg inocentemente.

—Tonterías —John volvió a bostezar—. Ya llevo aquí demasiado tiempo.

Se levantó, pero tuvo que sujetarse en el respaldo de la silla para no perder el equilibrio.

—Me has vuelto a drogar —murmuró, mirándola sorprendido.

Meg asintió.

—El libro insiste en que se necesita mucho descanso, y como habías dicho que querías marcharte...

—Condenada entrometida...

La voz se le apagó y Meg se colocó rápidamente a su lado para sujetarlo. Intentó hacerle avanzar hacia el almacén, pero él no se movió.

Desde luego era un hombre fuerte... y ella no podía esperar a estar entre sus brazos en cuanto se recuperara. Sabía que sería maravilloso estar con él. ¿Sería su primera vez rápida y explosiva, o lenta y que durase toda la noche? Sólo de pensarlo, se estremeció.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó él, aun sin moverse—. Tú

también has tomado sopa.

Meg suspiró.

—El té —contestó, y señaló con la cabeza su taza aún sin probar.

Smith movió la cabeza y por fin echó a andar hacia el almacén.

—Siempre he odiado el té.

Una vez allí, se soltó de ella y se tumbó en la cama, y Meg, resistiéndose al deseo de tumbarse junto a él, se preguntó cuánto tiempo tardaría en enamorarse de ella.

—Tú sólo vas a causarme problemas… estoy seguro.

3

Volvió a despertarse.

Se estiró con precaución. Todo en su cuerpo parecía funcionar bastante mejor. Las costillas le dolían sólo al respirar, y era consciente de la herida sólo cuando no pensaba en las costillas. El descanso, aunque forzado, le había sentado bien, pero no iba a decírselo a su carcelera.

Aquella vez, iba a salir de allí sin comer ni beber absolutamente nada. Eran las nueve y media del martes.

Tampoco se encontraba mal de pie, y dar los pocos pasos que lo separaban de la puerta le resultó mucho más fácil que el día anterior. Giró el pomo y se sorprendió de que la puerta no estuviera cerrada. Por alguna razón, Meg Cooper ya no le retenía cautivo. Pero ya nada podría sorprenderle de ella.

Sólo una loca podría vivir en un lugar tan esotérico como aquél. La tienda estaba llena de cristales, ángeles, pociones y lociones, y a pesar de las heridas, se movió con bastante rapidez para llegar a la puerta, pero una vez allí, se dio cuenta de que no sabía cómo ponerse en contacto con Abigail Milton. Como resultado de sus acciones, podía estar en peligro también. Meg tendría que decirle dónde podía encontrarla. Y qué había hecho con su arma también. ¿Dónde podría haberla escondido?

En la cocina, seguramente en un tarro de harina como la heroína de *Único testigo*. Maldición. Estaba empezando a pensar como ella. Tenía que marcharse de allí y rápidamente. Podía enfrentarse a los malos, pero Meg Cooper era demasiado peligrosa para él.

Sin hacer ruido, se dejó guiar por los deliciosos aromas que provenían de la cocina. Estaba haciendo dulces, y el olor a canela hizo rugir su estómago. Era una lástima, pero no estaba dispuesto a comer o a beber nada preparado por Megan Cooper. Ya comería algo en algún otro sitio.

En la puerta volvió a detenerse, sorprendido. Meg estaba sirviendo café a dos mujeres sentadas a la mesa, ambas algo mayores que ella. Como si presintiera su presencia, levantó la cabeza y sonrió.

—Qué bien que hayas venido a tomar café con nosotras —le dijo, y le invitó a entrar con un gesto de la mano. Pero lo verdaderamente sorprendente fue que aceptó la invitación.

Una mujer de cabello rojo lo miró de arriba abajo.

—¿Es él? —preguntó, como si no estuviese allí.

Meg sonrió.

—Sí —dijo, y dio la impresión de haber ganado el premio gordo de la lotería porque sus ojos se tornaron dulces como la miel.

La pelirroja le amonestó con un dedo.

—En ese caso, buena suerte, joven. Por lo menos ha tenido buen gusto, pero espero que haya aprendido la lección. No se puede tratar así a una buena chica como Meg.

—¿Quieres un pastelillo? —le tentó Meg, enseñándole un plato de pastelillos caseros recién hechos.

A punto estuvo de caer en la tentación, pero recordó a tiempo su promesa. El problema era que su estómago no estaba dispuesto a cooperar.

—Los ha hecho Michelle —dijo, señalando a una mujer atlética que debía rondar los cuarenta e iba vestida con un atuendo tipo safari —. Es famosa por lo bien que los hace.

Al final decidió correr el riesgo, y devoró el pastelillo en tres mordiscos bajo la atenta mirada de las tres mujeres. Se sentía como un colegial al que hubieran pillado robando galletas en la cocina de su madre.

—Está muy bueno —le dijo a Michelle, que se limitó a mirarlo frunciendo el ceño. ¿Qué les pasaba a las mujeres de aquella ciudad?

La pelirroja se ahuecó el pelo y lo miró con ánimo claro de flirtear, lo cual le empujó a mirar a Meg en busca de ayuda. ¿Qué les habría contado a aquellas mujeres sobre él?

—Así que eres el prometido de Meg —comentó Meg en tono casi acusador.

—Ex prometido —aclaró Meg—. Me dejó plantada en el altar.

—Y ahora has vuelto para intentar recuperarla, tras darte cuenta del error. Qué romántico —exclamó la pelirroja.

—Debería haberte pegado un tiro aquel día —declaró Michelle.

Inconscientemente, se echó mano al hombro herido, pero las dos mujeres no lo notaron. Meg, sin embargo, frunció ligeramente el ceño.

¿Que había sido su prometido? ¿Que la había dejado plantada en el altar? Aquella mujer había perdido por completo el juicio. Cuanto antes se alejara de aquella tienda, mejor, y eso era lo que debía hacer en cuanto averiguara el paradero de Abigail Milton.

Tenía que explicarle el porqué de sus sospechas. Desde que recibiera su carta, bastante confusa por cierto, había conseguido hacer casar varias piezas del rompecabezas, pero no sabía quién pensaba Abigail que se ocultaba tras la trama criminal de Sedona. En cuanto descubriera lo que Abby sabía, podría averiguar hasta qué punto había estado incriminada Kelly y, por tanto, podría también decidir qué hacer al respecto. Por primera vez en su vida, tenía dudas sobre si debía o no revelar lo que había descubierto sobre una actividad criminal: una red de falsificadores en la mística Sedona.

—Qué maleducada estoy siendo dijo Meg de pronto—. Cariño, te presento a dos de mis nuevas amigas: Michelle Stoneaway y Rachel

Lunden. Gracias a ellas me he sentido aquí como en casa, y como comprenderás, no he podido dejar de hablarles de ti, de nosotros.

Claro. Estrechó la mano de Rachel, que lo miró con ojos tiernos, y la de Michelle, que a punto estuvo de romperle la suya.

—Meg no nos ha dicho cómo te llamas.

—Smith —contestó ante la mirada curiosa de Meg—. Adam Smith.

Y se comió otro pastelillo mientras las tres mujeres esperaban que dijese algo más, pero él no estaba dispuesto a colaborar en aquella locura.

—Imagínate... volver así, de pronto, decidido a recuperar el corazón de Meg —suspiró Rachel—. Es tan romántico...

—No ha recuperado mi corazón —replicó Meg—. Adam simplemente se ha dado cuenta de que cometió un error y ha venido a pedirme perdón.

Adam intentó mantenerse inexpresivo mientras daba cuenta de otro pastel. Michelle le miró con el ceño fruncido.

—¡Hombres! —dijo, dirigiéndose a Meg—. ¿Qué más se puede esperar de ellos? Sigue mi consejo, y dale calabazas. Admito que es un tipo atractivo, pero lo mejor que ha hecho en toda su vida por ti ha sido no casarse contigo. Te habrías encontrado en un abrir y cerrar de ojos cargada de hijos mientras él seguía pululando por ahí —Michelle asintió ante sus propias palabras—. El matrimonio no es más que una trampa para mujeres. Ésa es la razón de que yo haya permanecido soltera hasta ahora y pretenda seguir estándolo.

—No si Jason tiene algo que decir al respecto —bromeó Rachel.

—Esperar a que aparezca un hombre para que haga tu vida mejor es una estupidez.

—Michelle, eres demasiado dura. Y tienes que admitir que Adam tiene cierto atractivo —insistió Meg.

—No estoy ciega, guapa. Sí, tiene una espalda estupenda y un... bueno, otros atributos también interesantes, pero yo no pienso dejarme engañar por su atractivo masculino. Llévatelo a la cama si quieres, pero no te cases con él.

Antes de que Adam pudiera decir algo al comentario tan sexista de Michelle, Rachel palmoteó encantada.

—¡Esto va a ser tan interesante! Yo creía que ibas a casarte con Reid Logan.

Meg se atragantó con su café.

—¡Pero si Reid y yo no hemos salido ni una sola vez!

—Se le da demasiada importancia a lo de salir —insistió Rachel—. He visto cómo te mira, y cómo lo miras tú a él. Si hasta había dado por sentado que ya erais amantes. Ay, Dios... —se cubrió la boca con las manos—. No debería haber dicho algo así delante de él.

—No pasa nada, Rachel. Adam renunció a su derecho a estar celoso hace un año y medio. Pero te equivocas en cuanto a Reid y yo.

Michelle se levantó y miró a Adam por última vez, por supuesto con el ceño fruncido.

—Rachel, creo que ya hemos molestado bastante a estos dos. Deberíamos marcharnos para que puedan hablar de su situación. Y tú, Meg, no olvides que estás mejor sola.

Meg se limitó a sonreírles a las dos y acompañarlas a la puerta.

Adam pensó en hacer una llamada a su jefe desde el teléfono de la cocina, pero al final decidió no hacerlo. Lo que sí tenía que recuperar era su arma.

—¿Smith? ¿Adam Smith es el mejor nombre que te puedes inventar? —le preguntó Meg mientras recogía las tazas y las metía en el fregaplatos.

Adam no pudo por menos que admirar el trasero que aquellos vaqueros ajustados marcaban. O cuando se daba la vuelta, sus pechos bajo la camiseta negra. Meg tenía muchas curvas que descubrir… pero no por él. Que lo hiciera Reid Logan.

—¿Quién es Reid? —se encontró preguntando.

—Un ranchero de por aquí. Su hermana Gloria viene mucho a la tienda. ¿Adam Smith? No es que tengas mucha imaginación, ¿eh?

—Es que me llamo Adam Smith.

—Entonces, ¿por qué usaste el nombre de John anoche?

—Por venganza. Sabía que un alias tan evidente te molestaría.

—Ah —Meg frunció el ceño—. Pero yo no te he hecho nada. Es más, te he salvado la vida.

—Me has drogado dos veces.

—Por tu propio bien.

—Te pareces a mi madre.

—No tienes por qué ponerte desagradable.

Meg se dio la vuelta y recogió unas cuantas cosas del fregadero en silencio.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Nosotros no vamos a hacer nada. Tú me devuelves mi pistola y yo me marcho. Cuanto más lejos esté de ti, mejor.

Jamás había dicho una verdad más grande. Quizás debiera volver a Nueva York y plantearse de nuevo el caso.

—Estás siendo injusto —protestó Meg, cruzándose de brazos apoyada contra la encimera—. Si vas a ponerte grosero y maleducado, no te devuelvo la pistola.

Adam sonrió de verdad por primera vez en días.

—No tienes que decírmelo.

Miró a su alrededor y apartó a Meg de los tarros que tapaba con su cuerpo, abrió el del harina y sintió el metal pesado de su revólver.

—¿Cómo has sabido que estaba en el tarro del harina?

—Pues porque yo también veo películas. *Único testigo,* con Harrison Ford y Kelly McGinnes.

—Ah —sorprendentemente Meg parecía satisfecha—. ¿Lo ves? Tú y yo estamos destinados a estar juntos. Tenemos mucho en común.

—Perdona, pero tú y yo no tenemos nada en común —menos mal que Meg había tenido el buen sentido de envolver el arma en plástico antes de meterla en el harina—. Y ahora que tengo mi arma —añadió con satisfacción—, me marcho.

Meg parecía atónita.

—No puedes irte así.

—Tú mírame.

—Pero... pero... —balbució—, ¿y tu coartada? Porque sé que pretendes quedarte en Sedona hasta que vuelva Abby. Yo seré tu razón para tu estancia aquí.

No era mala coartada, y de verdad necesitaba hablar con Abby.

—¿Cuándo volverá?

—¿Y eso quién lo sabe? —contestó ella sin mirarlo a los ojos—. Abby va y viene según la empujan los espíritus.

—Otra... —masculló—. ¿Por qué te has inventado esa historia tan absurda de que yo era tu prometido?

Meg no lo miró.

—Es que fue lo primero que se me ocurrió — contestó, jugando con un mechón de su pelo.

—¿Un prometido que te deja plantada en el altar y que luego viene a rogarte que vuelvas con él? Meg suspiró.

—Admito que la segunda parte ha sido algo forzada, pero las mejores mentiras son las que se basan en hechos —entonces lo miró y Adam vio la tristeza en sus ojos—. Mi prometido me plantó en la misma iglesia, y como no había mencionado su nombre, pensé que podrías encajar.

Adam sintió que otra pequeña porción de realidad se le esfumaba de las manos al hundirse un poco más en el mundo loco de Meg. Su prometido había tenido suerte de poder escapar a tiempo, pero aun así, sintió una pequeña dosis de compasión por Meg.

—¿Te dejó plantada en el altar?

—No tan dramático. Suelo exagerar un poco al contar la historia. A le gente suele gustarle oír el relato de la novia plantada que decide partir en busca de aventuras —sonrió al pronunciar la palabra «aventura—. La verdad es que Max me lo dijo antes de la ceremonia, y se casó con una de las damas de honor en lugar de conmigo.

—Qué cerdo.

Adam no pudo evitar sentirse mal por ella. Su propio divorcio había sido para él una experiencia muy desagradable, experiencia por

la que no pretendía volver a pasar, pero cuando su mujer y él decidieron separarse, su amor llevaba ya un tiempo muerto. Lo que no sabía si podría soportar era que la mujer con la que iba a casarse le dijese sólo horas antes de la boda que estaba enamorada de otro hombre.

Meg se encogió de hombros.

—Comparto tu opinión al cien por cien. Fue entonces cuando decidí dejar Nueva York. Me di cuenta de que las razones por las que había decidido casarme con Max no eran las correctas, de modo que me marché en busca de aventuras.

Toda la compasión que había sentido por ella desapareció. Hablaba como su hermana Kelly. O como su ex mujer, Allison. ¿Por qué siempre se sentiría atraído por mujeres así?

—¿Aventura? Eso no existe.

—¡Sí que existe! —exclamó ella, sonriendo—. Después de catorce meses aquí, yo también empezaba a dudarlo, e incluso estaba decidida a volver a casa; pero entonces apareciste tú. Tú eres mi aventura Adam Smith... o como quiera que te llames.

Cuando Meg avanzó hacia él, Adam retrocedió. Ya había recorrido antes aquel camino, y era un camino que siempre iba cuesta abajo.

Meg dio un paso más, aun sonriendo, aun oliendo a rosas, y Adam se enfadó. Aquella mujer no era más que una idiota.

—Yo no soy la aventura de nadie. Tu prometido debió darse cuenta a tiempo del error que estaba cometiendo y lo evitó.

Meg contuvo la respiración. Su comentario le había hecho daño, pero dio otro paso.

—Max y yo no estábamos enamorados. No de verdad ni profundamente, como lo estaba de Emma. Ocho años de separación no habían conseguido acabar con ese amor. Yo creo que es algo que ocurre cuando de verdad estás enamorado de alguien —se acercó un poco más y ladeó la cabeza—. ¿Has estado enamorado así alguna vez?

—Una. O eso creía yo —¿por qué demonios le estaba contando eso?—. Resultó que Allison era igual que el resto de mi familia: siempre necesitaba que alguien acudiese a rescatarla. Después de un tiempo, me cansé.

—¿Y ese fue el fin de vuestro matrimonio?

—Sí.

—¿Cuánto duró?

—Cuatro años.

—No está tan mal. Hiciste un verdadero esfuerzo, y eso me gusta en un hombre —sonrió y levantó una mano como si fuera a tocarlo, pero no lo hizo—. Así que piensas que soy como Allison.

—Sí.

¿Por qué le habría desilusionado que no llegara a tocarlo?

—¿Era guapa?
—Sí.
—¿Y yo te parezco guapa?
—Sí, pero eso no tiene nada que ver. No todas las mujeres hermosas me recuerdan a Allison. Sintió que el pulso se le aceleraba y supo que tenía que alejarse de Meg Cooper tan rápidamente como le fuera posible.
—Entonces, debe de ser mi personalidad.
Meg estaba prácticamente encima de él, y sintió una gota de sudor resbalar por su espalda.
—Exacto. Allison era voluble, irresponsable, descuidada, impetuosa, emocional...
—Basta —le interrumpió con una mano en alto—. Nadie me ha descrito antes así. Normalmente todo el mundo piensa que soy demasiado seria. Un poco soñadora, quizás, pero demasiado realista y práctica. Y a mí me gusta —sonrió, y en sus ojos castaños brillaron unos destellos dorados—. ¿Sales con alguien?
—No.
¿Cuándo habría perdido el control de la conversación?
—Excelente. Yo tampoco, así que tenemos una oportunidad.
Adam tenía miedo de estar metiéndose en arenas movedizas.
—Meg, no me estás escuchando. Tú y yo no vamos a estar ni un minuto más juntos porque yo me marcho. Ahora mismo. Encontraré a Abby por mis propios medios. Y tomándola por los hombros, la apartó, atravesó la cocina y llegó a la puerta trasera.
—Pero la coartada de que eres mi prometido es buena —le dijo Meg—. Michelle y Rachel estarán ahora esparciendo el rumor de que estás aquí, y todo el mundo se enterará, pero nadie sospechará de tu presencia, de modo que podrás hacer lo que tengas que hacer.
Las palabras de Meg lo detuvieron en la puerta. Tenía razón.
—Por cierto, ¿por qué estás aquí? —le preguntó ella.
—No es asunto tuyo.
No iba a revelarle lo poco que había averiguado hasta el momento, porque su hermana dependía de él. Pero iba a tener que reconsiderar lo de marcharse, porque gracias a la coartada, iba a tener la posibilidad de hacer un montón de preguntas bajo el pretexto de querer saber qué había atraído a Meg de Sedona.
—Está bien. Tienes razón —accedió—. Seré tu ex prometido — tenía la sensación de haber pronunciado su sentencia de muerte—. ¿En qué iglesia estuvimos a punto de casarnos?
—En Hamptons, Long Island.
Genial. Estaba liado con una mujer rica; puede que incluso fuese una heredera de las que no conocen el valor del trabajo ni de los ceros de su tarjeta de crédito. No era de extrañar que hubiese terminado en

la mística Sedona.

—¿Y no me casé contigo porque...

—Pues porque te entró miedo. Eso fue lo que me dijiste antes de la ceremonia.

—¿Y ahora pretendo recuperarte?

—Exacto.

Ya. El peligro era evidente, pero no podía olvidarse de Kelly, ni del hombre que le había hecho daño. Por encontrarlo sería capaz de todo, incluso de soportar a Megan Cooper.

—Yo me resistiré, claro —continuó ella—. Al fin y al cabo, ya me has traicionado una vez. Pero también soy de la clase de mujeres que saben perdonar, así que podrás ir haciendo progresos.

Meg lo miró esperanzada, como si desease que la besara.

Y la verdad era que parecía lo apropiado, teniendo en cuenta que habían estado prometidos... Dios, estaba volviéndose loco. Dio un paso hacia ella.

Entonces, se oyó el ruido de la puerta de la tienda.

—¿Hola? ¿Meg?

Era la voz de un hombre. La puerta se cerró y unas pesadas botas sonaron en el suelo de madera.

—Estoy en la cocina, Greg —contestó Meg.

Parecía desilusionada. Así que no era el famoso Reid Logan, al que, por alguna razón, tenía ganas de conocer.

Un hombre rubio y de alrededor de treinta años, entró. Vestido con pantalones de loneta y una vieja camisa de franela, el pelo largo y una sonrisa de dientes perfectos, Greg daba la impresión de acabar de salir de un anuncio de Ralph Lauren. Sólo le faltaba el todo terreno. Se acercó a Meg, la besó en la mejilla y después miró a Adam con desconfianza.

—Me encontré con Rachel después de haber dejado al último grupo de clientes, y me ha dicho que el tío que te dejó ha venido a buscarte.

El rostro de Meg se iluminó mientras preparaba una historia que contarte.

—Sí. Greg Trenton, te presento a Adam Smith —esperó a que se estrecharan las manos, pero cuando ninguno de ellos lo hizo, se encogió de hombros y se volvió hacia Adam—. Greg se dedica a organizar rutas en todo terreno para los turistas. Adam era mi prometido.

Greg asintió con el ceño fruncido y pasó un brazo por los hombros de ella.

—Meg no quiere saber nada de ti.

Así que Meg tenía más de un pretendiente.

Adam tomó otro bollito esperando ver la reacción de Meg a las

técnicas cavernarias de Greg.

—¡Greg! Ese no es asunto tuyo —replicó, deshaciéndose de su brazo. Adam le sonrió y se sentó en un taburete a comerse el bollito como si nada de todo aquello fuese con él—. Adam ha venido a Sedona para disculparse por la forma en que canceló nuestra boda, y yo he aceptado sus disculpas. Lo que el futuro nos depare está escrito en el destino. O en los vórtices.

Vórtices. Su situación iba empeorando a marchas forzadas. Debía tener cuidado si no quería verse engullido por alguno de esos vórtices.

—Pero Meg —intervino de nuevo Greg, después de habérselo pensado un par de veces—, te dejó plantada en el altar.

—Sí —contestó ella—. Fue un día muy difícil. Pero si yo puedo perdonar a Adam, tú también tienes que hacerlo.

—Pero no puedes confiar en él. Volverá a hacerte daño.

—Ése es un riesgo que estoy dispuesta a correr —contestó Meg, y sus palabras le parecieron suaves pero firmes.

Adam sonrió a Greg. Le gustaba cómo habían sonado aquellas palabras.

—Meg es una mujer por la que merece la pena luchar.

—Sí —espetó Greg, mirándolo a los ojos.

Así que Greg estaba dispuesto a luchar por ella. ¿Cuántos hombres andarían revoloteando a su alrededor? Primero el famoso Reid Logan, ahora Greg Trenton. Su aura era muy intensa, pero él no iba a caer en aquella trampa.

—Ten cuidado —dijo Greg, dirigiéndose a Meg—. Me da la impresión de que este tipo no es de fiar. ¿Por qué ha vuelto ahora? ¿Es que se lo has pedido tú? Podría moverle algún interés oculto.

Meg se cuadró ante Greg con los brazos en jarras.

—Si vas a seguir siendo tan grosero, voy a tener que pedirte que te vayas. ¡Si quisiera mi dinero, podría haberlo tenido la primera vez!

Greg cruzó los brazos.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero ya sabes que todos nos preocupamos por ti, y no quiero que vuelvan a hacerte daño. Cuando llegaste aquí, Michelle dijo que le daba la impresión como de que te faltaba chispa, y hace muy poco que has vuelto a desprender luz, a estar, no sé... viva. He estado esperando a que llegase ese momento para salir contigo, y no te lo he pedido antes porque no quería presionarte —movió su cabeza como si se lamentara de no haberlo hecho—. Y ahora me parece que es demasiado tarde. Y en cuanto a ti —se volvió hacia Adam y le señaló con un dedo—, te estaré vigilando.

Meg tomó el brazo de Greg para sacarlo de la cocina mientras le hablaba en voz baja.

—Será posible... —masculló Meg al volver a la cocina.

—Es un chico persistente —comentó Adam, y tomó un sorbo de café.

Meg lo miró a los ojos.

—Desde luego, me has sido de mucha ayuda. Podrías haberte comportado con algo más de romanticismo. Menos mal que Greg estaba demasiado enfadado como para reparar en tu falta de interés.

—No se me dan bien las farsas. Lo único que quiero es que me digas cómo puedo ponerme en contacto con Abigail Milton, y me marcharé de aquí.

—Pero ¿quién eres tú? ¿Un detective privado? ¿Un espía industrial? ¿Un mercenario?

—Nada de todo eso.

Le gustaba verla con los brazos cruzados y dando golpecitos con el pie en el suelo. Nada de esconder sentimientos o deseos. Era la mujer más llena de vida que había conocido en su vida.

—¿Y bien?

—Soy periodista. Escribo sobre economía: perfiles de empresas, análisis de mercados bursátiles... cosas así.

Meg emitió un sonido que pareció una risa sarcástica.

—Si no quieres decirme a qué te dedicas, no pasa nada. No tienes por qué mentir. Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—Ya te he dicho que nosotros no vamos a hacer nada. Yo trabajo solo.

—Esta vez, no. Necesitas mi ayuda para moverte aquí, y podría ponerte en el buen camino mucho más rápidamente si me dijeras quién eres y qué buscas.

Ante el silencio de Adam, Meg decidió probar otra táctica.

—¿Cómo se puso Abby en contacto contigo?

Quizás no pasara nada por revelarle unos cuantos detalles. Desde que Abby se había puesto en contacto con él, las cosas habían ocurrido tan rápidamente que no había tenido tiempo de pararse a analizar la situación. Había reaccionado en lugar de planificar, y revisar el caso con Meg podría ayudarle a aclararse las ideas.

—Abigail Milton me escribió una carta. Desgraciadamente, no puso el franqueo suficiente en el sobre, así que tardó mucho en llegarme a Nueva York. Supongo que simplemente aparecí tarde.

—Pero, ¿qué decía en esa carta?

Adam sopesó cuánto debía decirle. No mucho, sin duda.

—Abby sospechaba que se estaban falsificando determinados datos informáticos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que Abby se había enterado de que alguien que ella conocía estaba creando identidades falsas.

Meg frunció el ceño, analizando sus palabras.

—Abby se pasaba las horas muertas jugando con sus ordenadores; decía que ella era capaz de crear mejores programas informáticos que la gente de Silicon Valley, pero sigo sin tener ni idea de qué estás hablando. ¿Qué es una identidad informática falsa?

—Básicamente se trata de una identidad completamente nueva de la que resulta prácticamente imposible demostrar que es falsa. Se han falsificado por ordenador pasaportes y otros documentos que acreditan la identidad de una persona, pero si lo que se quiere es, digamos, crear una persona nueva, la falsificación tiene que ser mucho mejor.

—¿Por qué?

—Porque debes crear un pasado, no sólo documentos. Si eres un asesino o un terrorista y quieres una identidad para entrar en un país, el pasaporte bastaría, pero, ¿y si ambicionas más? Si lo que quieres es trabajar para el gobierno o para una industria de alta tecnología, sus investigadores averiguarían enseguida que ese tal señor Desconocido ha empezado a existir hace nada, porque sería imposible encontrar antecedentes de ningún tipo sobre esa persona. Ni extractos bancarios, ni expedientes académicos, ni informes médicos. Eso es lo que buscan los investigadores: algo que vaya más allá de tu certificado de nacimiento, del pasaporte o de cualquier otro documento acreditativo de tu identidad.

Meg asintió.

—Y una de esas identidades falsas generadas por ordenador te da un pasado. Hace años, durante la guerra fría, los espías rusos que trabajaban de incógnito en Estados Unidos, un montón, tenían que vivir durante años bajo identidad falsa simplemente para darle realidad a esa identidad. Como Kevin Costner en *Sin salida*.

Tenía que admitir que comprendía rápido.

—Lo que Abby descubrió fue un programa informático que entra literalmente en todos los bancos de datos existentes y les añade el nombre del señor Desconocido. Un día, no existe, y al día siguiente aparece en todos los bancos de datos a los que se pueda acceder.

—Es increíble.

—Lo es. Si lo que dice Abby es cierto, nuestro gobierno podría estar contratando gente con identidad falsa, espías, y creer que nuestro sistema de seguridad es infranqueable. He comprobado algunos de los nombres que me facilitaba en la carta, y puede que haya dado con algo gordo.

La verdad era que lo que había descubierto le había asustado. Si lo que Abby denunciaba era cierto, y sus investigaciones preliminares así lo demostraban, la seguridad de cualquier país estaría en peligro.

Y por otro lado, estaba lo de Kelly. No tenía ni idea de hasta qué punto estaba su hermana involucrada en aquella piratería informática,

pero era evidente su implicación; de otro modo, no habrían intentado asesinarla. Esa era la razón de que él estuviera trabajando solo en aquel caso. Su prioridad era proteger a Kelly, e incluso si estaba metida hasta el cuello en algo ilegal, la rescataría, como siempre había hecho.

—Y cuando empezaste a comprobar lo que Abby te decía, los malos se pusieron nerviosos, ¿no? —continuó Meg.

—Eso parece. Me raptaron al poco de llegar a Phoenix, pero no pudieron sacarme nada.

—¿Qué ha sido de la carta que te envió Abby?

Algo avergonzado, Adam masculló la respuesta.

—¿Qué?

—Que me la comí —repitió. Meg contuvo la sonrisa.

—Así que los malos no saben quién ha sido tu fuente de información, ni adónde te diriges.

—Exacto. Por eso quería ver cuanto antes a Abby. Quería que me dijera qué le indujo a pensar que alguien de Sedona podía estar involucrado, y acudir juntos a la policía.

Bueno, eso no era toda la verdad. Dependía del papel de Kelly en todo aquello.

—Pero Abby no está. De vez en cuando se cansa de ser amable con los turistas y de jugar con su ordenador y se marcha a hermanarse con la naturaleza. Se va a una especie de retiro, completamente sola, y nunca sé cuándo vuelve.

Meg se quedó en silencio, rumiando lo que acababa de saber.

Adam tomó otro sorbo de café y darse cuenta de pronto de algo le hizo atragantarse.

—Maldita sea...

Había tenido tanta prisa por destruir la carta que había cometido un error.

—¿Qué pasa?

Adam apenas podría creer que pudiera ser tan estúpido.

—El sobre. No destruí el sobre, y tenía el nombre de la tienda por detrás. Ahora sabrán que venía hacia aquí.

Lo que significaba que no podía marcharse. Meg estaba en peligro tanto si se quedaba con ella como si no, pero quedándose al menos podría protegerla.

Meg comprendió inmediatamente las implicaciones, pero en lugar de asustarse, le miró complacida.

—Así que no puedes marcharte. Tendrás que quedarte para asegurarte de que quienquiera que te persigue no me haga daño a mí. Y a cambio, yo te ayudaré.

—Esto no es un juego —estaba furioso con ella. Necesitaba tener miedo, ser cauta—. Es una situación muy peligrosa.

—Y yo no soy tonta. De hecho, mucha gente me cree una persona práctica y muy lógica— Adam se sonrió con ironía, pero ella lo ignoró —. Yo tampoco quiero perderte. Llevo toda a vida esperándote. Ésa es la razón de que esté complacida.

Apenas hacía unas horas que lo conocía y estaba empeñada en hacerle encajar en el papel de héroe romántico. Estaba más loca de lo que se temía. Tenía que insuflarle el miedo como fuera, así que se levantó y de dos zancadas se plantó ante ella y la sujetó por los brazos. Él era mucho más grande y fuerte, pero Meg parecía no darse cuenta de ello.

—No tienes ni idea de qué clase de hombre soy. Ni siquiera sabes si de verdad me llamo Adam Smith.

—Eres mi aventura —contestó.

Qué ridiculez. Adam tiró de sus brazos y los dos quedaron casi rozándose. Pero ella parecía seguir sin tener miedo.

—¿Estás intentando asustarme? —le preguntó con suavidad.

Seguía oliendo a perfume. Ignorando el repentino deseo que sintió de acariciar su mejilla, lo que hizo fue pegarla contra su cuerpo y con una mano, cubrió uno de sus pechos, esperando que ella lo apartase. Pero la sorpresa fue que se limitó a mirarlo con los ojos muy abiertos. Entonces fue cuando él se dio cuenta de que era una batalla que ya tenía perdida, tomó posesión de sus labios y se perdió en ella.

Era tan dulce y al mismo tiempo tan apasionada que estaba atorando sus sentidos. Exploró su cuerpo con las manos, sus pechos redondos y llenos, la lujuriosa curva de sus caderas. Encajaba tan a la perfección con él que no le costó imaginársela desnuda... y haciéndole el amor.

Porque deseaba hacerle el amor a aquella mujer más de lo que lo había deseado desde hacía muchísimo tiempo.

Precisamente aquel pensamiento le obligó a apartarla de él. Tenía las mejillas arreboladas y los labios inflamados, y él sentía el clamor de su propio cuerpo por ella.

Meg sonrió mientras recuperaba el ritmo normal de la respiración.

—Ya van dos veces dijo—. Si me besas una vez más, seremos amantes.

4

—No —la palabra se le escapó a Adam de los labios como un grito de horror, pero Meg no pareció darse cuenta—. No —repitió—. No vamos a ser amantes.

Megan Elizabeth Cooper no era su destino, sino su enfermedad, e iba a curarse rápidamente. Sabía que besarla había sido un error, pero ella suspiró, rozándose los labios inflamados por su beso, y al mirarlo, Adam sintió que le fallaba el equilibrio.

—Sé que tú has sentido lo mismo que yo. Besarte a ti no ha sido como besar a cualquier otro. Tenemos esa química especial, esa conexión única. Haces que se me humedezcan las palmas de las manos.

Adam se esforzó por que su voz pareciera serena, a pesar del temblor que sentía por dentro. Lo que estaba diciendo aquella mujer era ridículo. Su beso no le había afectado más de lo que podía haberlo hecho el de cualquier otra. Al menos eso era lo que quería creer.

—Nos sentimos atraídos el uno por el otro; eso es todo. Nada más. Estás siendo tan ridícula como mi ex mujer. ¿Es que todas sois así? ¡No sabes quién soy o si puedes fiarte de lo que te he contado, y sin embargo quieres acostarte conmigo!

La verdad era que él no se creía su argumento.

—Una locura, ¿verdad? —corroboró Meg—. Y es tan extraño en mí. Por eso sé que eres mi hombre. Lo sentí nada más verte... fue como un clic, como si la pieza que faltaba encajara de pronto en su sitio.

Y lo miró como si esperase que confesara una respuesta similar, pero él se negó a hacerlo. Besarla como método para asustarla no había sido una buena idea, y no iba a repetir el experimento. Necesitaba tener presente el motivo de su presencia allí: Kelly. Y tampoco debía olvidarse de Allison. Su ex mujer le había deslumbrado igual que Meg, pero no había tardado en convertirse en otra obligación. Otra persona de la que ocuparse, igual que Kelly y el resto de su familia. Ahora había recuperado la independencia y no estaba dispuesto a renunciar a ella. Le gustaba estar solo, y no iba a perder su la libertad por ninguna mujer, por mucho que besarla hubiera sido una experiencia única.

Y es que en el fondo sabía que Megan Cooper sería aun peor que Alison para su paz interior, y si le echaba el anzuelo a su corazón, ya no habría marcha atrás. Pero, por otro lado, sentía curiosidad por ella. Era una mujer capaz de la mayor de las contradicciones: un minuto era capaz de comprender las complicaciones de una piratería informática, e inmediatamente podía decir esas tonterías como la del clic. No iba a besarla de nuevo, pero tampoco pudo evitar preguntarle:

—¿Y sentiste lo mismo con tu prometido... como se llamara?

Meg lo miró con curiosidad y Adam se maldijo por haber mostrado interés. No debía animarla a nada.

—Se llamaba Max y no, nunca sentí algo tan... sobrecogedor por él, lo cual seguramente fue la razón de que las cosas no nos salieran bien. Ninguno de los dos sentíamos una pasión irrefrenable. Nuestra relación era demasiado práctica. Por eso él terminó casándose con otra. Una mujer que le inspiró una pasión total —de pronto, Meg sonrió—. Me alegro de que me hayas ayudado a darme cuenta. ¿Tanto daño te hizo tu ex mujer que no estás dispuesto a darnos ni siquiera una oportunidad? —le preguntó, ladeando la cabeza.

—No hay nada entre nosotros —murmuró.

¿Cómo podía ser tan ridícula?

—Ah —se separó de él y miró por la cocina como si esperase encontrar la respuesta en alguna parte. Dobló dos trapos y miró por la ventana mientras Adam esperaba en silencio. Por fin se dio la vuelta —. Te equivocas respecto a nosotros, pero seguramente necesitas tiempo. Y ya que no estás dispuesto a decirme a quién andas buscando, ¿qué te parece si vamos de compras?

—¿De compras?

Otra de esas estupideces femeninas.

—Sí. Necesitas algo de ropa para poder moverte por la ciudad. Y de paso, podrías hablar con la gente de por aquí sobre lo que sea que estás investigando y no quieres decirme.

Tenía razón, y él era lo bastante hombre como para admitir cuándo alguien tenía razón. Necesitaba ir de compras.

—Freddie, te presento a Adam Smith. Fue mi prometido.

Meg le presentó a un hombre alto y elegante. Iba vestido con un pantalón gris de lino y una camisa blanca de algodón, y dejó sobre el mostrador su lupa de joyero para estrechar la mano de Adam.

—¿El hombre que te dejó plantada en la iglesia?

Fred arqueó una ceja y examinó a Adam de pies a cabeza.

—Meg ha exagerado un poco —aclaró Adam por enésima vez aquella tarde.

Se había comprado ropa suficiente para varias semanas, pero la excusa de hacer compras era excelente para conocer a media ciudad. Quienquiera que estuviera buscando, tenía que trabajar en un negocio que le pusiera en contacto con el público como coartada. El comprador de la nueva identidad tenía que pasar bastante tiempo con el programador para poder crear la identidad que deseara. En otras palabras, debía tratarse de un turista que pasara mucho tiempo con alguien de Sedona. Por supuesto, cualquier negocio, desde el de las excursiones en todo terreno, pasando por el joyero hasta el

recepcionista de un hotel, podían tener la excusa perfecta. La persona a la que andaba buscando debía ser muy lista y carecer por completo de escrúpulos, se recordó, y la imagen del cuerpo magullado de Kelly se le apareció ante los ojos.

La pintoresca Sedona, en el centro de la región de las rocas rojas, atraía a montones de turistas y gente de negocios, según había leído Adam en el periódico del avión. Los turistas iban a experimentar la conexión con el viejo Oeste, para disfrutar de los maravillosos paisajes y para sentir el misticismo de un lugar como aquél. También parecía el último lugar del mundo en el que uno pudiera encontrarse con la clase de gente que podía necesitar una nueva identidad: traficantes de drogas, espías y demás escoria.

Además, estaba lo de los vórtices. Meg le había contado que el vidente Page Bryant había predicho en 1987 cuatro vórtices metafísicos en Sedona, y como resultado de esa predicción, los de la Nueva Era habían llegado en oleadas. Por lo tanto, nada resultaba extraño en Sedona. Aunque cuatro tíos vestidos con el típico traje a rayas de mafiosos se paseasen con fundas de violín por la calle, nadie se sorprendería lo más mínimo.

Todo el mundo parecía no tener problemas para combinar un pasado de hippie o simplemente de soñador con su profesión de comerciante o lo que fuera. Además, había montones de artistas. En un pueblo tan pequeño, había más de trescientos artistas profesionales y más de cincuenta galerías. Y según Meg, todo el arte era fundamentalmente positivo.

—Es por los vórtices. Desprenden una gran cantidad de energía positiva. Aunque también podría ser simplemente por la belleza de Sedona... ver las rocas cambiar del rojo al violeta según la luz del día, lo inconmensurable de sus paisajes es quizás lo que hace que la gente se afane en buscar lo mejor.

—¿Es eso lo que haces tú?

—Sí —contestó, meditando sus palabras—. Yo no he sido siempre así. Antes mi carrera profesional era lo más importante para mí, pero he cambiado. Pase lo que pase, siempre me quedará Sedona y los amigos que tengo aquí.

Y naturalmente, Freddie encajaba en Sedona, con sus diseños de joyería y su aspecto atildado. Adam siguió con la explicación de por qué estaba allí.

—Meg y yo llegamos a la conclusión antes de la boda de que no estaríamos bien juntos.

—Pero ahora has descubierto tu error y has venido a conquistarla otra vez —concluyó Freddie, antes de tomar la mano de Meg y besarla.

Freddie era demasiado elegante y guapo para gusto de Adam. Otro

condenado admirador de Meg.

—¡Es lo menos que puede hacer! —añadió Meg—. Me rompió el corazón. El único problema es que ahora mi corazón está perfectamente sano y no se si quiero volver a estar con Adam. Va a tener que trabajar duro para convencerme de que sí.

Freddie miró a Adam con decisión.

—Eso está bien. Así los demás también tendremos una oportunidad.

Adam se acercó a Meg y rodeó su cintura con un brazo. Ella se recostó ligeramente, pero no lo miró.

Aquella tarde, interpretar el papel de su prometido le había dado muchas oportunidades de tocarla, sólo con el fin de avalar la coartada, por supuesto.

—¡Cómo te gusta flirtear, Freddie! —a Adam no le gustó nada el tono de voz de Meg. Le parecía demasiado íntimo—. ¿Qué hay del anillo que me estabas haciendo?

Freddie se encogió de hombros.

—Jamás me había imaginado, por lo que me habías contado de tu prometido, que encajaríais tan bien juntos. En fin… el anillo está terminado. Esperad aquí, que voy a buscarlo. Creo que te encantará —añadió, sacando pecho, y desapareció tras la cortina en la trastienda.

—Otro integrante de la legión de tus admiradores —comentó Adam.

Meg se separó de él para examinar los pendientes de la vitrina.

—¿Freddie? No te preocupes por él. Abby me contó que hubo alguien que le importó de verdad, pero que se marchó. Desde entonces, flirtea con todas las mujeres.

—¿Y con todos los hombres también?

Meg sonrió.

—Vaya, vaya… cualquiera diría que estás celoso. Yo creo que Freddie siente algo especial por Gloria Logan. No sé. Freddie tiene buen gusto, pero hay algo en Gloria… puede que sólo sean celos. Gloria es preciosa.

Adam sonrió.

—¿De verdad? En ese caso, quizás debería conocerla.

Meg le dio un puñetazo en el hombro sano.

—Estás aquí para cortejarme a mí, y no a Gloria Logan.

—¿Y qué pasa con Reid? ¿Cuándo voy a conocerlo?

—El jueves por la noche. Me han invitado a cenar en el rancho.

—El famoso rancho y el famoso vaquero. Puede ser divertido. Reid y tú, y la hermosa Gloria y yo.

Meg sonrió.

—Lo cierto es que es muy guapa. Como un ángel, diría yo. He visto hombres darse de bruces con la pared por mirarla.

—Me da la sensación de que las mujeres angelicales no son mi tipo.

—Por supuesto que no. Son aburridas. Estoy segura de que prefieres las mujeres que piensan y son capaces de cuidar de sí mismas. Una mujer que no tenga miedo de decirte lo que siente.

—¿Como tú?

—Exacto.

Meg le sonrió complacida y el brillo de sus ojos castaños hizo saltar un clic en el interior de Adam.

«Oh, no...» No había sido su corazón, sino su libido. No podía ser de otro modo, porque no iba a volver a caer en la misma trampa. Simplemente disfrutaba hablando con Meg. Tenía un genio vivo y una bondad que le parecían atractivos. Eso era todo. Nada más.

Pero tras haber pasado la mayor parte del día con ella, estaba empezando a sentir curiosidad. Seguía queriendo huir, pero no tan rápidamente.

—Cuando él... tu prometido... te dejó en la iglesia...

—No me dejó exactamente en la iglesia. Me lo dijo la mañana del...

—Cuando te lo dijo, ¿te sentiste muy mal?

—Sí —Meg repasó la vitrina de joyas y después miró a Adam—. Había planeado pasar mi vida al lado de Max. Creo que habría sido un buen marido, y yo una buena mujer para él. Cuando me dijo que estaba enamorado de Emma y que iba a casarse con ella, me hizo mucho daño. Yo sospechaba que Max y ella habían tenido algo que ver en el pasado, pero nunca se me ocurrió pensar que no fuese a casarse conmigo. Ésa es la razón de que me marchara. Tomé el primer avión que salía de Manhattan y pasó un año antes de llegar a saber qué quería hacer con mi vida —sonrió—. Yo siempre lo planeaba todo cuidadosamente; siempre había tenido metas específicas que alcanzar, pero al mismo tiempo, también siempre había esperado que ocurriese... algo. Algo profundo que cambiase mi vida y me cambiase a mí. Al final me di cuenta de que tenía que marcharme en su busca.

—¿Y es así como terminaste en Sedona?

—Sí. Cuando llegué aquí, tuve la sensación de que... de que este era mi lugar.

—¿Y la aventura?

—Hasta que tú entraste por la puerta de la tienda, no estuve segura de si iba a encontrarla.

Y su mirada era tan firme que Adam sintió algo extraño en el corazón. «No», se dijo, e iba a negar que él pudiera ser su aventura cuando Freddie volvió a aparecer con un anillo en la mano.

Adam reconoció el diseño inmediatamente: era una réplica exacta del anillo que había sido encontrado en el cuerpo de Kelly.

Nunca podría olvidar lo pequeña y destrozada que Kelly le había parecido en la cama de aquel hospital. Cuando abrió los ojos y le sonrió débilmente, sintió que las lágrimas le rodaban por las mejillas y le humedecían los labios. No había vuelto a llorar desde que tenía cinco años y su padre le dijo que llorar no era cosa de chicos. Kelly volvió a sumirse en la inconsciencia, y Adam y su madre siguieron pasando los días pegados a la cama, esperando que Kelly se despertara. Que se recuperara del coma.

Que viviera.

Pero únicamente su madre era quien estaba convencida de que Kelly viviría, de que se recuperaría. Y fue sólo su fe lo que le empujó a seguir yendo al hospital día tras día, a tomar la mano de su hermana, a hablarle, a rogarle que abriera los ojos.

Y era él quien estaba junto a la cama cuando Kelly por fin volvió a unirse al mundo. Después, pasó semanas recuperándose, ganando fuerza y parte de la memoria que había perdido, pero para frustración de Adam, se negaba a hablar de lo que le había sucedido. Sin saber cómo, había conseguido llegar al hospital de Queens y había perdido el conocimiento nada más entrar en urgencias. La única identificación que llevaba en aquel momento era su tarjeta de la biblioteca, y a través de ella habían localizado a su madre.

Los médicos decían que Kelly debía haberse visto envuelta en alguna clase de accidente y que el trauma que había sufrido le había provocado una amnesia temporal. Pero incluso después de haber recuperado la memoria, Kelly seguía negándose a hablar de lo ocurrido.

Él no creía que su hermana hubiese sufrido un accidente. Él creía que alguien había intentado asesinarla.

Cuando por fin pudo volver a casa de su madre, resultó que se había transformado en una persona completamente distinta. Hablaba muy poco, sólo en respuesta a preguntas directas y con monosílabos. Y más que las heridas que a punto habían estado de costarle la vida, lo que había empujado a Adam a salir en busca de venganza era el hecho de que a su hermana le hubieran robado la vitalidad. Antes del accidente, Kelly rebosaba vida. Entraba en una habitación y la gente respondía ante su presencia. Hablaba incesantemente y sobre cualquier tema: cómo le había ido el día, sus pensamientos, sus sueños. Él solía protestar por su incesante charla, pero ahora daría cualquier cosa por que volviera a ser como antes.

Porque las tardes en que él se quedaba en casa de su madre para que ella pudiera salir, Kelly y él no hablaban. Había dejado de pedirle que le contara qué había ocurrido, porque su presión parecía obligarla a refugiarse aún más en su concha. E igualmente desconcertante para

él era el hecho de que quisiera siempre tener a alguien en la casa con ella; no quería quedarse sola. La ira contra quien hubiera podido hacerle algo así a su hermana crecía día tras día, al igual que la frustración por no poder hacer nada por ella. Necesitaba ayudarla, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

En su última visita, había llevado con él un montón de correo que había recogido en el periódico. Él era un buen periodista de investigación, y sabía bien cómo trabajar de incógnito para llegar al fondo de cualquier historia. Su entrenamiento como militar le ayudaba en esas labores, pero su especialidad era la economía. Con la influencia que las grandes empresas y los mercados bursátiles ejercían sobre la vida de las personas corrientes, su editor le había dado carta blanca para ocuparse de cualquier historia que otros periodistas habrían pasado por alto. Y con un poco de suerte y bastante habilidad, había descubierto varios chanchullos en la bolsa, un par de desfalcos y varios productos peligrosos. Y con cada historia en la que descubría a un ejecutivo sin escrúpulos o a un gobernante inepto, el volumen de su correo crecía y crecía.

Clasificaba las cartas en tres montones: aquellas que le parecían importantes, aquellas a las que contestaría cuando tuviese cinco minutos libres y las que iban directamente a la papelera. Aquel día, Kelly le estaba ayudando con el último montón cuando Adam tuvo la sensación de que algo ocurría. La vio quedarse inmóvil, mirando fijamente una de las cartas. Después, al darse cuenta de que Adam la había visto, la dejó en un montón y continuó con la siguiente, pero él se fijó en el matasellos. Hubiera querido preguntarle a su hermana qué significaba para ella, pero no se atrevió. No quería que Kelly se encerrase aún más en su concha.

Prefirió esperar lleno de ansiedad a que su madre volviese a casa y a comer el estofado de carne casi quemado antes de poder escapar a su coche con toda la correspondencia en la cartera. Así fue como la carta de Abigail Milton llegó a su poder. Abigail Milton de Sedona, Arizona.

Las últimas noticias que habían recibido de Kelly antes de que apareciese cuatro meses más tarde en el hospital fue una postal que le envió a su madre desde el Gran Cañón, y eso fue lo que le empujó a investigar inmediatamente la carta de Abby.

Según se desprendía de esa carta, Abby era una lectora asidua de su columna, y dado que le parecía un periodista capaz siempre de encontrar dos caras a un mismo asunto, había decidido hablarle de sus sospechas. No confiaba en la seguridad de los ordenadores, y ésa era la razón de que se hubiera puesto en contacto con él por carta.

El documento estaba fechado tres meses antes de que Adam lo recibiera, ya que Abby había equivocado el franqueo poniendo una

cantidad menor, de modo que el sobre había tardado muchísimo en llegar a su destino.

Entusiasmado ante la posibilidad de encontrar una pista que pudiera conducirle a averiguar lo que le había ocurrido a su hermana, no había prestado atención al aviso de Abigail sobre los ordenadores y desde su casa había utilizado su ordenador personal para investigar en la base de datos de su periódico dos nombres y dos fechas que Abby le había enviado: Justin Stone, 10 de octubre, y Philip Black, 15 de noviembre. Para su sorpresa y excitación, descubrió que lo que Abby decía era cierto. Ambos hombres existían según su partida de nacimiento, expedientes escolares y número de la seguridad social. Incluso tenían tarjetas de crédito, informes médicos y un montón más de documentación. Todo aquello le empujó a investigar los detalles menores, y encontró que ninguno de aquellos hombres había donado sangre, había sido titular de una tarjeta de biblioteca y, muy especialmente, ninguno había recibido un sobre de publicidad, lo cual era determinante y confirmaba, sin lugar a dudas, que se trataba de identidades falsas. Fraudes informáticos. Ciudadanos americanos de pega.

Extremadamente valiosos.

Eso era lo que alguien muy listo estaba elaborando desde Sedona, Arizona. Lo que Abigail Milton había encontrado sin pretenderlo mientras jugaba con su ordenador. Es más, estaba seguro de que el hecho de que le hubiera elegido a él para hablarle de sus sospechas no era casual, sino que Abby se había imaginado que el asunto le interesaría por Kelly. El problema era que Abby estaba de retiro espiritual, y Adam había ido pasando de un callejón sin salida a otro desde que aterrizase en Phoenix, Arizona.

Como un idiota, había pasado por alto las advertencias de Abby. Quienquiera que fuese lo bastante listo para crear un programa informático que pudiese elaborar identidades falsas, era evidente que habría instalado también trampas de protección. Mientras él saltaba de un archivo a otro, debía haber activado las alarmas que el criminal habría colocado en esas identidades por si despertaban la curiosidad de alguien y obviamente lo habían localizado. Después averiguar qué vuelo había tomado para Phoenix le habría resultado fácil a un genio de la informática.

Lo del secuestro no era más que la consecuencia lógica de todo aquello. Y el encuentro con Meg también, lo cual era para él mucho más peligroso.

Consiguió volver al presente, a la primera pista, y recordó el anillo que Kelly llevaba en la mano que él había tenido entre las suyas aquellas noches interminables. El mismo diseño que Freddie le había hecho a Meg.

—Es precioso —exclamó Meg, colocándoselo en el dedo. El anillo era de plata con turquesas y un granate, y quedaba precioso en su mano de dedos largos—. Tiene los colores de la piedra de Sedona. Me encanta, Freddie —añadió, abrazándolo.

Adam tuvo que reprimir el deseo de arrancarla de aquellos brazos. No sabía si Freddie era uno de los hombres que había hecho daño a su hermana, pero evidentemente él era un nexo de unión. Meg abrió el monedero, le entregó la tarjeta de crédito al joyero y éste realizó la transacción mientras Adam intentaba descifrar el significado de aquella pista.

Ojalá pudiera empujar a Freddie contra la pared y sacarle la verdad con las manos, pero desgraciadamente tuvo que limitarse a salir de la tienda con Meg mientras urdía los pasos a seguir.

La gente de aquella pequeña ciudad lo conocía como el prometido de Meg, Adam Smith, y los piratas informáticos lo conocían como el periodista Adam Smith. Sin pararse a analizar las consecuencias, había anunciado su existencia; ahora todo lo que tenía que hacer era esperar a que fuesen a por él… otra vez. Pero ahora estaría preparado y esperándolos. Y deseando tener la oportunidad de partirle a Freddie los dedos uno a uno.

5

Partirle a Freddie los dedos uno a uno quizás sería un castigo demasiado suave para él, pensaba Adam mientras le escuchaba parlotear sin descanso sobre la Bolsa en la reunión del club de inversores, que al parecer era un evento que ocurría todos los miércoles en The Gateway. Con sorprendente facilidad, Meg había despejado uno de los rincones de la tienda y había colocado en él una docena de sillas y una mesa para el café y la comida.

—Cada uno trae algo —le había dicho con una sonrisa—, así que no tendrás que preocuparte por mi cocina, aunque, a decir verdad, creo que desde que estoy aquí, en Sedona, he mejorado bastante en ese aspecto. No sabes lo que te estás perdiendo.

Adam se había negado a comer nada de lo que preparase ella, y estaba decidido a seguir así.

La noche anterior, tras un día entero de conocer gente de Sedona, pretextando cansancio se había retirado a la habitación que Meg le había preparado. Quería tener la oportunidad de pensar sin la distracción de su presencia.

A la mañana siguiente, había intentado investigar en el ordenador de Abby, pero ella había montado un buen sistema de claves de acceso, de modo que no había conseguido nada, y había tenido que resignarse a pasease por la ciudad y a ayudar a Meg en la tienda por la tarde. Los residentes habían desarrollado una repentina necesidad de cosas de la librería, un pretexto, evidentemente perfecto, para ver de cerca al cerdo que había dejado a Meg plantada en la iglesia. Y lo sorprendente del caso era que se lo había pasado bien. Meg era una persona con la que resultaba fácil trabajar, ingeniosa y de un humor excelente, de modo que su pretendido romance había terminado por convertirse casi en un combate dialéctico.

—¿Una galleta? —le preguntó Rachel, que para la reunión se había vestido con una falda de vuelo rosa y una blusa del mismo color. Se movía entre los invitados ofreciéndoles refrescos e intercambiando cotilleos con una facilidad envidiable. Iba a tener que cultivar más su amistad, ya que era la persona ideal para mantenerle informado sobre lo que ocurría en la tranquila Sedona.

Adam aceptó una de aquellas deliciosas galletas de chocolate; a pesar de que era Rachel quien las servía, estaba seguro de que el trabajo era de Michelle, y en reconocimiento hizo una leve inclinación de cabeza hacia ella, gesto que Michelle ignoró por completo. Había un hombre de cabello oscuro y que debía rondar los treinta años de pie junto a ella, vestido con vaqueros negros y un chaleco también negro decorado con figuras indias que miró a Adam con desconfianza.

Freddie por sin se sentó, acompañado por algunos aplausos, y

Adam se acercó rápidamente a Michelle.

Mientras se acercaba, el joven se dirigió a Michelle:

—¿Quieres un poco más de café? He hecho una mezcla especial para ti.

Ella aceptó el café sin sonreír, y se sorprendió de ver acercarse a Adam.

—Señor Smith, no me imaginaba que nuestro pequeño club de inversiones pudiese despertar su interés.

Adam le ofreció la mejor de sus sonrisas, a pesar de saber que no le valdría para franquear las defensas de aquella mujer.

—¿Cómo iba a perderme la ocasión de estar en una sala con tantas mujeres encantadoras? —contestó, y se volvió al hombre que lo miraba con el ceño fruncido—. Encantado de conocerlo —le dijo, teniéndole la mano, e intentó no hacer ninguna mueca de dolor. Había estrechado la mano de bastantes pandilleros, y sin embargo eran los residentes de la pacífica Sedona quienes amenazaban con romperle los nudillos—. Me llamo Adam Smith.

El otro hombre relajó inmediatamente la presión de la mano.

—Jason Stavropoulos. Así que eras tú el prometido de Meg —dijo, ya que evidentemente había dejado de considerarle una amenaza—. No dejan de hablar de ti desde el lunes.

Y eso era exactamente lo que Adam pretendía. Quería que todo el condenado estado de Arizona supiera que estaba vivito y coleando, y que iba a seguir investigando. Lo que no quería era que los criminales sospecharan que estaba esperando a que volviera Abby, pero sí que se preocuparan por lo que podría saber. De ese modo, quizás cometieran un error y ese error podría conducirle directamente a ellos.

—Supongo que es por mi anterior relación con Meg —contestó, y tomó un sorbo de aquel delicioso café. Aquellos dos formaban una pareja curiosa. Jason tenía las facciones morenas que le aportaba su origen griego; era delgado y fuerte, y casi tan alto como él. ¿Sería ésa la clase de hombre por la que su hermana se sintiera atraída? Lo que sí estaba claro era que en aquel momento sólo tenía ojos para Michelle. Pero eso no significaba nada. Podía tratarse tan sólo de una coartada.

Adam sabía que encontrar al hombre que había sido el amante de Kelly lo conduciría directamente a quien hubiera puesto en peligro su vida y, por tanto, a los falsificadores. Desgraciadamente, la lista de solteros en Sedona era tan larga que iba a ser difícil, pero de lo que no le cabía la menor duda era de que su hermana se había enamorado del hombre equivocado porque siempre le ocurría así, y su reacción ante la carta de Abby se lo había confirmado. Nada era casual.

En las ocasiones en las que Meg no estaba, había mostrado la fotografía de su hermana a varias personas y en un par de ocasiones la

habían reconocido, pero nadie recordaba dónde vivía exactamente. La dueña de una cafetería recordaba que a Kelly le gustaba pasarse buenos ratos en The Gateway, así que Adam sabía que estaba en el camino correcto.

Una vez más pensó en Jason, en si sería él el hombre por el que Kelly habría puesto en peligro su vida.

—Meg y tú tenéis que venir a mi restaurante a cenar. Podría reservaros mesa para mañana —añadió amablemente, como si hubiera recordado que Adam estaba allí con el propósito de recuperar a Meg.

Adam estaba a punto de preguntarle a Jason sobre su restaurante cuando olió un perfume a rosas. Meg deslizó un brazo por el suyo y le susurró algo al oído, como si fuesen amantes compartiendo sus secretos y, por un segundo, en lo único en lo que fue capaz de pensar fue en cómo su respiración le rozaba la piel.

—Ten cuidado —le decía—, que Jason enseguida se pone celoso si alguien pasa más tiempo del debido con Michelle.

Se volvió para contestarle que ya se había dado cuenta y entonces reparó en que sus labios estaban a escasos centímetros de distancia. No tenía más que inclinarse un poco hacia delante para besarla y convencer a todo el mundo de que en verdad había sido el prometido de Meg y que estaba decidido a reconquistarla.

Cuando iba a hacerlo, Meg retrocedió para dejar que alguien más se incorporara a su pequeño círculo.

—Freddie, has hablado maravillosamente —exclamó, y al ver la sonrisa cálida que le dedicaba, Adam rodeó su cintura con un brazo.

Meg se removió un poco como protesta, pero él no la soltó. Incluso le gustó la sensación de su cuerpo moviéndose junto al suyo.

—Mañana por la noche tenemos cena en casa de los Logan —dijo Meg, aun dirigiéndose a Freddie—. En el rancho.

—Vaya, vaya —exclamó Freddie, divertido—. Adam y Reid juntos. Muy interesante. No me lo perdería por nada del mundo. Es que yo también voy a estar —aclaró ante la mirada sorprendida de Meg—. La maravillosa Gloria me lo ha pedido.

Adam frunció el ceño y Jason asintió, compasivo; pero no era tan fácil hacer callar al joyero.

—¿Qué te ha parecido mi pequeña charla? —le preguntó a Adam —. Me gustaría contar con tu opinión de experto. Tengo entendido que escribes sobre temas económicos, aunque no sé si habré oído hablar de tu periódico.

Adam decidió pasar por alto el comentario sobre sus credenciales. No necesitaba que aquel cretino las corroborase, porque él era un escritor muy bueno. De hecho, había ganado algunos premios mientras trabajaba para un periódico de Filadelfia antes de empezar a escribir su propia columna en uno de los diarios de mayor prestigio en

el mundo.

—El tema me ha parecido interesante, pero invertir en acciones de compañías dedicadas a la ingeniería genética es tan arriesgado como jugar a la lotería.

—Sólo si uno no sabe lo que hace.

—Muchos inversores que han creído saber lo que se hacían invirtiendo en ingeniería genética han lamentado su irreflexión. Sin embargo —añadió, ya que necesitaba darle un margen de movimientos al joyero. Podía serle útil, y no podía basar sus sospechas sólo en el anillo que le había hecho a Meg, ni en la forma que tenía de mirarla, como si fuese de su propiedad... algo que sólo ocurriría pasando por encima de su cadáver—, las acciones que han recomendado son unas de las mejores.

Freddie sacó pecho como un pavo real.

—Gracias. He de admitir que tengo buena reputación en nuestra pequeña comunidad.

—¿Y cómo estás tan bien informado sobre Laboratorios Janzen? Esa pequeña empresa creo que empezó a cotizar en bolsa hace sólo dos meses.

Freddie sonrió condescendiente.

—En mi otra vida, era científico, pero como muchos de los habitantes de Sedona, decidí abandonar esa carrera de ratas y vivir de una forma más auténtica. Pero continúo estando al día en los avances del sector —de haber tenido bigote, se habría mesado los extremos—. ¿Y dónde has dicho que podría leer tu trabajo?

—No lo he dicho, pero puede que hayas leído en alguna ocasión el periódico. Es el *New York Times*.

Freddie se atragantó con el refresco. Jason sonrió. E incluso Michelle esbozó una tímida sonrisa complacida. Pero lo que más le sorprendió fue que Meg se quedara inmóvil y, tras murmurar una excusa sobre estar en la compañía equivocada, desapareciera del grupo.

—Una mujer magnífica, ¿verdad? —preguntó Jason.

—Sí —contestó, ausente, y después se dio cuenta de que a quien Jason observaba era a Michelle, que les había dejado para unirse a Rachel junto a la mesa de la comida.

Adam asintió en su dirección.

—Pero no parece darte demasiadas esperanzas.

—En público no —admitió—, pero todo lo que merece la pena es difícil de conseguir.

—A veces el precio a pagar por el amor es demasiado alto —dijo, y casi inmediatamente deseó no haberlo hecho—. ¿Qué fue lo que te trajo hasta Sedona?

—Michelle —contestó Jason, cuyo rostro se iluminaba cada vez

que hablaba de su enamorada—. Tenía un restaurante en California, pero no era muy feliz allí. La novia que tenía entonces y yo nos tomamos unas vacaciones y vinimos a Arizona. En cuento entramos en Sedona, supe que quería vender mi restaurante de California y abrir uno aquí. Después conocí a Michelle y en aquel mismo momento tuve la certeza de que era con ella con quien quería pasar el resto de mi vida. Ahora todo lo que tengo que hacer es convencerla.

Sorprendido de la facilidad con que Jason hablaba de sus sentimientos, Adam le preguntó:

—¿Y por qué se resiste tanto Michelle?

—Pues porque piensa que soy muy joven para ella. Que le romperé el corazón.

Adam se le quedó mirando un instante.

—¿Y ninguna de las dificultades te preocupa?

Se refería a la década que separaba sus edades, a sus temperamentos tan distintos y a su concepción de la vida.

Jason dejó de mirarla a ella para volverse a Adam.

—Nada de todo eso importa. No cuando se trata de amor verdadero —aunque su color de piel lo disimulara, Adam notó que enrojecía—. Tendrás que perdonar mi extravagancia. Deben de ser mis genes griegos. Un griego piensa que cuando uno conoce a la mujer de sus sueños, no debe permitir que nada se interponga entre ellos.

Y se disculpó para acudir al lado de Michelle. Ojalá tuviera buena suerte. Y ojalá él no tuviera que quedarse demasiado en Sedona. Aquello podía ser contagioso.

Por ahora se había enterado de que Rachel y Michelle eran propietarias de un hotel que disponía de un sofisticado centro de conferencias; que el guapo Greg Trenton era el propietario de la empresa de excursiones en vehículos todo terreno, y que no formaba parte del club de inversores, pero que Dana, la encargada de su oficina, sí. Adam se acercó a ella. Sus gafas de gruesos cristales y su piel blanca y sin maquillar la hacían destacar del resto de residentes de Sedona, sobre todo teniendo en cuenta que trabajaba para una compañía que operaba al aire libre. Uno se la imaginaría mejor en los elegantes jardines de Inglaterra, tomando té helado bajo una sombrilla.

Dana enrojeció hasta la raíz del pelo ante el flirteo de Adam, y tras unos minutos de conversación, admitió ser una entusiasta de los ordenadores quizás como escape de una familia dedicada a la literatura y las artes.

—Mis padres creen que estoy fuera para ambientar una novela que estoy escribiendo; les daría un patatús si supieran que se trata de un programa informático.

Le gustaba la forma en que se animaba su expresión al hablar de

ordenadores.

—¿Por qué Sedona y no Silicon Valley?

Dana le devolvió la sonrisa y se apartó el pelo de los ojos.

—Mis programas me llevan a donde quiero estar, y no necesito formar parte de una compañía determinada para alcanzar mis metas... eso es algo que tengo en común con la filosofía de mis padres.

—¿Y una vez hayas vendido tu programa?

—Seré rica y viviré donde quiera.

—Y ese lugar, ¿será donde esté Greg?

—Sí —contestó, y pareció perder toda su determinación—. Si es que consigo que se dé cuenta de que existo. ¿Vas a llevarte a Meg a Nueva York de nuevo? —le preguntó, consciente del interés de Greg por ella.

—Todavía no hemos hecho planes —se escabulló Adam.

Consiguió que le hablase de sus desarrollos informáticos, a pesar de que Adam pronto estuvo absolutamente perdido, con la esperanza de que llegase a mencionar algo de identidades falsas creadas por ordenador, pero una vez dejó de hablar de memoria RAM y de inteligencia artificial, volvió a su tema favorito: Greg.

—Qué curioso —dijo ella de pronto—. La mayoría de las personas se pierden en cuanto empiezo a hablar, pero tú me has seguido durante un buen rato. Quizás podríamos volver a hablar en alguna otra ocasión.

Y volvió a enrojecer.

—Quizás pudiéramos hacerlo mientras cenamos... en algún sitio donde Greg nos vea.

Dana asintió, y como si se sintiera incapaz de decir nada más, le dejó solo. Era muy tímida. Podía hablar de ordenadores y de Greg con fluidez, pero después se bloqueaba. Era una pena, pero estaba casi convencido de que Greg nunca le prestaría atención, aunque en Sedona... quién sabía.

—¡Hola! Somos Nancy y Brian Masters —explotó una voz masculina.

Brian era un agente de la propiedad inmobiliaria retirado y Nancy era profesora también jubilada. Ambos le refirieron que pasaban los meses de invierno en Sedona y viajaban el resto del año, gracias a que Nancy hacía crecer periódicamente su jubilación con sus inversiones.

—Es un genio —exclamó Brian, tras besar la mejilla de su mujer—. Y pensar que se ha pasado tantos años metida en un aula...

—Cuando debería haber estado en Wall Street. Brian está convencido de que habría sido...

—Todo un éxito. Eres brillante, cariño.

Nancy le dio unas palmaditas en el brazo.

—Bueno... así que tú eras el prometido de Meg, ¿no? El que la

dejó…

—Para que pudiera madurar sola. Muchas de nosotras cometemos el error de casarnos demasiado pronto —interrumpió Nancy, tras darle a su marido un codazo en las costillas.

Brian sonrió.

—Tú no eras más que una niña cuando me casé contigo —contestó él—. Nos escapamos cuando ella tenía diecisiete años y yo, diecinueve —le explicó a Adam—. Han sido los mejores treinta años…

—Nadie podría haber predicho que las cosas nos iban a salir tan bien. Pero lo de fugarse no es para todo el mundo —añadió, para que su marido dejase de meter la pata—. En fin… según nos ha contado Meg, su boda iba a ser todo un acontecimiento social.

Adam no supo qué decir. ¿La boda de Meg había sido un acontecimiento social? Proviniendo de una familia rica… pero la verdad es que no se había parado a pensar en lo que debía haber sido para ella aquel día. Debió sentirse humillada, y de pronto sintió un odio ciego hacia el hombre que la había abandonado de ese modo; que tanto daño le había hecho como para empujarla a buscar una nueva vida.

Murmuró algo no comprometedor sobre la boda y les preguntó por sus hijos. Dejó que se pisaran las frases el uno al otro durante un tiempo, pero no averiguó nada interesante de ellos, excepto que Nancy sabía de ordenadores, igual que Dana Griffins. Pero quienquiera que estuviera buscando tenía que ser no sólo entendido, sino todo un experto.

Los demás miembros del grupo, Anna Brown, dueña de una tienda de regalos; Reginald Truman y Ben Holder, conductores de la empresa de Greg y Steve Gruber, escritor de novelas policíacas, no le parecieron sospechosos.

Meg salió en aquel momento de la cocina y se acercó a él, mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó él.

—A mí no, a ti.

—¿A mí?

—¡Sí! Eres escritor. ¡Escritor de asuntos económicos!

—Ya te lo había dicho.

No entendía nada. ¿Qué tenía de malo serlo? La lógica de aquella mujer era indescifrable para él.

—No comprendes nada —replicó, con los brazos en jarras y en voz baja—. Me he pasado la vida rodeada de escritores, y Max, mi prometido, era hombre de negocios.

Antes de que Adam pudiese encontrarle algún sentido a todo aquello, sintió que alguien apoyaba una mano en su hombro, y al volverse, se encontró ante una diosa rubia.

—Ay, lo siento. Os he interrumpido.

Tenía la voz almibarada de un ángel, unos enormes ojazos azules, pelo rubio y dientes perfectos, y Adam le ofreció la mejor de sus sonrisas.

—Creo que no nos han presentado. Soy Adam Smith.

—¿El escritor?

Sus preciosos ojos azules brillaron al reconocerlo.

Al menos había alguien que conocía y apreciaba su trabajo, y aquel ángel rubio batió sus pestañas ante él.

—Llevo años leyendo su columna, y estoy encantada de poder conocerlo. Me interesa mucho el mundo de la economía. Es usted muy bueno, señor Smith.

—Llámame Adam, por favor.

—Adam. Soy Gloria Logan —se presentó, y estrechó su mano mirándolo con admiración.

Apostaría cualquier cosa a que aquella mujer era un ser racional y lógico, la clase de mujer que llevaba toda la vida buscando.

Y la clase de mujer que llevaba toda la vida evitando le dio un codazo en las costillas.

—Adam es mi prometido.

—Creía que ya no estabais comprometidos —se quejó Gloria, con un delicioso mohín.

—Adam está intentando hacerme cambiar de opinión —aclaró Meg con un extraño tono de voz.

Por fin estaba ella molesta con él, y no al contrario.

—Creo que mañana vamos a cenar a tu casa — comentó él.

—Estoy encantada —contestó ella, y su sonrisa despertó un coro de ángeles cantores—. Siento haberos interrumpido —repitió—. Sólo venía a recordaros nuestra invitación. Con tanta excitación como hay en la ciudad, no quería que se os olvidara.

—Imposible —replicó Meg, y se alejó a grandes zancadas.

Fue entonces cuando Adam reparó en la falda corta que había llevado puesta todo el día. Estaba en lo cierto: sus piernas eran magníficas.

Gloria le rozó el brazo y él se volvió y tomó su mano entre las suyas.

—Tienes que disculpar a Meg —le dijo—. Se pone celosa con facilidad. Ese era uno de nuestros problemas.

—Pobrecito. Pero ahora estás dispuesto a recuperarla, ¿no?

—No sabía que Meg y tú fuerais tan buenas amigas.

—Yo nunca podría tratar a un hombre como Meg te ha tratado a ti.

—Pero fui yo quien no se portó bien con ella.

Gloria dio rápidamente marcha atrás.

—Y eres lo bastante hombre como para admitir el error y pedir

perdón —corrigió, deslizando una mano por su camisa—. Espero que Meg se dé cuenta de lo afortunada que es.

Los vasos tintinearon con fuerza en la cocina y Adam sonrió.

—¡Dios mío! —exclamó ella, que debía acabar de darse cuenta que estaba pisando terreno poco firme—. Ya se ha marchado todo el mundo. Yo también debo irme —hizo una pausa—. Espero verte mañana en la cena.

—Yo también.

Y era verdad, porque la alarma se había disparado en su interior. El siempre confiaba en su instinto para todo, excepto con las mujeres.

Acompañó a Gloria hasta la puerta y ella lo besó brevemente en los labios. Adam sintió la mirada de Meg en su espalda, pero cuando se volvió, sólo pudo verla subiendo ya en los últimos peldaños de la escalera, y esperó en la cocina recogiendo platos y metiéndolos en el fregaplatos hasta que oyó la puerta de su dormitorio cerrarse con un buen golpe. Sólo entonces subió a su habitación.

Durante las horas en las que el sueño no quiso llegar, Adam se dedicó a contemplar su estancia allí. El flirteo que había mantenido con Gloria tenía como único fin poner distancias entre Meg y él, y estaba perdido soñando con lo apasionada que podía ser cuando oyó un ruido en la cocina.

El único arma que tenía a mano era un grueso libro, y con él en la mano, bajó la escalera. Alguien andaba en la cocina, así que inspiró profundamente y entró como una exhalación para sujetar a su adversario por el cuello, cortándole la respiración. El intruso se revolvió, y Adam le sujetó con el otro brazo por el pecho… y fue cuando se encontró con un pecho de mujer que olía a rosas… Meg se separó de él respirando con dificultad.

—Oí un ruido, y pensé que era un intruso.

—Había bajado a beber algo…

—Ten dijo, tendiéndole el vaso de leche caliente que tenía en la encimera—. Deberías haber dado la luz —añadió, y la encendió.

—Es que no quería despertarte.

Ojalá no se le hubiera ocurrido tocar el condenado interruptor. Así no habría visto a Meg vestida con una camisola de seda. Evidentemente, no había esperado encontrarlo en la cocina, y no se había molestado en ponerse la bata. El satén amarillo se pegaba a sus curvas, especialmente a sus pechos, y cuando se dio cuenta de la mirada de Adam, enrojeció.

—Yo no… —empezó, y fue a cruzarse de brazos.

—No —le dijo él—. Estás preciosa, y me gusta mirarte.

—¿Y qué pasa con Gloria?

Adam tuvo que contener la sonrisa.

—Lo he hecho para que te enfadaras.

—Pues lo has conseguido —la vio tragar saliva y acercarse a él—. ¿Y mirar es todo lo que quieres hacer?

—No. Voy a tocarte.

Con una mano tiró de sus caderas para acercarla a él, y dejó vagar la otra por su costado. Era preciosa. Sus ojos se encendieron de deseo, pero ni le animó ni le detuvo; simplemente le dejó hacer. Cuando acarició sus pechos, sus pezones endurecidos, siguió sin decir nada, esperándolo.

Y Adam no pudo contener su deseo un instante más.

—¿Cuántas veces tengo que besarte para que lleguemos a ser amantes? —le preguntó.

—Tres.

—¿Y cuántas nos hemos besado?

—Tú sólo una.

—Entonces, he de besarte dos más.

—Sí.

Rozó sus labios con los suyos y sintió calor, necesidad, llamas, humo...

—¡Maldita sea! —exclamó, empujándola—. ¡Fuego!

6

—Qué espanto —dijo Freddie, sujetándose contra el salpicadero mientras Adam intentaba evitar sin éxito uno de los baches del camino.

Había alquilado un todo terreno de la empresa de Greg y estaba disfrutando de conducir por el desierto. Apenas le dolían ya las costillas.

—Debiste asustarte mucho —continuó Freddie.

—Fue sorpresa más que nada. Adam reaccionó tan rápidamente que pudimos apagar las llamas con los extintores antes de que las llamas se propagasen —explicó Meg.

—¿Os ha dicho el sheriff cómo pudo provocarse? Porque un fuego en esa tienda, con tantos libros... —Freddie se estremeció—. Podría haber sido una pesadilla. ¿Y si no os hubierais despertado a tiempo?

—Bell cree que alguien debió tirar una colilla en la papelera, o en alguno de los cubos de basura. Fue un susto tremendo.

—Menos mal que os quedasteis despiertos hasta tan tarde —insistió Freddie,

—Sí —se limitó a contestar Meg.

—Hemos tenido suerte —corroboró Adam. Mucha suerte.

Dudaba mucho que aquel incendio se hubiera provocado por accidente, pero también dudaba de que hubieran pretendido matarles. Era un aviso. Su última oportunidad de dejar la investigación y marcharse.

No podía limitarse a esperar a que Abby volviese para hablarle de sus sospechas. Al menos podría seguir su instinto aquella noche yendo al rancho de los Logan. El cosquilleo que había sentido en la nuca al hablar con Gloria era algo que debía comprobar. Por otro lado, había mostrado más interés en él de lo que cabía esperar sólo por ser nuevo en la ciudad, o simplemente por poder arrebatárselo a Meg. Ella sospechaba de él tanto como él de ella.

Y por otro lado, estaba deseando conocer a Reid Logan.

El fuego no había conseguido asustarlo, sino más bien lo contrario: estaba enfadado y aún más decidido que antes. Sin embargo, estaba poniendo a Meg en peligro, y eso le preocupaba. Aquella misma mañana le había sugerido que fuese a visitar a su familia, y ella le había contestado tirándole un libro a la cabeza. No conocía el peligro. Y él tampoco, porque de no haberse provocado el fuego, habría terminado haciendo el amor con ella, sin duda, y era él quien debía ser consciente y no olvidarse de su ex mujer, y de que quería encontrar al hombre que tanto daño le había hecho a su hermana.

Y no besar a Meg Cooper una tercera vez.

La casa del rancho Logan apareció ante sus ojos a la luz del

atardecer.

—Los últimos treinta kilómetros del camino pertenecían ya al rancho Logan —comentó Freddie—. Impresionante.

—Reid posee uno de los ranchos más espectaculares de todo el estado. Sus orígenes se remontan a cuatro generaciones atrás de su familia, y Gloria ha organizado una especie de club exclusivo para ejecutivos que vienen en busca de las emociones del Oeste. Sólo admiten dos huéspedes al mismo tiempo —comentó Meg.

—Impresionante —repitió Adam.

Un hombre alto y de cabello rubio con aspecto inconfundible de vaquero los recibió junto a la casa.

—Hola —dijo, al tiempo que ayudaba a Meg a bajar del coche, y mientras la rodeaba por la cintura, tendió la mano hacia Adam—. Soy Reid Logan, y estoy encantado de que hayas podido venir a cenar. Gloria está deseando volver a verte —Red volvió su atención a Meg, y una sonrisa lenta iluminó sus ojos azules—. Meg, estás tan preciosa como siempre.

—Gracias, Reid —contestó ella, y se separó de modo que no pudiera seguir agarrándola por la cintura, pero sin dejar de sonreírle.

—Freddie —saludó a su otro invitado, y tomando a Meg por un brazo, echó a andar hacia la casa.

Adam no tuvo mucho tiempo de admirar la casa o el resto de construcciones que debían ser los graneros y las cuadras, porque la puerta principal estaba abierta y hasta ellos llegaba el rumor de la risa y las conversaciones. Gloria salió a recibirlo al vestíbulo de paredes de madera, y apoyó la mano en su brazo. Estaba preciosa, pero aun así, Adam deseó que fuese Meg y no ella quien lo tocara.

—Me alegro de que hayas podido venir a cenar. Temía que Meg decidiera guardarte sólo para ella —añadió con suavidad, mientras lo conducía hacia el salón—. ¿Has tenido suerte con nuestra Meg?

—¿Suerte?

—Me refiero en cuanto a recuperar sus favores. Te lo digo porque mi hermano ha decidido cambiar de actitud y ser más agresivo, ahora que tiene competencia. Te advierto que puede ser muy persuasivo, y que, además, detesta perder.

Reid le estaba sirviendo a Meg una copa de vino tinto.

—¿Te gusta la idea de que Meg llegue a ser tu cuñada?

—Meg es un encanto, pero no es ésa la razón de que le desee a mi hermano buena suerte.

—¿Entonces?

Gloria lo miró fijamente.

—Porque así tú estarías solo y con el corazón destrozado.

—¿Y tú serías mi enfermera?

Gloria se echó a reír.

—Me encantaría tener la oportunidad de demostrarte lo... comprensiva que puedo llegar a ser.

Adam no pudo dejar de compartir su risa.

—¿Siempre eres tan clara cuando quieres algo?

—Normalmente sí. No me gustan los juegos. ¿Por qué malgastar el tiempo cuando mi objetivo y yo podríamos estar haciendo cosas mucho más interesantes? —susurró, y Adam sintió un vacío en el estómago—. Pero estoy siendo una mala anfitriona monopolizándote. Vamos a que conozcas al resto de invitados.

El rancho de los Logan dejaba en mantillas incluso a La Ponderosa. Todo era grande y macizo. En el salón había una enorme chimenea de ladrillo y el ventanal, que ocupaba toda una pared, ofrecía una preciosa vista del jardín y la piscina. La casa estaba construida en forma de U, abrazando la piscina, y el mobiliario era de madera maciza, cuero y telas en los colores de Santa Fe, todo en el más puro estilo del Oeste.

—Será mejor que interrumpamos a Meg y a mi hermano antes de que se arrullen demasiado.

Gloria condujo a Adam hacia el hombre que ocupaba el centro de la habitación. Vestido con vaqueros y camisa blanca, derrochaba masculinidad y confianza en sí mismo, y era un hombre atractivo, pero no guapo. Debía de tener más o menos su misma edad, cuarenta y dos años, y Meg y él estaban conversando con una mujer regordeta y de cabello castaño cuando Gloria les interrumpió.

—Te presento a Betty Henderson. Éramos compañeras de colegio, y cuando Betty me escribió diciendo que había decidido venir a conocer Arizona, la invité a pasar unos días con nosotros. Ahora espero convencerla para que se quede una semana más. Es muy aburrido a veces no tener compañía femenina por aquí. Betty, te presento al famoso Adam Smith. Era el prometido de Meg.

Reid le ofreció a Betty una bebida del bar y se volvió hacia Adam y Gloria.

—Cariño... tú tan diplomática como siempre —dijo, y para suavizar sus palabras, pasó un brazo por los hombros de su hermana —. Tendrá que disculpar a mi hermana, señor Smith, pero siempre ha intentado proteger a su hermano mayor.

—Eso es lo bueno de la familia. Yo siento exactamente lo mismo por mi hermana —contestó, y aceptó la cerveza que le ofrecía—. Llámame Adam, por favor. Tu rancho es impresionante —¿podría ser Reid el responsable del estado de Kelly? Sus miradas se cruzaron y Reid miró después a Meg, que estaba junto a Freddie en el bar. Celos. Adam casi se había olvidado de que estaba celoso de él por su supuesta relación con Meg—. Es una mujer maravillosa —dijo, sonriendo—. Fui un idiota por dejarla escapar.

—¿Y por qué lo hiciste? —preguntó el otro con frialdad.

Adam sintió aquel cosquilleo familiar en la nuca. Quizás sólo estuviera reaccionando ante los celos de Reid. Quizás.

O también cabía la posibilidad de que fuera su intuición, el condenado sexto sentido que le hacía seguir determinadas historias en una dirección en la que ningún otro periodista lo haría.

A veces tenía esa... sensación. Era como un cosquilleo en la nuca, un ligero sudor en las palmas de la mano lo que le hacía saber de pronto que acababa de toparse con la clave de un misterio. Que el contable que guardaba silencio entre los ejecutivos tenía las respuestas que necesitaba, o que el vicepresidente mentía como un bellaco.

Y en aquel momento, todos sus sentidos estaban en alerta.

—Dejar escapar a Meg fue un error que pretendo subsanar —contestó—. Meg me ha comentado que el tuyo es uno de los ranchos más grandes de todo el estado.

—Sí. El Liberty L ha pertenecido a mi familia desde hace más de cien años —declaró, orgulloso.

—Una herencia que pasará a sus hijos en cuanto encuentre a la mujer adecuada —añadió Gloria.

—Mi hermana disfruta enfrentando a los hombres —replicó Red, frunciendo el ceño—. Creo que ésa es la razón de que sea tan buena en los negocios.

—Reid, estás siendo injusto conmigo. Sólo era una broma —se quejó Gloria, y volvió su mirada inocente a Adam, que sintió sus efectos hasta la punta de los dedos de los pies. Llevaba un vestido blanco decorado con pequeñas flores color rosa, lo que le daba un aspecto dulce y sensual. Las palmas de las manos empezaron a sudarle —. Vamos a por una bebida fresca dijo, señalando el bar—. Reid querrá saludar al resto de invitados.

Adam dejó que lo condujera hasta el bar, donde cambió su cerveza por otra, la última que iba a beber aquella noche, porque necesitaba estar bien alerta frente a los hermanos Logan. Gloria se sirvió una copa de champán.

—Mi bebida favorita —suspiró—. Una fiesta sin champán no es una fiesta.

Adam quería saber más sobre Gloria y su hermano.

—¿Crecisteis tu hermano y tú en el rancho?

—Sí. Y yo siempre soñé con estar en otro sitio, sobre todo en una ciudad grande: Nueva York, París, Londres... Llenaba las paredes de mi habitación con fotografías de la Torre Eiffel y del Empire State, mientras otras chicas las llenaban con fotografías de sus ídolos. Cuando nuestros padres murieron, Reid me permitió ir a todos los lugares con los que había soñado. Estudié en Londres y en París; pero después de tanto desearlo, resultó que echaba de menos Arizona

constantemente. Echaba de menos el color, la temperatura, los espacios abiertos… así que volví a casa.

—¿Qué estudiaste?

—Historia inglesa, literatura francesa, árabe… Iba saltando de tema en tema, hasta que a final decidí que era hora de volver a casa y aclarar mis ideas.

—¿Y lo has conseguido?

—En parte, sí. Creo que nunca llegamos a conocer todo lo que deberíamos, pero al menos aquí estoy en casa, y eso me proporciona seguridad y raíces. Ésa es una de las razones por las que adoro a Meg: porque sabe ayudarme a encontrar libros que me ayudan a ampliar mis conocimientos. Y Sedona es un lugar muy especial. Atrae a todas las almas perdidas.

—¿Y tú crees que Meg es un alma perdida?

—Desde luego. Aunque ahora que tú estás aquí, parece mucho más… no sé… como si debiera… —Gloria se mordió un labio y lo miró con los ojos entornados—. Es difícil de explicar. Es como una sensación.

Había demasiadas sensaciones en aquel lugar, incluyendo la suya propia al ver a Reid demasiado cerca de Meg, y a ella riéndose de algo que acababa de decirle.

—¿Por qué decidiste recibir huéspedes en el rancho?

Gloria frunció el ceño, pero el gesto duró apenas un instante.

—Necesidad y aburrimiento. Necesitaba tener algo que hacer y mi educación tenía poco uso práctico. Reid no me necesitaba para nada. Lleva el rancho perfectamente bien, y tiene un personal muy competente. Yo pasaba la mayor parte del tiempo sola, así que empecé a invitar a compañeras de colegio a pasar aquí sus vacaciones. Les enseñaba el rancho, les explicaba el trabajo que se realiza, les enseñaba a montar… conozco bien la historia de la zona y del estado, hablo cinco idiomas y me defiendo en un par de ellos más, así que cuando una de mis compañeras me llamó para decirme que su padre tenía dos compañeros de trabajo que estaban dispuestos a pagarme generosamente para disfrutar de la misma clase de vacaciones, supe que había encontrado mi profesión.

—Marketing especializado.

—Exacto. Envío mi publicidad por todo el mundo. He preparado un lujoso catálogo con unas impresionantes fotografías, y sólo se lo envío a quien me lo pide previamente.

—Y después esperas a que te llamen tus clientes —alzó la copa en un brindis—. Brillante.

Gloria sonrió e incluso el aire pareció crepitar.

—Ha sido una suerte que me haya salido tan bien. Además, es un negocio que me deja mucho tiempo libre, de modo que puedo seguir

estudiando lo que me apetece. Quién sabe si otro día cualquier interés podría resultar tan lucrativo. Es cuestión de suerte —añadió con modestia, pero había un brillo satisfecho en sus ojos.

—Tienes todo el derecho a sentirte orgullosa de lo que has conseguido. A mí también me gustaría conocer el rancho en alguna ocasión.

—Pronto —le prometió ella, y se colgó de su brazo—. Pero por ahora, tendrás que conformarte con la cena.

Meg lo miró frunciendo el ceño cuando Gloria lo condujo al comedor, en el que había una mesa a la que podían sentarse cómodamente veinte comensales. Como sólo estaban seis, Reid, Gloria, Freddie, Meg, Betty y Adam, ocuparon sólo un extremo de la preciosa mesa de roble. Reid había sentado a Meg a su lado.

Peter, un estudiante de la universidad y que trabajaba en el rancho cuando tenían invitados, sirvió la mesa.

—No me habías dicho que Adam era un periodista tan famoso —le comentó Gloria a Meg en un aparte mientras les servían la cena.

—Sí. Ha sido nominado para el *Pulitzer* dos veces y ha ganado numerosos premios por su trabajo, pero yo no me casaba con él por sus dotes de escritor, así que cuando él… —Meg hizo una pausa para darle efecto a las lágrimas que conseguía hacer aparecer en sus ojos. Adam había visto aquella interpretación ya en varias ocasiones, y le tenía maravillado—. Es que no quería hablar de él, pero es un brillante escritor —añadió.

—Es comprensible —dijo Gloria, mientras se servía.

—Uno de mis artículos favoritos es el que realizó sobre JB Design Inc., Manufacturing —continuó Meg—. La empresa estaba a punto de cerrar, pero los empleados se la compraron a la multinacional de que era propiedad y consiguieron reflotarla. Adam les ha seguido la pista con regularidad después de aquel logro de 1989.

Adam miró a Meg a hurtadillas, y ella le devolvió la mirada sin alterarse. Así que conocía su trabajo. Gracias a aquel trabajo suyo, se habían salvado muchos puestos de trabajo. Ojalá hubiera podido hacer lo mismo por la empresa de su padre, que había terminado en la bancarrota y había provocado la muerte de su padre poco después. A partir de entonces fue cuando Adam se dedicó exclusivamente a las historias relacionadas con el mundo de la empresa. Le interesaba conocer a quienes trabajaban duro, a quienes hacían algo nuevo, a quienes innovaban y corrían riesgos. Y a quienes salían victoriosos.

Pero también a quienes cometían locuras, a los directivos cuya mala gestión arruinaba prometedores negocios, y le encantaba exponerlos a los ojos de sus lectores. Creía en la verdad, y en que los errores que exponía en sus líneas pudieran evitar que otros los cometieran.

—Adam es más conocido por sus artículos de investigación, pero creo que lo que más le gusta es escribir historias de finales felices —observó Meg, y su precisión sobresaltó a Adam—. Sin embargo, no le gusta admitirlo. Prefiere dar la imagen de periodista cínico —añadió, y estiró el brazo para apretar cariñosamente su mano. Nadie la vio pellizcarle.

Él se inclinó sobre la mesa para hablar en voz baja.

—Así que eso era lo que estabas haciendo esta tarde en la librería, ¿eh?

—Ya te dije que tenía que buscar unos datos.

Adam se volvió a Gloria.

—Meg exagera, pero creo que las historias de empresas que alcanzan el éxito pueden inspirar a los lectores. De hecho, me gustaría escribir sobre vuestro rancho y el turismo de élite. No creo haber oído hablar de otro negocio parecido.

Reid frunció el ceño.

—No necesitamos más publicidad. No quiero tener a un puñado de turistas observando todos nuestros movimientos.

Gloria miró a su hermano.

—Vamos, Reid, sería divertido. Tendremos que hablarlo.

—Sí, hacedlo, por favor —insistió Meg.

—Quizás podríamos dar una vuelta por la casa después de cenar —sugirió Adam a Gloria.

Quería captar las sensaciones del lugar y hablar a solas con Gloria. Meg le había prometido mantener ocupado a Reid. Mejor ignorar el hecho de que esa idea había dejado de gustarle.

—Estaré encantada —contestó Gloria sonriendo beatíficamente.

Durante el resto de la cena habló poco, y se limitó a escuchar la conversación entre Meg y Reid. Una vez terminaron el postre, Gloria se levantó.

—Si nos disculpáis... Freddie, quizás podrías ayudar a Betty a elegir el motivo que va a utilizar en su próximo jersey. Es una magnífica tejedora. Seguro que podrías diseñar algo espectacular.

Freddie, que se había levantado para acompañarlos en el paseo, volvió a sentarse e intentó disimular el gesto de fastidio al volverse a mirar a Betty. Aunque a él tampoco le caía nada bien, no le hubiera encasquetado el diseño de un jersey. Gloria le mostró toda la casa. Era de una sola planta y fueron pasando por las cuatro habitaciones de invitados, la biblioteca, la sala de televisión, la de juegos y la cocina, donde Peter estaba recogiendo.

—En cuanto hayas cargado el lavavajillas, puedes irte a casa. Ya lo sacaré yo por la mañana,—le dijo Gloria, y el chico la miró agradecido.

—Gracias, Gloria. Tengo un trabajo que he de entregar mañana.

Salieron de la cocina y Gloria señaló hacia el ala oeste.

—Reid tiene su dormitorio y su despacho allí, pero le gusta mantener su intimidad, de modo que está fuera de nuestros límites. Además, no creo que a Reid le hiciera mucha gracia que estuvieras en su espacio privado —se detuvo delante de otra puerta—. Éstas son mis habitaciones.

Adam se sintió extraño en la habitación blanca de Gloria. Tenía un montón de encajes decorando la cama con baldaquino, y había un sofá tapizado en color marfil y una mesa de cristal bajo la ventana. Señaló hacia una puerta.

—Ahí dentro tengo mi ordenador, mis libros y demás cosas de trabajo.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

Gloria abrió la puerta. Aquella habitación ofrecía un tremendo contraste con el dormitorio. Tenía muchas ventanas que daban al exterior, pero fue la estantería abarrotada de libros lo que llamó la atención de Adam. Leyó varios de los títulos: Gloria tenía de todo, desde diccionarios de español a libros de astronomía y física, pasando por montañas de libros de ficción. Eligió uno al azar y se encontró en la portada con un pirata de pecho desnudo que sujetaba por la cintura a una lujuriosa mujer.

—Lo leo todo —dijo Gloria ante su mirada sorprendida—, y no hay nada mejor que una buena historia de amor con un final feliz.

Adam volvió a dejar el libro y reparó en unas fotografías que tenía sobre la mesa. En una de ella, una Gloria algo más joven sonreía abiertamente a la cámara, abrazada a un chico y una chica que tenían que ser hermanos.

—Es Susannah, una amiga de mis días de universidad en París, y su hermano. Su padre fue nuestro primer cliente —Gloria volvió a colocar la foto en su sitio y se acercó a él—. ¿Qué te parece?

—Que tienes una casa preciosa.

Se acercó aún más a él, y sus rizos dorados rozaron la mejilla de Adam, que tuvo que esforzarse por no retroceder. Estaba a escasos centímetros de una encantadora mujer con los hombres desnudos, un cuello precioso, unos pechos y unas caderas redondeadas y, sin embargo, no sentía lo mismo que cerca de Meg. Si fuese Meg quien estuviera allí, ofreciéndose de aquel modo, la tomaría en brazos y se acostaría con ella.

Gloria movió despacio la cabeza y su sonrisa se tornó triste.

—No se puede culpar a alguien por intentarlo. Estás muy colado por ella.

Adam no contestó, pero la respuesta era que sí. Gloria deslizó un dedo por su camisa y llegó hasta la hebilla de su cinturón. No pasó

nada.

—Volvamos al salón a tomar café —suspiró, rendida.

Adam hubiera querido explicarle que Meg encajaba en el patrón de la clase de mujeres con las que él siempre se equivocaba y de las que siempre terminaba por enamorarse, de modo que la mujer adecuada se le escapaba invariablemente. ¿Por qué demonios su cabeza no sería capaz de controlar a su corazón?

Una vez volvieron al salón, Reid y Meg no estaban allí, tal y como habían planeado. Gloria ignoró a Adam, se sirvió otra copa de champán y acudió a sentarse junto a Freddie y Betty delante de la chimenea.

Meg le había prometido mantener ocupado a Reid, y acercándose a la ventana, Adam se preguntó cómo le estaría entreteniendo. ¿Estaría permitiendo que la besara, que la acariciara? ¿Se la habría llevado al granero con la intención de hacerle el amor sobre el heno? Adam se esforzaba por ver en la oscuridad, pero era imposible.

Intentando convencerse de que estaba interpretando el papel de amante celoso, tal y como habían convenido, salió a la oscuridad y caminando en dirección oeste, contó las ventanas hasta llegar a la que debía ser la del despacho de Reid. El cristal se abrió sin dificultad y entró.

La habitación estaba toda revestida de madera oscura, y a ambos lados de la chimenea, colgaba la cabeza de un venado. Por su antigüedad, debían de ser trofeos de caza de alguno de los antepasados de Reid.

Tenía una bonita colección de arte típico del Oeste, y las primeras ediciones de Zane Grey y Louis Lamour. ¿Tanto dinero daría el Liberty L para pagar gustos tan caros?

En la mesa encontró los libros de cuentas y empezó a leer. El rancho había tenido sus fluctuaciones, como era de esperar. Muchos beneficios habrían resultado sospechosos. Volvió a dejarlos en sus cajones y miró a su alrededor, intentando decidir qué hacer a continuación. Podía encender el ordenador de Reid y echarle un vistazo a los ficheros, pero, ¿qué esperaba encontrar? Ésa era la misma pregunta que le había hecho Meg, y a lo que él le había contestado que sólo pretendía echar un vistazo.

Por supuesto, era sólo una verdad a medias. Quería sentarse en la silla de Reid, estar en su despacho y descubrir si sentía algo. Ver si aparecía el cosquilleo. Se sentó en su butaca de cuero, cerró los ojos y se dejó embriagar por el olor a cuero, humo y algo que debía ser caballo. Estaba dejando vagar la imaginación, visualizando a Reid trabajando allí, cuando de pronto sintió un sobresalto. Algo no iba bien, y al abrir los ojos, se encontró con Reid y Meg, muy pálida, en la puerta.

Adam se levantó sin prisas y se encogió de hombros, decidido a salir de allí con Meg lo antes posible.

—Tendrás que perdonarme. Mi instinto de periodista me ha ganado la partida. Después de ver la casa...

Reid levantó en alto una mano.

—No tienes que explicarme nada más. Lo sé todo de ti —entró en él despacho, cerró la puerta y sonrió con frialdad—. Estamos los tres solos. Así tendremos la oportunidad de hablar.

7

Reid lo miraba con dureza.

—No deberías estar en mi despacho. No me gusta que entren aquí. Ni siquiera mi hermana.

Intentando parecer inocente e inofensivo, Adam avanzó hacia él con las palmas de las manos extendidas. Y si aquel condenado vaquero no quitaba pronto su mano del brazo de Meg, él le obligaría a hacerlo. Algo de aquel pensamiento debió asomar a su expresión porque ella frunció el ceño.

—Mi curiosidad de periodista me ha empujado, y no he sabido controlarme —se disculpó, intentando disimular—. Siempre he pensado que el despacho de un hombre revela mucho sobre ese hombre en particular. Como escritor, nunca había conocido al propietario de un rancho y quería poder conocer al hombre que hay tras esta interesante explotación.

Reid no parecía convencido.

—Podrías habérmelo pedido.

—Lo siento. Dejarme llevar por mi instinto de periodista es un mal hábito que he de corregir.

Reid se acercó a la mesa en la que Adam había encontrado los libros de contabilidad.

—¿Has encontrado algo interesante?

Adam se sintió enrojecer y se alegró de parecer avergonzado.

—Sólo he echado un vistazo por encima.

—En ese caso, si supieras algo sobre una explotación como ésta, sabrías que a pesar de la cantidad de tierra y de cabezas de ganado, sobrevivir es siempre nuestra única ambición. El Liberty L es impresionante, pero hemos pasado por momentos muy difíciles con las inclemencias del tiempo y las enfermedades del ganado —Reid soltó por fin a Meg, casi como avergonzado de estar revelando tanto—. Aunque no me gusta admitirlo, el negocio de Gloria con los turistas ha contribuido a mejorar la economía del rancho.

Meg rozó el brazo de Reid con la preocupación palpable en el rostro y como si no supiera qué decir. Después, se volvió a Adam.

—Creo que deberíamos dar por terminada la velada —declaró con frialdad, y tomó la mano de Adam—. Lo siento, Reid. Jamás se me ocurrió pensar que Adam fuese capaz de traicionar tu confianza de esta manera. Estoy avergonzada —había enrojecido por completo—. Como prometida suya que fui, tendremos una seria charla esta noche. Y comprenderé que esto cambie nuestros planes de mañana.

Reid miró sus manos unidas.

—No. Quiero tener la oportunidad de estar contigo. A solas. Te recogeré a las seis.

—De acuerdo —sonrió—. Te estaré esperando.

Y lo besó someramente en la mejilla.

Reid sonrió.

—Y yo deseando verte.

Abrió la puerta e invitó a salir a Meg, dejando atrás a Adam para que los siguiera. Y Adam se sintió como un idiota porque le hubieran pillado metiendo las narices en aquel despacho. Y tampoco le había gustado la mirada de Meg, ni que fuese a salir con Reid al día siguiente. Lo había echado todo a perder.

Reid siguió con su mano apoyada en la cintura de Meg mientras caminaban hacia la entrada.

—Le diré a Freddie que estáis dispuestos para marcharos —dijo, dejándolos solos para ir a buscarlo.

Meg aprovechó la ocasión para propinarle un buen pellizco en el brazo.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño!

Meg lo miró con las mejillas teñidas de rojo.

—Pues eso no va a ser nada comparado con cómo te vas a sentir cuando haya terminado contigo. ¿Qué clase de periodista eres tú? ¡Me pediste que entretuviera a Reid mientras tú le echabas un vistazo al rancho, pero no esperaba encontrarte repantigado en su despacho con las botas sobre la mesa!

Desgraciadamente, Adam se encontró con que su cuerpo reaccionaba ante la ira de Meg imaginándose lo apasionada que podría ser en la cama. ¿Por qué no podía sentirse así de atraído por Gloria?

—Baja la voz... Reid puede oírnos.

—Es un poco tarde para ser cauto, ¿no te parece? —farfulló, pero bajó la voz.

Freddie se unió a ellos, sorprendido por el frío intercambio de despedidas de los dos hombres. Ya en el jeep de vuelta a Sedona, fue él quien rompió el silencio.

—La noche ha resultado incluso más interesante de lo que yo me imaginaba —dijo, y se volvió a mirar a Adam—. ¿Qué ha ocurrido entre vosotros dos? No te habrá retado con un duelo a pistola en las tapias del cementerio, ¿verdad?

Adam no apartó la mirada de la carretera y se encogió de hombros. Aun seguía maldiciéndose por haberse dejado pillar en el despacho.

—No tanto, pero a Reid no le ha hecho ninguna gracia que haya venido a buscar a Meg.

—Ya —Freddie no parecía convencido—. Es curioso, pero habría jurado que había algo más.

Adam decidió que iba a tener que variar su línea de investigación, y ¿por qué no empezar con Freddie?

—Yo también habría jurado que el anillo que le hiciste a Meg era un diseño original.

Freddie se incorporó de golpe.

—Es uno de mis diseños originales. Por supuesto no hago un único anillo de cada diseño. Eso sería un suicidio económico. ¿Es que has visto antes alguno de mis diseños?

Adam sacó de su bolsillo una fotografía de Kelly y se la entregó.

—¿La reconoces? Llevaba el mismo anillo que le has hecho a Meg.

Freddie estudió la imagen y guardó silencio durante un minuto.

—Es Kelly Smith —dijo, y se volvió a Adam—. Adam Smith… ¿Sois familia?

—Es mi hermana.

—Entonces, dime por favor que está bien.

—Lo está —contestó, mirándolo con desconfianza—. ¿Por qué?

Freddie respiró hondo.

—Hace varios meses hice ese anillo para Kelly. Empezó a venir con asiduidad por la joyería para ver los progresos y terminamos haciéndonos amigos. Poco a poco, empecé a preocuparme por ella. Kelly tenía miedo del hombre con el que estaba viviendo.

Aquella era la información que Adam necesitaba. Además confirmaba la intuición que había tenido de que los problemas de su hermana tenían que ver con un hombre.

—¿Te lo contó ella?

—No explícitamente —Freddie se encogió de hombros—. Las mujeres suelen confiar en mí. Suelo comprender sus inquietudes mejor que la mayoría de los hombres. O puede que sea simplemente que no me molesta hablar de sentimientos. En fin, la cuestión es que soy popular entre las mujeres.

—Eso es cierto —intervino Meg—. Freddie es uno de los pocos hombres que conozco que tiene casi más amigas que amigos.

Freddie tardó un poco en hablar, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Kelly y yo entablamos conversación la primera vez que vino a mi tienda y yo… bueno, digamos que me quedé prendado de ella. Buscaba un anillo especial, y yo me ofrecí a hacérselo. Sabía que tendría que volver a la tienda para ver los progresos que iba haciendo y para probárselo. No volvió tantas veces como yo se lo sugerí, pero yo quería pasar más tiempo con ella como fuera. Sé que yo le gustaba, y de no haber habido otro hombre en su vida, habría tenido una oportunidad, Pero quienquiera que fuese ese otro hombre, la tenía asustada.

—¿Que la tenía asustada? ¿Cómo lo sabes?

—Pues porque no quiso decirme quién era. Desde el principio supe que estaba preocupada por algo, pero tardó un tiempo en confiar en

mí, y después sólo quiso referirme algunos detalles. De lo que conseguí que me dijera deduje que estaba de viaje por Sedona con la intención de quedarse sólo un par de días cuando conoció a ese hombre. Que al principio todo era maravilloso, y que la primera vez que lo vio sintió que todo volvía de pronto a su sitio —Adam cambió de postura en su asiento—. La mirada de Kelly se volvía soñadora cuando hablaba de cómo se enamoraron. Decía que fue amor a primera vista para los dos y se fueron a vivir juntos casi inmediatamente. No estoy seguro de qué ocurrió después, pero tengo la sensación de que Kelly empezó a preguntarse de dónde venía todo el dinero que tenía. Un día vino muy asustada y retraída. No quiso decirme lo que había ocurrido, pero… bueno, más o menos, se despidió de mí.

—¿Esa fue la última vez que la viste? ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Seis meses. La vi dos veces más, pero se comportó de un modo muy distante. La última vez fue cuando recogió el anillo. Después, desapareció. Pregunté por todas partes, pero no había hecho más amigos aquí. Abby también la conocía, pero al igual que yo, no sabía demasiado de ella, y también estaba muy preocupada.

—Sentías algo especial por ella, ¿no? —comentó Meg.

—Sí. Creo que me enamoré un poco. Le dije que podía contar conmigo para ayudarla en lo que fuera que le estuviera ocurriendo, pero no confió en mí. Luego se marchó, pero no he podido olvidarla.

Adam se quedó pensando en sus palabras. Freddie le había proporcionado la mejor información sobre Kelly que le habían dado hasta el momento, y daba la impresión de que su hermana le importaba de verdad. Tenía más carácter de lo que le había parecido en un principio.

Pero tenía que asegurarse de que su historia era cierta. ¡Ojalá volviese pronto Abigail! Al día siguiente, investigaría lo que pudiera sobre el pasado de Freddie y haría averiguaciones sobre él en la ciudad. Alguien más tenía que haber trabado amistad con Kelly, ya que su hermana siempre había tenido mucha facilidad para hacer amigos, y podría hacerse mejor la idea de quién podría ser el hombre del que se había enamorado su hermana.

Por primera vez, Adam tuvo la sensación de estar en el camino correcto.

Meg era incapaz de creer que hubiera podido estar tan equivocada con Adam.

No había confiado en ella ni una sola vez. Ni siquiera había mencionado el nombre de su hermana. De hecho, sólo empujado por la desesperación, le había pedido ayuda para poder echarle un vistazo al rancho.

Tampoco se había imaginado que pudieran encontrarlo en el despacho de Reid. Ella había hecho todo lo posible por alargar su paseo a la luz de la luna, pero Reid se había mostrado ansioso por encontrar a Adam, tanto que no había aprovechado la evidente oportunidad de flirtear con ella. Pero Reid era un hombre muy celoso de su intimidad, y quizás no le hacía gracia la idea de que un periodista anduviera husmeando por su casa.

Meg suspiró. Tanto darle vueltas a las cosas le estaba provocando dolor de cabeza. ¡Poner tantas piezas juntas era más difícil de lo que Jessica Fletcher lo hacía parecer!

Lo cual volvió a traerla a Adam. Como una tonta, había creído a pies juntillas que él le había revelado los detalles esenciales del caso, y que estaba dispuesto a trabajar con ella. Pero no había mencionado ni una sola vez a su hermana. Kelly era la verdadera razón de que hubiese ido a Sedona, la razón por la que estaba dispuesto a arriesgar su vida.

Dejaron a Freddie en la tienda, ya que su apartamento estaba justo encima, y Adam aparcó después el coche delante de la librería, Meg abrió y entraron. Qué cariño sentía por aquella librería, con sus estantes llenos de tesoros. Los libros y sus sueños. Sus estúpidos sueños.

—Kelly es tu hermana, y es la verdadera razón de que estés investigando las falsas identidades.

—Sí —contestó Adam.

—¿Ibas a hablarme de ella?

—No era necesario.

—¿Que no era necesario? —exclamó, dándose la vuelta para mirarlo—. No era necesario informarme porque no me consideras tu socia.

—Es verdad.

Sus palabras le hicieron tanto daño, que Meg estuvo a punto de echarse a llorar. Estaba sintiendo por él todo lo que una mujer puede sentir por un hombre, y él, nada. Se lo había dicho, sí, pero no le había creído. ¿Estaría cometiendo los mismos errores que había cometido con Max?

Los signos de que su relación no iba bien habían estado patentes, pero ella se había convencido de que lo superarían. Que una vez se casaran, habría más pasión. ¿Sería aquella la misma clase de situación?

Adam y ella despertaban una ardiente pasión el uno en el otro, y ella había dado por sentado que había más. Y es que, desde el primer momento, había tenido el convencimiento de que estaban hechos el uno para el otro. Pero él no estaba dispuesto a probar.

A Adam le habría gustado la mujer que era en Nueva York. La

mujer siempre racional, lógica y que vivía según el plan que se había trazado. Pero estaba cansada de ser esa mujer, porque en el fondo, ella no era así. Había cambiado... y lo que sentía por Adam lo creía parte de ese cambio, incluyendo el hecho de estar dispuesta a correr más riesgos en el campo del amor.

La Meg de antes se habría conformado con Max.

—No somos socios —repitió, sorprendida de lo firmes que sonaron sus palabras a pesar del torbellino que tenía dentro.

—No me malinterpretes; has sido de gran ayuda, pero...

—Pero prefieres trabajar solo. En el fondo, no crees que pueda ayudarte.

—No, no es eso lo que quiero decir. Estás tergiversando mis palabras.

—Lo dudo. No sé por qué he tardado tanto en darme cuenta. Supongo que porque no quería creer que tu opinión sobre mí fuese tan baja.

—Meg...

—No —le cortó—. Creo que es mejor que demos por terminada esta conversación antes de que digas algo que después vayas a lamentar.

—Buenos días —dijo Adam al entrar en la cocina a la mañana siguiente.

Se había pasado buena parte de la noche pensando en Meg y en el daño que parecía haberle hecho, lo cual era ridículo, ya que su única pretensión era precisamente evitárselo. La atracción que existía entre ellos era muy poderosa, e incluso tenía que admitir que le gustaba, pero dejarse llevar los conduciría sólo al desastre.

Después de su divorcio, había intentado alejarse de mujeres como Meg, y como resultado, se había aburrido solemnemente en cada cita. Había intentado establecer relaciones con mujeres racionales y sensatas, y su interés por las relaciones de pareja había caído en picado.

Aun así, tenía que mantenerse todo lo alejado de ella que le fuera posible; eso sí, después de disculparse por su grosería de la noche anterior.

—Quiero disculparme por lo que te dije anoche. Fui demasiado lejos.

—Vaya. Así que ahora sí me crees capaz de dirigir mi propia vida, ¿no? —Meg esperó un minuto y sonrió de medio lado—. Me extraña ese cambio de opinión. De todas formas, esta noche he tenido tiempo de pensar sobre nosotros... y si tú no quieres explorar lo que podría haber entre los dos, yo no voy a forzarte.

—¿Nada de tres besos y seremos amantes?

—No más tonterías —accedió—. Y en lugar de eso —le mostró un papel—, he estado confeccionando una lista de sospechosos potenciales. Y no me mires así.

—Lo siento —se disculpó de nuevo—. ¿En qué te has basado?

—Anoche estuve revisando los archivos de ventas y seleccioné los nombres de las personas que han comprado más de un libro sobre informática. Desgraciadamente, la lista es bastante larga.

Adam la leyó: Dana Andrews, Freddie, Michelle, Gloria, Ben Masters, Steve Gruber y un par de personas más que todavía no conocía.

—Gracias. Empezaré por aquí. Te agradezco el esfuerzo —Meg le había proporcionado una buena información. Entonces, ¿por qué se sentía desilusionado por lo de los tres besos?—. Supongo que el ordenador de la tienda no tendrá acceso al de Abby.

—Pues no. Abby siempre decía que quería que su ordenador personal fuese completamente independiente al de la tienda para que nadie pudiese colarse en él. Que se colaran en el de la librería no le habría importado demasiado, pero sí que lo hicieran en sus archivos personales... algo que ahora comprendo perfectamente bien.

—En fin... es una pena. Investigaré los nombres de la lista.

—¿Vas a estar fuera todo el día?

—Seguramente.

Adam pensó en sugerirle que lo acompañara, pero no lo hizo.

—Buena suerte.

Y no le habría ido mal tener algo más de suerte, pensó al volver a la librería más tarde. El día había sido infructuoso. Había contactado con su despacho y le había pedido a un compañero que investigara los nombres de la lista de Meg. Se había tomado unas cuantas tazas de café con Ben y Nancy Masters sin averiguar nada, aparte de que seguían compartiendo todas sus frases. Steve Gruber, el escritor de novelas policíacas, había sido cordial con él, pero el que le hiciera tantas preguntas había despertado sus sospechas. En fin, que llegó a la librería justo a tiempo de ver a Meg aplicarse su perfume de rosas en las muñecas.

—¿Qué tal estoy?

—Deliciosa —llevaba una falda corta de piel marrón y una blusa amarilla anudada a la cintura—. ¿No vas a tener frío así?

—Tengo una chaqueta —lijo, y la recogió junto con el bolso—. Creo que Reid ya está fuera.

Adam miró por el cristal de la puerta principal y vio a Reid llegar con su jeep.

—¿Vas a salir con él?

—Por supuesto. Así quedé anoche. Además, debo apaciguarle por tu comportamiento de anoche. Y por otro lado, me gusta —revisó el

carmín de sus labios en el espejo del recibidor. Perfectamente besables. Rebuscó en su bolso sin mirarlo—. Siempre puedes acercarte al rancho y hacerle compañía a Gloria. No tienes por qué esperarme levantado —se ahuecó el pelo una vez más y, sin mirarlo aún, se apresuró a salir—. Ah, no te olvides de cerrar —añadió—. Nunca se sabe qué criminales pueden andar rondando.

Y desapareció, dejando a Adam con una sensación tremendamente extraña.

8

—Adam, qué agradable sorpresa —Gloria le sonrió desde la puerta del Liberty L, y le hizo un gesto con la mano para invitarle a entrar—. Pasa, por favor. No esperaba volver a verte tan pronto.

Y entró todavía preguntándose qué demonios estaba haciendo allí.

—Anoche debiste pensar de mí que soy un grosero.

Gloria hizo un mohín con los labios.

—Meg y tú os marchasteis un poco precipitadamente, sí. Me imaginé que algo debía haber ocurrido entre mi hermano y tú, pero Reid no quiso decirme qué. Supongo que tenía que ver con Meg.

—Sí, algo así.

Ojalá no estuviera haciendo el ridículo.

Gloria se quedó mirándolo un instante y después volvió a sonreír.

—Ven —le invitó, y le precedió hasta el salón de juegos.

—Estás preciosa esta noche —le dijo con sinceridad.

Llevaba unos vaqueros viejos y ceñidos, una camisa blanca y el pelo suelto. No se había maquillado, a excepción de un ligero toque de carmín rosa en los labios. Era la combinación perfecta de inocencia y sensualidad.

Lo condujo después a la sala de televisión. Estaba viendo un episodio de *Policías de Nueva York*, y un montón de revistas junto a una laca de uñas llenaban la mesa auxiliar.

—Me alegro de que hayas decidido venir a verme. Betty se ha marchado esta mañana y a veces me siento muy sola aquí.

—No estaba seguro de si sería bien recibido.

—No me extraña que lo dudases, después de haberme rechazado ayer. Eso sí, muy caballerosamente —añadió, mirándolo con los ojos ligeramente entornados. Sonrió—. No sé por qué, pero tengo la sensación de que tu visita de hoy tiene más que ver con el hecho de que Meg haya salido con Reid que con mis encantos femeninos. No, no, mejor no me contestes. Creo que los dos conocemos la respuesta. Pero me alegro de que hayas venido. Si nos conocemos más, puede que lleguemos a apreciarnos.

—Una idea excelente.

Adam le devolvió la sonrisa. Era una mujer abierta y decidida, además de una belleza que debería acelerarle el pulso.

—Cuéntame cosas de tu negocio —sugirió.

—¿Quieres tomar un café o una copa?

—Una copa, mejor.

Gloria abrió una botella de whisky que había en el carro de las bebidas y sirvió dos vasos. Después, se sentó en el sofá y dio unas palmadas con la mano en el cojín.

—Siéntate a mi lado. Prometo no acosarte.

Adam se sentó. Era curioso que las mujeres de Sedona fuesen no sólo testarudas, sino dolorosamente sinceras.

—Me sorprende que no salgas con nadie. Una mujer como tú debe de tener montones de admiradores.

Gloria arrugó la nariz.

—Las apariencias engañan. Mientras estaba estudiando en Europa echaba de menos el ritual de emparejamiento de aquí, y cuando decidí volver, la mayoría de los chicos con los que iba al colegio se habían casado.

—Pero debes de tener clientes muy interesantes.

Gloria tomó un sorbo de whisky.

—Puede que sea algo anticuada, pero no me gusta mezclar los negocios con el placer. Además, la mayoría de mis clientes son demasiado mayores —dejó la copa sobre la mesa y se volvió por completo a mirarlo con esos ojazos suyos tan azules—. Así que no se me puede culpar por intentar conquistar a un chico guapo y triunfador como tú.

—Espero que Meg no me dé calabazas —bromeó.

Gloria se acercó un poco más.

—Pero esta noche ha salido con Reid. ¿Está intentando darte celos?

—Eso creo.

—¿No estás seguro?

—No.

Adam la miró a los ojos y por un momento creyó sentir algo... que se desvaneció en un segundo. Gloria parpadeó varias veces y bajó la mirada.

—Por un momento... es una pena que no estés interesado en mí. Podríamos estar muy bien juntos. Ten —dijo, entregándole el control remoto de la televisión—. Reid ha instalado televisión vía satélite, así que estoy segura de que debe haber algo interesante. Voy a por algo para picar.

Lo mejor sería seguir su consejo. Gloria era todo lo que él podía querer en una mujer: inteligente, sexy, serena y realista. Nada de tres besos y seremos amantes. Jamás creería en los flechazos. Le gustaba estar con ella, pero lo único que le estaba excitando aquella noche era imaginarse lo que Meg y Reid podrían estar haciendo en su cita.

Poco después de las once, Adam iba ya en su coche de vuelta a The Gateway, preguntándose qué encontraría allí y diciéndose al mismo tiempo que la relación de Meg con Reid no era asunto suyo.

Para distraerse, volvió a pensar en Gloria y en la fotografía que había visto en su habitación la noche anterior. Por un momento había tenido la sensación de reconocer uno de los rostros, pero Gloria le había quitado la fotografía de las manos. ¿Estaría pasando algo por

alto?

Perdido en sus pensamientos, se dirigió a su habitación, pero ver la cama solitaria le hizo darse la vuelta. No iba a conseguir dormir hasta no saber si Meg había vuelto o no de su cita. Hasta que no supiera si estaba sola o acompañada.

Se quitó los zapatos y subió la escalera sin hacer ruido, dando gracias una vez más a su entrenamiento militar. No había servido más que un año en la marina, porque después había rechazado un ascenso para volver a su casa a cuidar de su familia, pero le daba una visión distinta de determinadas cosas, aunque fuera aquella la primera vez que la utilizaba para ese fin.

La puerta del dormitorio de Meg estaba cerrada. Estaba comportándose de una forma ridícula, pero ya que estaba allí, la abrió. No había nadie, así que bajó de nuevo la escalera y se dispuso a esperar en la oscuridad.

Al rato, oyó detenerse un coche. Ya que había llegado tan lejos, no pudo resistir la tentación de asomarse por la ventana para ver a Meg y Reid parase junto a la puerta, hablar un momento y, después, darse un beso de despedida.

Adam sintió un nudo en el estómago y se separó de la ventana. Luego, se sentó y esperó a que Meg entrase y encendiera la luz.

—¡Ah! —exclamó sorprendida—. No esperaba encontrarte despierto —dijo con frialdad.

Adam estiró las piernas.

—Es que sentía curiosidad por saber qué tal te había ido la cita.

—No es asunto tuyo —espetó.

—Puede que sí lo sea —dijo, levantándose.

—No estás interesado en mí, y lo has dicho con toda claridad. Afortunadamente, Reid sí que lo está.

Meg pasó de largo, pero él la sujetó por un brazo. Tres besos...

—Puede que tengas razón. Puede que sienta algo por ti, y por eso no me guste que beses a Reid Logan. ¿Qué número hacía ese beso: dos o tres? ¿O es que ya sois amantes?

Meg se quedó inmóvil.

—No, no lo somos —dijo en voz baja—. Me estás confundiendo, Adam.

Él se echó a reír, empujado por la ira, los celos y esa misma confusión. Y el deseo, por encima de todo. No podría vivir un segundo más sin besarla, sin acariciar su piel, sin oler su perfume, sin enterrarse en su cuerpo.

—Es que estás confundida —dijo, y la besó con tanta suavidad como si fuese un tesoro de incalculable valor.

Meg se sorprendió. Esperaba sentir la pasión desatada que había experimentado en las otras ocasiones en que la había tocado, pero lo

que sintió fue dulce, glorioso, mágico. Desearía que aquel momento no acabase nunca.

Adam la apretó contra su cuerpo, pero al mismo tiempo sus caricias estaban llenas de ternura. Con los dedos primero fue trazando la línea de sus mejillas y su cuello, y con los labios después recorrió de nuevo el mismo camino.

Jamás había deseado de aquella forma que un hombre le hiciese el amor. Jamás había conocido un hombre que le hiciese sentirse así, y atrajo sus labios para poder besarlo y transmitir en ese beso todo lo que estaba sintiendo. Adam cambió entonces, y se manifestó más como un hombre que estaba a punto de perder el control.

Fue él quien puso fin al beso, pero sin dejar de abrazarla.

—Dios mío... —fue todo lo que dijo Meg.

—Qué forma de besar —dijo él, acariciando su mejilla una vez más —. Te deseo —dijo, dejándole a ella la elección.

—Sí —susurró ella, y abrazándolo, sonrió—. Éste ha sido el beso número tres.

De pronto, perdió el equilibrio. Adam la había tomado en brazos y subía las escaleras hacia su dormitorio.

Luego, antes casi de poder darse cuenta de lo que estaba ocurriendo porque Adam seguía besándole el cuello, la dejó en la cama y se tumbó sobre ella. Carne ardiente contra carne ardiente. Meg abrió los ojos y se encontró tumbada sobre él.

—Ahora, trabajemos en los besos del cuatro al cien —dijo él, divertido, y se echó a reír.

—Primero —dijo, colocándose sobre ella—, besos cinco, seis y siete.

Y enmarcando su cara con las manos, trazó la línea de sus labios con la lengua, y ella se estremeció de pies a cabeza.

—Más —susurró.

—Así que esta preciosidad quiere más —contestó, y volvió a besarla y a jugar con sus labios.

Aquel lado suyo tan lúdico seguía sorprendiendo a Meg. Se esperaba que cuando llegase el momento en que decidiera hacerle el amor, la lanzaría sobre la cama y desataría toda la pasión. Lentamente, ella trazó con un dedo la línea de su nariz hasta llegar a los labios, y luego se llevó ese mismo dedo a la boca.

—Más... y por todas partes.

—¿Por todas partes? —repitió él con una sonrisa—. Que no se diga que los héroes no satisfacemos a nuestras mujeres.

Meg se dejó perder en aquel beso. La cabeza empezó a darle vueltas y se vació de todo contenido racional. Lo único que sabía era que estaba besando a Adam, que lo estaba acariciando.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —susurró él poco

después, mirándola a los ojos—. ¿Estás segura? Quiero decir… bueno, ya sabes.

—¿Que si estoy segura de si quiero hacer el amor contigo?

Esperó que le corrigiera diciendo que aquello era sólo sexo, pero no lo hizo.

—Sí.

—Por supuesto. Completamente —desabrochó los dos primeros botones de su camisa y lo besó allí, y más abajo después, y aún más, hasta llegar a la cintura de sus pantalones. Sintió que los músculos de su abdomen se tensaban esperando recibirla.

—Meg, ten cuidado, que me estás volviendo loco.

—No suena mal —murmuró.

—Quiero hacerlo despacio y disfrutándolo todo.

—¿Despacio y disfrutándolo todo? Promesas. Sólo promesas. Porque si sigues hablando, ¿cómo vas a conseguirlo?

—Anda, cállate.

Adam la abrazó con fuerza y la besó hasta que ella no fue capaz de respirar, ni de pensar. Cuando por fin sus labios se alejaron de su boca, se dio cuenta de que ya no tenía puesta la blusa, ¿cuándo habría ocurrido eso?, y de que iba bajando por su cuello. Lo único que era capaz de sentir era una especie de fuego en cada centímetro de piel que Adam iba abrasando.

Cuando llegó a la altura de sus pechos, tiró del encaje de su sujetador con los dientes, y Meg sintió cómo los pezones se le endurecían, buscando sus caricias.

—Precioso…

—Adam, por favor…

—Sí —sonrió—. Tienes una ropa interior preciosa. Me gusta. Tu ropa interior y tú.

—¿Te gusto?

—Sí.

—Me alegro, porque no estaba segura.

—Lo sé. No he sido demasiado claro contigo.

Meg inspiró profundamente. No quería estropear aquel momento, pero tampoco podía tragarse las palabras.

—Temía que me vieras sólo como una obligación.

—No estoy seguro de cómo te veo… excepto desnuda, quizás.

Y con una sonrisa, le desabrochó el sujetador y se lo quitó.

—Buena maniobra —dijo ella, sonriendo. Se sentía mucho más relajada—. Debes de tener mucha práctica.

—Un poco, pero no últimamente —su expresión se tornó seria—. No he estado con muchas mujeres desde lo de Allison, y nunca sin protección. No me gustan las aventuras de una noche.

—Lo sé —Meg se sintió tímida de pronto—. Yo estoy un poco

desentrenada. Ha pasado bastante tiempo.

—No será desde lo de tu novio, ¿no?

Meg sintió que el rubor le cubría las mejillas y el pecho.

—Ni siquiera lo hice con él. Creo que ese fue uno de los errores que cometimos. Íbamos a esperar a estar casados.

—Pero no llegasteis a casados.

—No.

Meg no podía soportar la compasión que vio en su rostro, y él, como si hubiera adivinado sus pensamientos, la obligó a mirarlo levantándole suavemente la barbilla.

—Max debía de ser un idiota para no hacerte el amor cuando tuvo la oportunidad.

—Max estaba enamorado de otra persona.

—Max no era capaz de reconocer algo bueno ni aun teniéndolo delante. Pero ése no es mi caso.

Y la besó mientras con ambas manos acariciaba sus pechos, generando unas olas de placer que le llegaban hasta la punta misma de los pies. Tenía unas manos maravillosas.

—La primera vez que te besé —le susurró al oído—, supuse que enrojecerías de pies a cabeza cuando alcanzases el orgasmo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y ahora voy a averiguarlo.

A partir de ese momento, Meg perdió la pista de cómo sucedieron las cosas. Lo único que podía hacer era sentir. Mientras Adam iba haciéndole el amor, despacio, con ternura y más seriedad que cualquier otro hombre, Meg fue transformándose en una persona nueva. Jamás se habría imaginado que el amor podía consumirlo todo de aquella forma. Jamás se habría imaginado que pudiera ser tan completo. Era como. si Adam estuviera alcanzando su alma y ella quisiera hacer lo mismo con él, y de pronto estuvo sobre él, mientras sentía sus manos acariciándole las nalgas.

—Mmm… —gimió, al acariciar su miembro—, estás preparado.

—Lo he estado desde que entré aquel sábado en The Gateway.

—Y yo todo este tiempo pensando que no te gustaba.

—Es que disimulo muy bien.

—Ya. Pues la próxima vez, haz el favor de no tardar tanto en demostrarlo.

Adam tenía un cuerpo musculoso y tremendamente sensitivo, como manifestó al recorrerlo con sus manos. Descubrirlo fue mejor que abrir un regalo de Navidad.

Al final y con un gemido, Adam la obligó a levantar la cabeza.

—Ahora —dijo sin más, con los ojos ardiendo de pasión.

—Sí —contestó Meg, y él tomó posesión de su boca, invadiéndola con su lengua, y rodeó su cintura con las manos. Meg abrió las piernas

y lo recibió dentro de ella.

Nunca había sido así para ella. Se sentía completa, y cuando llegó la explosión, dejó escapar un gemido y oyó que la voz de Adam se mezclaba con la suya.

Mucho más tarde, Adam se colocó lentamente a su lado y la abrazó.

—Mm… —murmuró adormilada, más satisfecha de lo que lo había estado en toda su vida.

—Mañana —dijo él—, trabajaremos en los besos desde el cien al doscientos.

9

Meg se despertó despacio, rodeada de calor. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba en el círculo de los brazos de Adam. Parpadeó varias veces, pero la sensación no cambió. Seguía estando en sus brazos. Quizás debería pellizcarse, pero no se atrevió a moverse por miedo a que aquella fantasía se disipara en el aire. Aquello tenía que ser un sueño. Mejor que el que tenía de ser la presidenta de la empresa de su padre y volver a casa sola, con la única compañía de su gato.

—¿Estás conteniendo la respiración? —preguntó Adam en voz baja.

Si aquello era una fantasía, no quería que terminase nunca.

—Sí —contestó, y oh, maravilla, él no desapareció.

—¿Por qué? —preguntó, acurrucándola más.

—Pues porque no quería molestarte por si te despertabas, caías en la cuenta de que hemos hecho el amor y salías corriendo.

—¿Antes de que pudieras atarme, o algo así?

—Algo así —contestó, incorporándose para mirarlo. Adam le dedicó una sonrisa satisfecha y la colocó sobre su cuerpo—. ¿Cómo te has dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración? No estarías pensando que había dejado de respirar para siempre y que qué afortunado eras, ¿no?

—Más o menos.

—Más o menos, ¿qué parte?

Adam la besó.

—Toda entera.

—En fin... no sé qué decir. Estoy desconcertada.

Adam le apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Desconcertada? Pues anoche no lo estabas.

—Cierto.

Meg deseó que dijera algo más. Que sentía algo por ella, o que habían tenido el mejor sexo de toda su vida, lo que en su caso era cierto. De haber sabido antes que el sexo podía ser así, lo habría practicado más. Por lo menos, no la había apartado de su lado. Tendría que ir tomando lo que quisiera darle, sin pedir más. Además, había estado oyéndola respirar, y eso era bastante romántico.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó.

—Pues como Abby todavía no ha vuelto, voy a seguir echando un vistazo por la ciudad.

—¿Puedo ayudarte?

—¿No tienes que trabajar?

—Hoy viene Rachel a la tienda. Le gusta ocuparse de la librería, y así yo tengo un día libre. Podría pedirle que me sustituyera mañana

también. Podríamos investigar, pasear por ahí, incluso irnos a comer al campo...

Meg dejó que sus palabras quedaran colgando en el aire, esperando que él dijese que prefería trabajar solo.

—Me parece bien, pero, ¿no deberíamos esperar a Abby?

—Sí. Abby.

La verdad acerca de Abby llevaba un tiempo preocupándola. Debería decírsela a Adam, pero en cuanto pudiera ponerse en contacto con ella, desaparecería. Estaba siendo egoísta, y al principio se había justificado diciendo que obraba por pura desesperación, pero eso ya no era posible.

—Tengo que decirte...

—No, no tienes que decirme nada —la interrumpió él, y su expresión era de un pánico tal que Meg estuvo tentada de sacudirle de verdad.

Le daba pánico pensar que iba a decirle que lo quería.

Fue a hablar, pero Adam la besó y se levantó de la cama antes de que pudiera hacerlo.

—Adam —le llamó, y él se detuvo en la puerta, de espaldas a ella.

—No me digas algo que todavía no esté preparado para oír.

—Estás muy seguro de saber lo que voy a decirte.

Adam se dio la vuelta y Meg deseó que no lo hubiera hecho porque aquellos hombros, aquel pecho sólido, su vientre plano... qué trabajo le estaba costando concentrarse.

—Meg —Adam frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo—. Lo de anoche fue maravilloso. Increíble. No voy a pretender que no siento nada por ti, pero tengo una misión que cumplir antes de poder pensar en una... en una...

—¿Relación?

—Exacto —parecía aliviado—. Voy a darme una ducha y después nos iremos.

—¿Los dos?

Ojalá la voz no le hubiera sonado ahogada.

—Los dos —repitió, y salió de la habitación.

Los dos. Tendría que conformarse con trabajar con él. Era la forma que Adam había elegido para distraerla de lo que temía que dijese. Y ya que ella era demasiado cobarde para decirle la verdad, también se conformaría con eso. Menudo par de héroes.

—Meg, Adam... no os tengo apuntados en la lista de hoy.

Dana levantó la mirada del ordenador y se apartó los rizos de la cara.

Meg y Adam entraron en el pequeño y abarrotado despacho que albergaba la empresa de Greg. Meg sonrió.

—Es que sólo venimos a saludaros. Estoy enseñándole a Adam por qué me gusta tanto Sedona y su gente.

Dana parecía sorprendida, pero intentó sonreír.

—¿Volvéis a estar juntos?

Meg no esperó a que contestase Adam.

—Aún me lo estoy pensando. Adam lo tiene mucho más claro que yo.

—Eso está bien —Dana lo miró de arriba abajo—. Eres afortunada de tener a un hombre tan decidido a ganarte —dijo con tristeza.

—A veces la fantasía es más bonita que la realidad. ¿Qué tal está Greg?

Dana enrojeció.

—Ha salido con un grupo de turistas de Canadá. Volverá esta tarde.

Entonces Meg se puso manos a la obra, es decir, a distraer a Dana de su ordenador.

—Adam quería ver algunos de los mapas de Greg, si no te importa.

—No sé… es que a Greg no le gusta mucho enseñar su material.

Meg utilizó la sonrisa más sincera, la que utilizaba con los agentes para negociar las publicaciones.

—Quizás podrías mostrarle alguno que tú sepas que a Greg no le importaría enseñar —se inclinó hacia ella para hablar con confidencialidad—. No quiero que pienses que Adam pretende robarle algún secreto a Greg. Simplemente se ha interesado por el paisaje y le gustaría hacer algunas fotos. Es aficionado a la fotografía y, si decide quedarse a vivir aquí conmigo, bueno, necesitará tener algo que hacer.

—En ese caso… —se levantó de su mesa y entró en el despacho de Greg, y tras rebuscar por el lío de papeles que había sobre la mesa, sacó un mapa—. Greg ha marcado aquí algunos de las mejores panorámicas de las montañas y el desierto.

—Estupendo, Muchas gracias, Dana, de verdad —dijo, colocándose de modo que no pudiera ver a Adam cerca de su ordenador. Se inclinó hacia ella como si quisiera hablarle de algo personal—. ¿Qué tal con Greg?

—¿Greg? Está como loco con una de las chicas de la excursión de hoy —declaró.

—Me sorprende que no se haya dado cuenta de lo que tiene delante de las narices. Deberías animarle un poco —sugirió. La verdad es que se alegraba de tener la oportunidad de hablar del tema con ella. Dana estaba siempre tan perdida en su propio mundo, que era difícil tener una conversación con ella—. ¿Has pensado alguna vez en dejarte flequillo? —le preguntó, dejándose llevar por un impulso.

—¿Qué? —inquirió Dana, apartándose los mechones que volvían a cubrirle la cara.

—No pretendo meterme donde no me llaman, o sugerir que los hombres sólo se fijan en las apariencias...

Dana bajó la mirada.

—Pues la rubia de hoy ha llamado poderosamente la atención de Greg.

—Es que... bueno, me he dado cuenta de que siempre te estás apartando el pelo de la cara. Una vez edité un libro sobre estilos de peinado y tipos de cara, y estarías fantástica con flequillo. ¿Quieres que hagamos una prueba?

Dana asintió y Meg buscó el espejo que seguro un hombre tan atractivo como Greg debía tener en el despacho, sacó un cepillo del bolso y con un rápido cepillado y sujetando el pelo sobre la frente de Dana, le mostró cuál podría ser el resultado.

—El flequillo atraería más la atención sobre tus ojos.

Dana sacó unas tijeras del cajón de la mesa.

—Corta.

—Bueno, y ahora, ¿quién? Ya hemos terminado con Dana Andrews y Jason Stavropoulos.

—Y por ahora, nada que pueda incriminarlos —añadió Adam, cansado.

—¿Es este el procedimiento habitual de tus investigaciones?

—Normalmente, sí. Cuando tengo una pista, la sigo a donde quiera llevarme. Husmeo un poco por aquí y por allá. Sigo mis instintos. Intento conocer gente y algunos resultan ser inocentes, y otros culpables —se detuvo delante de Sedona Retreat, el hotel del que Rachel y Michelle eran propietarias—. Me gustaría probar ahora con esta pareja.

—¿Rachel y Michelle? No sé, a mí me parecen tan buena gente... aunque supongo que tienes que sospechar de todo el mundo.

—Tengo que contrastar la historia de todos, pero a veces mi instinto me empuja en una dirección determinada. Es como si fuera una especie de sexto sentido.

Meg lo miró a los ojos.

—¿Quieres decir que, a veces, simplemente sabes?

—Exacto. A veces me basta con mirar a una persona para saber que tiene la pieza del rompecabezas que falta.

—Es increíble.

—Sí, es raro, pero es verdad.

En aquel momento, la puerta del hotel se abrió, y Michelle los miró con el ceño fruncido.

—Os he visto aquí de pie. Podéis entrar, porque no tengo todo el día para esperar a que llaméis.

—Después de ti —dijo Adam, invitando a Meg a pasar delante.

Y Meg entró, pero lo que de verdad hubiera querido era poder haber seguido hablando con Adam. Era la primera vez que se abría a ella, pero el momento se había interrumpido.

—Meg me ha estado enseñando la ciudad, y me ha dicho que tenéis un hotel magnífico.

—Cincuenta habitaciones. Solemos celebrar congresos para las grandes empresas, incluyendo cinco de las mejores empresas del país.

Parecía estar desafiando a Adam a que la contradijera.

—¿Podría darme una vuelta por el hotel?

—Estoy muy ocupada.

—Estaba pensando en escribir un artículo sobre los diferentes negocios de Sedona.

—¿Para el *New York Times*?

Michelle no pudo evitar que su expresión se suavizara, y Adam se aprovecho de ello.

—Para el periódico suelo escribir cosas de mayor impacto, pero también colaboro con un par de revistas de economía. Los negocios como éste que combinan turismo, pequeñas empresas y el uso de la parte espiritual de Sedona sería una historia en la que varias revistas podrían estar interesadas.

—Comprendo —Michelle se quedó pensativa un instante, y al final fue su lado de mujer de negocios el que ganó—. Venid conmigo —dijo, y los condujo al salón—. Ésta es una de las zonas comunes. La vista es magnífica.

Con su típica eficiencia un tanto brusca, Michelle fue mostrándoles todas las instalaciones, y al cabo de media hora, Adam tuvo que admitir que Michelle era propietaria y dirigía un precioso hotel. Las instalaciones para conferencias eran impresionantes y las técnicas de marketing que utilizaba para atraer nuevos clientes, innovadoras. Pero como no les había dejado solos, a pesar de que Meg había intentado distraerla en varias ocasiones, no había podido entrar en su despacho, así que lo único que le quedaba por intentar era pedirle más información y su currículum.

—Supongo que habrías dirigido otros centros de conferencias antes de venir a vivir a Sedona.

—Sí. Venid a mi despacho. Tengo mi currículum en el ordenador.

Adam tragó saliva mientras Michelle imprimía el currículum, pero no se le ocurrió nada más para distraerla y tener acceso al ordenador. Meg se encogió de hombros como signo de que compartía su frustración y examinó una foto que Michelle tenía sobre la mesa.

—¿Tomas fotos de todos tus clientes importantes?

—No de todos. Algunas las conservo porque me recuerdan algún día en el que lo he pasado bien mientras estoy aquí encerrada con mil papeles —Michelle miró la fotografía que Meg tenía en las manos—.

Esa fue tomada en el Liberty L hace un par de años. Gloria acababa de montar su negocio y me estaba haciendo montones de preguntas sobre cómo recibir huéspedes y dirigir la explotación.

Adam miró la fotografía y se quedó paralizado. El vello se la nuca se le erizó al centrarse en uno de los rostros que sonreía. Carlos Mianco, el hijo de uno de los traficantes de drogas venezolanos más conocidos. Había escrito un artículo exponiendo las conexiones que había descubierto entre los traficantes venezolanos y determinados funcionarios públicos del gobierno de Estados Unidos.

Pero tenía que mantener su voz serena.

—¿Era un invitado de Gloria?

Michelle lo miró fijamente.

—Sí, uno de los primeros. Un joven encantador. Pasaba mucho tiempo solo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba en la foto hasta que la revelé.

—Gracias, señorita Stoneaway. Ha sido muy valiosa su ayuda.

—Llámame Michelle —estrechó su mano con firmeza pero sin estrujársela aquella vez, y después se volvió a Meg—. Puede que este hombre no está mal del todo.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Meg en cuanto llegaron de nuevo a la librería—. Te he visto la cara. Puede que Michelle no se diera cuenta, pero yo te conozco y sé que has averiguado algo.

—Creo que Michelle también se ha dado cuenta de mi reacción. Si hay algo que estoy aprendiendo es a no infravalorar a las mujeres de esta ciudad.

Y para sorpresa de Meg, la besó brevemente en los labios.

—He reconocido al hombre que aparece en esa fotografía por un artículo que escribí sobre conexiones de los traficantes de drogas —le explicó, paseándose por entre los libros—. Carlos Mianco era el heredero del imperio de su padre hasta que desapareció hace unos cinco años y no se supo nada más de él. Hay quien piensa que fue asesinado por algún grupo rival, pero no ha habido represalias, de modo que el asesinato es poco probable.

Meg juntó las manos.

—Y tú piensas que estaba en el rancho de Gloria para comprarse una nueva identidad.

—Exacto Adam sonrió. Eso era lo que había sentido estando cerca de Gloria: no atracción, sino su sexto sentido avisándole—. Tenemos que ir a Liberty L esta noche y encontrar la prueba de que Gloria es culpable.

10

Adam aparcó su coche detrás de un afloramiento de rocas que lo ocultaba a la vista del Liberty L, y se preguntó cómo habría sido tan idiota y tan blandengue para permitir que Meg le acompañase. Él siempre había preferido trabajar solo. únicamente confiaba en sí mismo.

Pero si no la hubiera dejado ir, lo habría seguido de todos modos. Lo había amenazado con hacerlo, y estaba seguro de que iba en serio.

—Quédate en el coche y pide ayuda si no he vuelto dentro de una hora.

Meg se bajó.

—No.

—Meg, no puedo estarme preocupando por ti mientras entro.

—Y yo no voy a quedarme en el coche mientras puedes estar en peligro.

—No hay ningún peligro.

—Entonces, no te importará que entre contigo.

Adam suspiró.

—Maldita sea, Meg, esto es muy serio. Si hubieses visto cómo estaba Kelly…

Con la intención de que se asustara y se quedara en casa, le había contado el estado en que encontró a su hermana y cómo alguien, quizás Reid, había intentado matarla. Desgraciadamente, la verdad sólo había servido para decidirla a acompañarlo.

—Lo siento, Adam —dijo, tocando su brazo—. Debe de haber sido terrible ver así a tu hermana. Pero no me va a pasar nada… y yo no soy tu hermana. Sólo quiero acercarme un poco más a la casa contigo, pero después, me quedaré atrás y te dejaré trabajar. Sólo quiero estar más cerca por si algo saliera mal —lo besó en la mejilla—. Tú puedes preocuparte por todos los demás, Adam Smith, pero yo me preocupo por ti.

—Entonces, sígueme en silencio. Te dejaré junto al granero.

Adam echó a andar delante aún con el contacto de sus labios en su mejilla y sus palabras repitiéndose en sus oídos. Se preocupaba por él.

Siguieron un camino hasta la valla, la saltaron y continuaron hasta la parte trasera de la casa.

—El dormitorio de Gloria es ése —señaló Adam, y Meg emitió un ruido divertido—. Me lo enseñó cuando recorrimos la casa. Su despacho es la puerta de al lado. Había un montón de ordenadores, pero como un idiota, pensé que sólo era una aficionada.

—Machista —murmuró Meg.

—A veces. Tú quédate aquí. Toma el teléfono móvil por si tienes que llamar a pedir ayuda.

—No te preocupes, y ten cuidado.

Sin saber por qué de pronto le había parecido importante, Adam la besó. Su olor a rosas le envolvió y decidió marcharse antes de que pudiera rendirse a la tentación de tumbarla sobre la hierba y perderse en ella.

Pasó junto a la sala de televisión y en la semioscuridad vio dos figuras mirando la pantalla. No podía distinguirlas bien, pero se imaginó que debían de ser Reid y Gloria. O más bien, lo deseó. Llegó al estudio de Reid. La ventana no estaba cerrada, así que se coló con facilidad. No perdió el tiempo allí. Quería llegar al despacho de Gloria. El pasillo estaba a oscuras y en silencio, y avanzó rápidamente hasta sus habitaciones. Nadie en el dormitorio. Atravesó la habitación silenciosa y llegó a la puerta del despacho. Estaba cerrada con llave. Sacó una ganzúa que tenía precisamente para aquellas situaciones, la metió en la cerradura, giró y abrió la puerta. Entró y cerró antes de encender la linterna. Gloria tenía dos ordenadores conectados en red y otro portátil. Otro ordenador independiente estaba encendido y trabajando. Una enorme *E* brillaba en la pantalla, anunciando la llegada de correo electrónico, y fue en aquel ordenador en el que entró. Allí llevaba Gloria el control de su negocio. Tenía comunicaciones de clientes de todo el mundo, facturas y proyectos. Un negocio de pingües beneficios, pero no lo que él andaba buscando.

Entonces, se volvió a los ordenadores en red. Tenían suficiente capacidad para acceder prácticamente a todo con mano experta. Debía ser aquél el sistema que utilizaba para crear identidades falsas. Adam se sentó y comenzó a acceder a sus archivos. Poco después, miró su reloj y vio que ya habían pasado veinte minutos y no había conseguido nada. Tendría que reunirse dentro de muy poco con Meg, pero no había hecho ningún progreso para descubrir si Gloria era o no la cabeza pensante tras la piratería informática.

No iba a poder hacer nada sin Abigail Milton. Abby era la única persona que tenía conexión directa con Gloria y el Liberty L.

—Maldita sea —murmuró, apagó el ordenador y se levantó, e iba a salir ya cuando se encontró con Reid apoyado en el marco de la puerta.

—No esperaba que volvieses tan pronto, ni que fueras tan descuidado —dijo el vaquero con voz glacial—. En cierto modo, esperaba casi con ganas poder medirme con un buen adversario, pero me temo que tú no alcanzas esa categoría.

Adam siguió de pie, inmóvil.

—Vamos a mi estudio —dijo Reid—. No me gustaría que pudiéramos estropear una maquinaria tan valiosa.

Apuntó a Adam con un arma, y éste obedeció. Lo único que tenía que hacer era ganar tiempo. Si conseguía entretener a Reid lo

suficiente, Meg llamaría a pedir ayuda.

La puerta del estudio estaba cerrada y Adam la abrió. Entonces fue cuando vio que su plan era imposible. Meg estaba sentada en una silla y un forzudo de pelo rubio la vigilaba desde atrás.

—Ay, había olvidado mencionar que teníamos otro invitado.

—Si sueltas a Meg, podríamos marcharnos y...

Reid estampó un puño contra la pared de madera.

—No. Ya has llegado a la conclusión de que yo soy uno de tus sospechosos, y sé que no renuncias a un historia una vez le has echado el anzuelo. Estás convencido de que soy un criminal... y estás en lo cierto —añadió con una mueca horrible.

—Adam, lo siento —Meg se levantó y dio un paso hacia él; parecía muy preocupada por él, pero Reid tiró de su brazo y, sin soltarla, se acercó a la mesa y llamó por teléfono—. Dile a Tom que venga al despacho. Necesito que me ayude con nuestros invitados.

Adam no se había podido imaginar que estaba metiéndose en una trampa. Si pudiera comprender las motivaciones de Reid, podría empezar a trazar otro plan.

—Creo que estás exagerando. No he encontrado absolutamente nada que pueda incriminarte a ti ni al rancho. Ni siquiera eres mi principal sospechoso. Prefiero a Freddie. ¿Por qué todo esto?

—¿Freddie? Ése no tiene las pelotas que se necesitan en una operación como ésta. Me temo que Meg y tú os habéis metido en un buen lío y todo porque no has sabido entender las indirectas, tu paliza y el fuego, y marcharte a tu casa. Necesito estar seguro de que no corro ningún peligro —Reíd apoyó el cañón de la pistola contra Meg —. Ésta será mi garantía.

Meg se mordió los labios, pero no dijo nada. Reid acarició su mejilla con la mano y ella dio un respingo.

—Siento mucho tener que meterte en este embrollo —dijo—, pero un chupatintas tan tenaz como tu novio y que además tiene un interés personal en la historia, terminaría por relacionarme con ella tarde o temprano. No hay suficiente gente en Sedona como para que pueda ocultarme durante mucho tiempo, y no podía correr el riesgo de dar un tercer aviso y que Adam siguiese sin prestarle atención —volvió a mirar a Adam—. O que hablases con demasiada gente y que después pudieran recordar tus preguntas tras tu desaparición. Es culpa tuya que Meg esté metida en todo esto, así que ahora los dos vais a pagar las consecuencias. Lo siento. Meg —le dijo a ella, y la empujó a una silla. Luego empezó a pasearse por la habitación—. Conozco su trabajo, señor Smith. Kelly me habló de ti. Me dijo que jamás renuncias a una historia que te llame la atención, y que tenías una especie de curiosa habilidad para detectarlas, una especie de instinto para localizar algo que nadie más podía percibir. Incluso si tenías a

alguien más en tu punto de mira, como es el caso de Freddie, no podía correr el riesgo de que llegases hasta mí. Más tarde o más temprano, ibas a llegar a la conclusión de que las operaciones se realizaban desde aquí. Soy un hombre cauto, y me gusta parar el cáncer cuando sólo ha afectado a unas cuantas células.

Adam apretó los puños, esperando el momento de poder tener a aquella alimaña contra la pared. Aquel bastardo era el responsable de la situación de su hermana. Pero primero tendría que apartar a Meg del peligro. Después, saldaría la cuenta que tenía pendiente con Reid Logan.

—Has cometido un error de cálculo. Estás exagerando.

—Soy un hombre cauto —repitió—, y me gusta solucionar los problemas en cuanto aparecen. Y en este momento, tú eres mi problema. ¿Qué te contó Kelly? ¿Fue ella quien te dirigió hacia aquí?

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

Adam consideró la distancia que había entre ellos. Si no tuviera a Meg por delante, podría intentar desarmarle, pero no quería ponerla en peligro.

—Eres un imbécil —contestó Reid, y golpeó a Adam en la cara con el puño. Adam cayó de espaldas, y mientras intentaba aclararse la cabeza, alguien entró en el despacho.

—Ponlo en una silla —dijo Reid.

Adam sintió que unas manos fuertes le sujetaban por los hombros y le obligaban a sentarse. Entonces miró al hombre que obedecía en silencio y le reconoció como uno de los que lo habían atacado en Phoenix. Aquel oso llevaba varios moretones en la cara. Recordaba haberle dado varios puñetazos. Había otro hombre algo más bajo pero más musculoso.

—Reid, ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Meg.

Parecía más preocupada que asustada. Qué mujer. Debería estar preocupada por sí misma y no por él. No iba a permitir que le ocurriera nada. Megan Elizabeth Cooper era una mujer de la que alguien tenía que ocuparse, que protegerla de su propia naturaleza impulsiva, emotiva e irreflexiva. Pero él no iba a ser esa persona. Se encargaría de devolverla sana y salva a su familia, eso sí, pero después se alejaría de ella todo lo posible.

Reid se volvió a Meg y acarició su pelo con expresión dolida.

—Lo siento, Meg. De verdad desearía que Adam no te hubiera metido en esto, porque tenía mis esperanzas puestas en ti. Me parecías una mujer responsable y sensata con un toque de pasión tras esa fachada fría. Yo iba a encender esa pasión, pero ahora... —se encogió de hombros—. Lo siento.

Meg palideció y lo miró asustada, y Adam se preguntó si Kelly

habría mirado a Reid con ese mismo temor. También reparó en la descripción que había hecho Reid de ella. ¿Responsable y sensata? Pero si era la mujer más apasionada e impulsiva que había conocido...

—Ahora, volvamos al problema —dijo y se acercó a Adam, mirándolo con ojos glaciales—. ¿Quién te ha enviado aquí? ¿Cómo has sabido de nuestra existencia? ¿Ha sido Kelly?

La rabia se apoderó de él al tener la confirmación de sus peores temores: Kelly había estado mezclada con Reid y su piratería informática. Pero su ira tendría que esperar. Tenía que averiguar todo lo que pudiera y después idear alguna forma de salir de allí. Además, tenía que proteger a su hermana. Ella jamás sería capaz de enfrentarse a un juicio en su contra, sobre todo en el estado en que se encontraba.

—No conseguí que mi hermana me dijera una sola palabra sobre lo que le había ocurrido. La asustaste bien. Pasé meses intentando localizar su última residencia, su última pareja, pero no conseguí nada. Hasta que recibí un anónimo.

—Temía que dijeras eso.

Antes de que Adam pudiera reaccionar, Reid le clavó el puño en el estómago. Adam se dobló sobre sí mismo en la silla. La visión se le oscureció y el dolor lo engulló todo. Poco a poco, fue recuperando la respiración y cuando pudo volver a incorporarse vio que a Meg la sujetaba el tipo más bajo.

—¡Suéltame! —gritó, dándole patadas a aquel tal Tom, pero la montaña en miniatura no se movió.

—Ten cuidado —dijo—, podrías hacerte daño.

—Estoy bien —gimió Adam. Sabía que podría sobrevivir a otra paliza, pero no quería que le hiciesen daño a ella.

—Sí —Reíd se acercó a su mesa y con una mano sopesó una figura en piedra de un vaquero a caballo—. Ya has demostrado que puedes aguantar mucho y no decirme lo que quiero saber. Me temo que no me has dejado elección.

Dejó el caballo de nuevo sobre la mesa, se acercó a Meg y rozó su mejilla con la mano.

—Meg siempre me ha parecido una mujer preciosa. Sería una pena tener que cambiarle la cara.

Meg intentó alejarse de él, pero el gigante la tenía sujeta por los hombros.

—No sé cómo he podido encontrarte atractivo alguna vez. No eres más que un criminal.

—No es nada personal, querida Meg. Sólo cuestión de negocios —Reid volvió a acariciarle la mejilla—. Qué pena.

Reid flexionó el brazo al mismo tiempo que Adam gritaba ¡no!, pero era ya demasiado tarde. Reid abofeteó a Meg. Ella no lloró, pero Adam vio la marca de los dedos de Reid en su cara y las lágrimas

rodándole por las mejillas. Adam hizo ademán de acudir a su lado, pero el otro rufián le apuntó con su arma en el pecho.

Iba a hacerle pagar por haber pegado a Meg. Por mucho que le costase, le haría pagar.

—Maldito bastardo... has disfrutado con ello.

—No. Yo tenía muchas esperanzas puestas en Meg, pero también creo en predicar con el ejemplo. A Josh no le importará seguir, ahora que me ha visto hacerlo a mí. Nunca le ha gustado pegar a las mujeres.

Sorprendentemente Meg había dejado de llorar y levantaba la cara hacia Reid, casi desafiante. Lo miró un instante antes de concentrarse en Reid de nuevo. No iba a pedirle que revelase lo que sabía, y no era tan tonta como para pedirle piedad a Reid.

—Habla —ordenó Reid.

—Recibí un mensaje anónimo —insistió Adam, preguntándose cuánto tiempo más iba a poder ocultar el nombre de Abigail.

Meg gritó cuando algo increíblemente rápido y duro le golpeó en el estómago y cayó al suelo, casi sin poder respirar. Oyó hablar a Adam, pero no consiguió identificar sus palabras por el zumbido que tenía en los oídos. Cuando los pulmones por fin aceptaron aire, Josh, el tipo rubio y alto que la había golpeado, la ayudó a levantarse casi con cuidado.

—¡Por amor de Dios! —estaba diciendo Adam furioso—. Os he dicho todo lo que sé. ¡Dejadla en paz! Vine a Sedona por lo que le había ocurrido a Kelly, pero ella no quiso decirme qué le había pasado.

—Entonces, ¿por qué investigaste ciertos nombres en el ordenador? ¿Por qué tenías una carta de la librería cuando mis hombres te encontraron?

Adam dudó y buscó los ojos de Meg. Ella se irguió como pudo para demostrarle que no tenía que decir nada más por ella.

—Abigail Milton le escribió una carta a mi hermana. Eran amigas, y Kelly intentó ocultármela —mintió.

«Bien por ti»», se dijo Meg. Había dicho la parte de verdad necesaria para distraer a Reid.

—Pensé que con eso tenía la información que me faltaba para completar lo que ya había averiguado en mi investigación. Una amiga de Kelly podría ayudarme a averiguar qué le había pasado a mi hermana durante su estancia en Sedona. Antes de la carta de Abigail, ni siquiera sabía que había vivido aquí. Kelly no quería hablar, no me dijo ni una palabra... Desgraciadamente, Abby no ha vuelto de su retiro, y ésa era la única razón de que yo siguiera aquí.

Meg intentó concentrarse en la conversación, pero el dolor se lo hacía muy difícil. Lo más importante era que Reid estaba empezando a

creerse la historia de Adam.

Reid repitió la historia con desdén.

—Así que recibes un anónimo sobre la entrada ilegal de emigrantes por Sedona, y eso junto con la carta dirigida a tu hermana bastó para traerte aquí, ¿no es así? No me lo creo.

—El informante daba nombres —la voz de Adam era ronca por la rabia—. Deja en paz a Meg. Investigué a partir de esos nombres, y aunque su identidad parecía real en un principio, al final llegué a la conclusión de que podía haber sido falsa. Aun así, no habría venido a Sedona tan rápidamente de no haber sido localizado a través del ordenador. Alguien había previsto una trampa y me descubrió. Luego, supe que Kelly había estado aquí.

—Supimos quién eras —dijo Reid—. Esperábamos que no siguieras investigando, pero cuando aterrizaste en Phoenix, envié a mis hombres para que te asustaran. Desgraciadamente, nuestro trabajo es mejor en un ordenador que en directo. No volveremos a cometer el mismo error.

—Ahora ya sabes todo lo que yo sé.

Meg sintió que alguien le retorcía el brazo a la espalda y no pudo evitar gritar cuando una nueva nube de dolor le cegó la visión.

—Basta —dijo Adam—. Abigail Milton fue quien me puso sobre la pista de vuestras actividades. No he tenido oportunidad de hablar con ella, así que no sé qué es lo que sabe. Abigail no mencionó nunca tu nombre; sólo me facilitó las identidades falsas.

—Suéltala, Josh.

Meg sintió un exquisito alivio cuando cesó la presión sobre su brazo. Hubiera querido dejarse caer al suelo y hacerse un ovillo allí, pero el orgullo y la rabia la sostuvieron de pie.

—Creo que me estás diciendo la verdad. No te gusta ver sufrir a una mujer. En ese caso, señor Smith —continuó Reid, levantando el arma que había tenido en la mano durante todo el interrogatorio—, creo que no necesitamos contar más con el placer de su compañía.

—¡No! —gritó Meg, y sorprendiéndose a sí misma y a todos los demás, se interpuso entre Adam y el arma. Tragó saliva.

Sintió que Adam le obligaba a darse la vuelta.

—Idiota... —mascculló, y la colocó detrás de él.

—Reid no va a dispararme a mí —dijo Meg.

—No estés tan segura.

Reid movió la cabeza.

—Qué escena tan conmovedora. Los amantes protegiéndose el uno al otro. ¿De verdad hace sólo unos días que os conocéis?

—Sí —contestó —intentando salir de detrás de Adam. Él la dejó colocarse a su lado—. Yo sé dónde está Abby.

Adam se quedó inmóvil a su lado, pero no dijo nada, y ella siguió

hablando, intentando ir con el pensamiento por delante de la palabra.

—No estoy segura de cómo averiguó lo de vuestras operaciones, pero sé que suele leer la columna de Adam en el *Times*. Dijo que tenía la sensación de que algo no iba bien, pero yo no le presté demasiada atención porque Abby habla mucho. Y cuando mencionaba a los extranjeros, yo creía que se refería a los extraterrestres... es su última teoría. Cree que la razón de que haya tantas películas sobre extraterrestres en la tele es porque nuestro gobierno ya ha contactado con ellos y quiere que los norteamericanos se vayan acostumbrando a la idea —sonrió con tristeza—. Así que no le presté mucha atención. No hasta ahora.

—Es posible —dijo Reid—. Me parece propio de Abby. Hace un par de semanas precisamente que intentó hablarme de su teoría. Y ahora —volvió a levantar el arma—, es el momento de terminar lo que he empezado.

Adam se colocó delante de Meg.

—Espera —gritó ella desde detrás—. Adam, por favor, déjame.

Se sentía ridícula intentando escapar de la espalda de Adam para que le prestaran atención. No iba a permitir de ninguna manera que lo mataran delante de ella. Llevaba toda la vida esperándolo y no iba a perderlo.

—¡Puedo llamar a Abby y convencerla para que vuelva!

En la habitación se hizo el silencio.

—Suéltala —le ordenó a Adam, y éste obedeció de mala gana—. ¿Estás dispuesta a traicionar a tu amiga por él? —preguntó Reid.

—Haré lo que haga falta para salvar la vida de Adam —contestó con sinceridad.

Reid la miró a los ojos y asintió.

—Está bien. Quiero averiguar si Abigail Milton es la fuente. Acabas de comprarle a tu novio un poco de tiempo más.

Reid se paseó un rato más por la habitación antes de volver a hablar.

—Voy a dejaros solos un momento dijo, sonriendo—. Tengo unos cuantos detalles de los que ocuparme para explicar vuestra repentina desaparición de nuestra preciosa ciudad. Afortunadamente esta buena gente está acostumbrada a que alguien se marche de pronto, así que vuestra desaparición no despertará sospechas, sobre todo teniendo en cuenta que el que fue tu prometido —hizo una mueca— ha venido para llevarte consigo. Todo el mundo dará por sentado que habéis vuelto a donde lo dejasteis —se volvió hacia el hombre más bajo—. Tom, esconde su coche. Sabíamos que habíais llegado porque tenemos sensores por todo el perímetro del rancho —explicó, dirigiéndose a Adam—. Te dejé entrar para asegurarme de que venías tras nosotros y que no eras simplemente un periodista demasiado curioso.

Entonces, miró a Meg y ella no pudo evitar estremecerse de pies a cabeza.

—Después me dirás cómo encontrar a Abby. Quiero que venga lo antes posible y ver si esa loca es quien os ha puesto de verdad sobre aviso. Aun sigo sin comprender cómo pudo llegar a enterarse, pero... si algo he aprendido viviendo aquí es que cualquier cosa es posible en este lugar —Reid acarició la cara de Meg con su mano callosa—. Si es un truco, él morirá.

Y salió de la habitación con Tom pegado a sus talones. Se oyó la cerradura de la puerta y Josh se colocó delante de balcón para bloquear esa posible ruta de escape. Meg deseó que Adam la abrazara y la reconfortara, pero sólo necesitó mirarlo un segundo a la cara para saber que eso no iba a ocurrir.

Meg se irguió, orgullosa. Fuera como fuese, no iba a permitir que Reid le hiciese daño. Estaba viviendo su aventura soñada, y poco iba a poder contarles a sus nietos si dejaba morir al héroe.

11

Una vez Reid hubo salido del despacho, Meg se atrevió a mirar a hurtadillas a Adam. Estaba furioso, y lamentó no haberle dicho que sabía del paradero de Abby. No es que supiera exactamente dónde estaba, pero sí podía ponerse en contacto con ella.

—Siento que te hayas visto envuelta en todo esto, Meg —dijo él, frunciendo el ceño.

Evidentemente se culpaba a sí mismo.

—Yo no lo siento. He sido yo quien te ha forzado a traerme, y sabía lo que podía llegar a ocurrir. Tienes que creer que soy una persona adulta responsable y perfectamente capaz de cuidar de sí misma — inspiró profundamente y le miró a los ojos—. Quería habértelo dicho antes, pero no me pareció ni el lugar ni el momento, y ahora no sé lo que va a ocurrir...

Adam no contestó, sino que se limitó a seguir mirándola con esos ojos suyos tan penetrantes. Tenía que reunir todo su valor. En cierto sentido, era más difícil enfrentarse a él que a Reid.

—No es nada malo —protestó—. Te quiero.

Adam palideció un poco, pero no hizo ninguna mueca, ni compuso con los dedos el signo de la cruz, y decidida a interpretar todo aquello como un buen signo, quiso continuar hablando. Pero la puerta se abrió en aquel instante y Meg se enfrentó a sus captores casi con alivio.

No quería que Adam tuviese la oportunidad de enumerar la lista de razones por las que no la quería. O al menos, no en aquel momento. Necesitaba un poco de tiempo para recuperarse. El haberle confesado sus sentimientos la hizo sentirse mejor, aliviada, feliz. Estar enamorada, aun no siendo correspondida, le sentaba muy bien.

La otra Meg jamás habría podido creerlo, pero la nueva Meg se alegraba de haberle dicho a Adam que lo quería. Ya no tenía miedo de admitir sus sentimientos y quería vivir al cien por cien, con toda la pasión y todo el peligro. Incluso si Adam no llegaba nunca a quererla, jamás lamentaría habérselo dicho.

Reid había vuelto con sus dos secuaces, y Meg volvió a preguntarse cómo podía haberle encontrado atractivo alguna vez.

—Se acabó la tregua. Quiero a Abby.

—Está en uno de sus retiros —explicó por enésima vez.

—Sanando su parte mística y buscándose a sí misma —ridiculizó Reid—. Con tanta gente rara en Sedona, me imaginaba que a nadie podría llamarle la atención lo que pudiese ocurrir en el rancho. Supongo que ha sido un error de cálculo, igual que el de Adam Smith al pensar que no actuaría contra él. Hay un montón de dinero en juego, un dinero que necesito para asegurarme de que el Liberty L se conserva para futuras generaciones —su expresión se endureció—.

Basta de juegos. ¿Dónde está?

—No lo sé —Reid estrelló un puño contra la pared y Meg se apresuró a continuar—. No sé dónde está exactamente, pero se llevó mi teléfono móvil por si necesitaba ponerme en contacto con ella por alguna urgencia.

—Bien. Hazlo.

Meg dudó por primera vez. ¿Cómo poner a Abby sobre aviso de lo que estaba ocurriendo?

—¿Qué quieres que diga? ¿Cómo le pido que vuelva sin despertar sus sospechas?

Reid sonrió de medio lado.

—Dile que la tienda se ha incendiado.

—El fuego fue hace dos noches. ¿Y si llama a alguien y averigua que le he mentido?

¡Que imbécil!. Acababa de darse cuenta de que ésa era precisamente la clase de pista que Abby podría haber descubierto.

—Desgraciadamente, está a punto de declararse un segundo incendio. The Gateway será dentro de nada un montón de cenizas.

—Eres un ser despreciable —escupió. La tienda y el edificio eran la vida de Abby—. Esa tienda es todo el mundo de Abby. Y el mío.

Reid le entregó el teléfono móvil.

—No intentes hacer ninguna tontería porque te voy a estar escuchando. Comete una sola estupidez y le haré sufrir —señaló a Adam— hasta tal punto que deseará estar muerto.

Temblándole las manos, Meg marcó el número del teléfono que le había dejado a su amiga. ¿Quería que contestase o que no lo hiciera? Si lo hacía, iba a ponerla en peligro, pero no tenía otra opción.

Contó las llamadas. Podía decirle a Abby que huyera y después Adam y ella ya se las arreglarían. A la décima llamada, Abby contestó.

—¿Diga?

Incluso en aquella terrible circunstancia, se alegró de oír la voz de su amiga.

—Abby, soy yo.

—¿Quién iba a ser si no? Es tu teléfono. Al principio, no caía en la cuenta de qué podía ser lo que sonaba en mi mochila. En un principio creí que mi espíritu guía, Althenia, había elegido un nuevo método de comunicación, y estaba empezando a prepararme cuando recordé tu teléfono.

—Ay, Abby, cuánto te he echado de menos.

—¿Qué ocurre, Meg?

Abby percibía siempre su inquietud inmediatamente. En cierto sentido, era la madre que Meg había perdido siendo tan niña, y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Tu tienda. The Gateway. Ha habido un incendio... ¡ha quedado

destruida, Abby!

Meg se quedó sin voz.

The Gateway había sido un hogar para ella. Y era el sueño de Abby, el lugar que había creado al recibir una segunda oportunidad tras superar un cáncer. The Gateway simbolizaba el viaje de Abby y su nueva vida.

—No llores, cariño. La vida me ha enseñado que siempre es posible volver a empezar.

Era típico de Abby consolar a Meg cuando en realidad el sueño que se había quemado era el suyo. Reid hizo un movimiento con la mano de que cortara la comunicación y Meg se apresuró a repetir el mensaje.

—Tu maravillosa tienda, Abby. Reducida a cenizas. Necesitamos que vuelvas a casa.

—¿Qué has dicho? ¿Que algo le ha pasado a mi tienda?

—Sí, a tu tienda. Toda tu tienda ha quedado destruida. Por favor... vuelve a casa.

—Saldré mañana temprano. Tengo que caminar durante un par de horas y luego hay un buen trecho en coche. Intentaré estar en casa mañana, pero será tarde. Puede que más de medianoche.

Y colgó como acostumbraba a hacerlo, sin despedirse.

Cuando colgó, Meg se dio cuenta de la enormidad de lo que había hecho al poner a su amiga en tal peligro. Tembló de pies a cabeza. Ya no se sentía como la heroína de una película, sino que tenía miedo. «Dios mío, que funcione«, rezó en silencio.

—Ten —le dijo a Reid—. Ya he hecho lo que querías.

—Sí. Tienes que quererlo de verdad —Reid señaló a Adam con la cabeza—. Jamás creí que pudieras ser tan apasionada con un hombre. Creo que me gustaba más tu imagen de mujer de Nueva York, fría y reservada.

Se levantó y se acercó a ella, pero Meg no retrocedió ni siquiera cuando él la obligó a mirarlo a los ojos empujándola por la barbilla.

—Habría sido divertido descubrir esa pasión en la cama.

—Quítale las manos de encima —dijo Adam con voz letal.

Red se encogió de hombros.

—No te preocupes —le dijo, mirándolo—. Ya no estoy interesado —y tras dar de nuevo varios paseos por la habitación, se volvió hacia ellos—. Supongo que puedo necesitaros hasta que aparezca Abby. Llévalos a la sala de televisión —le ordenó a Josh—. Pueden pasar el día allí. Quiero doble seguridad. Si intentan escapar, disparad.

Meg y Adam fueron conducidos a la sala de televisión.

—Abby tenía un maldito teléfono móvil —dijo Adam entre dientes —. Podrías haberla llamado la primera noche. Te juro que si Reid no fuese a matarnos, yo haría el trabajo por él. ¿En qué demonios estabas

pensando?

—La primera noche estuviste inconsciente; y la segunda —contestó, aun sabiendo que era un error.

Él se dejó caer en una de las sillas y se cubrió la cara con las manos.

—¿Adam?

No le contestó, y Meg se puso de rodillas delante de él para poner delicadamente las manos sobre las suyas.

—Adam, por favor.

Él se levantó furioso y se detuvo frente a la ventana.

—Sabías cómo ponerte en contacto con Abby y no lo hiciste —dijo, y se volvió a mirarla con ojos de fuego—. ¿Por qué?

Meg dudó, pero al final tomó una decisión.

—Porque temía que en cuanto Abby te diese las respuestas que buscabas, desaparecerías.

—Tenías miedo de que acabara mi investigación y te dejara, así que pensaste que una... aventura era más importante. Tus sentimientos. Tres besos, y ya estás enamorada...

Sus palabras fueron como una bofetada. Adam tenía derecho a estar enfadado, pero no a ridiculizar sus sentimientos.

—Yo te quiero —dijo—. Siento mucho que todo haya salido así, pero no me di cuenta de que corríamos tanto peligro.

La ira de Adam se desinfló con tanta rapidez como se había inflado. Meg deseó poder acudir a su lado y abrazarlo, pero sabía que no podía hacerlo.

—Tienes razón —dijo él con una voz sin tono—. Ni siquiera te dije que el primer incendio había sido una señal de aviso. Ni te había hablado de Kelly. Siento haberme puesto así. Es que me siento como un imbécil por habernos metido en esto.

—Yo también.

Meg sintió que un abismo se abría entre ellos. Aquella mañana y la noche que habían compartido quedaba ya muy lejos.

Adam cambiaba de canal sin quedarse en ninguno. Se había dejado atrapar en un callejón sin salida, y ni siquiera había previsto un plan que pudiera sacarlo de allí. Reid podía matar a Meg, a Abby y a él sin que nadie sospechara nada. Pasarían por lo menos un par de semanas antes de que su editor empezase a echarlo de menos, porque no era la primera vez que desaparecía mientras trabajaba. Además, le había dicho que aquella historia era personal, lo cual le daría aún más tiempo.

Pero no le había dicho a nadie en qué estaba trabajando por temor a lo que pudiese encontrar. Si su hermana estaba metida en aquel lío, iba a cubrirla hasta donde pudiera. Era lo que siempre había hecho por ella.

Con lo que no había contado era con conocer a Megan Cooper. El que hubiera hecho el amor con ella demostraba hasta qué punto había caído bajo su hechizo. Le gustaba, y mucho. Demasiado. Era una mujer valiente, decidida y apasionada. Todo lo que podría desear, así que tenía que darse prisa en trazar un plan de rescate y enviar a Reid Logan a la cárcel para una buena temporada, de modo que después pudiera decirle adiós a Megan Cooper porque, si no lo hacía, su vida iría de un lío a otro sin fin.

Meg empezó a pasearse por la habitación. Su falda rosa ya arrugada le dibujaba las piernas al andar. Era una mujer atractiva y sexy, pero también la persona equivocada para él. Aun así, lamentaba haber sido tan duro con ella.

—No te preocupes por Abby. Ya se me ocurrirá algo.

—Sí, bueno…

En aquel momento, entró Gloria. Aquel día iba vestida con una camisa turquesa y una falda con flores de ese mismo color. Llevaba el pelo suelto que le caía sobre los hombros.

Sonrió a Adam y un hoyuelo apareció en su mejilla.

—Estáis aquí. Bien. Temía que Reid os hubiera encerrado en el granero.

—No. Estamos muy cómodos —replicó Meg.

Gloria prefirió ignorar el sarcasmo y apoyó su mano sobre la de Adam. Sería tan fácil retorcer aquella mano de dedos frágiles… pero Adam decidió enlazar sus dedos.

—Así que tú eres el cerebro de la operación.

—Sin mí, habría muy poca actividad lucrativa en el Liberty L —dijo, orgullosa—. Creo que el nombre de nuestro rancho era profético, teniendo en cuenta el negocio que he puesto en marcha. La libertad es por lo que nuestros ancestros lucharon. Y la libertad de poseer una identidad norteamericana es lo que mis clientes pueden encontrar en el Liberty L.

—Querrás decir comprar —espetó Meg.

¿Por qué tenía que darle la mano a aquella mujer?

—Por supuesto que quiero decir comprar — contestó con frialdad —. Ya no hay nada gratis en el mundo. Al menos mis servicios no lo son. En fin… ¿qué ha sido de mis modales? Voy a pedir un café.

Tras apretar la mano de Adam, se alejó para hablar por el intercomunicador. Esperaron en silencio a que Josh llegara con la bandeja del café. El gigantón no parecía satisfecho de tener que hacer de camarero, pero tampoco se quejó.

—Un café delicioso —dijo Gloria tras tomar un sorbo—. Me lo envía un amigo directamente de Colombia. Tiene una plantación allí.

A Adam le sorprendía su frialdad.

—¿Y no te preocupa recibir envíos regulares de Colombia? La DEA

podría interesarse por ti.

—Prefiero contar con la fuente original en lugar de tener que pagar los precios abusivos de Nueva York. Además, entro en el sistema de la DEA cuando quiero y voy borrando los envíos más antiguos. Nunca dejo que haya más de cuatro. Y ellos empiezan a sospechar cuando hay más de seis.

—Cuéntame cómo empezaste con la piratería informática.

—Necesitaba tener, digamos, una carrera —Gloria se ahuecó el pelo—. El rancho estaba perdiendo tanto dinero que temíamos lo peor. Reid no quería admitir la verdad, pero estaba llegando a la desesperación. En un principio, no estaba segura de si iba a poder hacerlo, pero a través de mis contactos supe de personas que estaban dispuestas a pagar grandes sumas de dinero para poseer la nacionalidad estadounidense. Tardé meses en colarme en todos los sistemas para poder crear un pasado, pero lo conseguí. Las primeras tres transacciones nos dieron dinero suficiente para pagar todas nuestras deudas.

—Y así nació tu negocio.

—Exacto. Es extremadamente rentable y me deja mucho tiempo libre para proseguir con mis estudios.

—Qué maravilla —intervino Meg, pero Gloria la ignoró.

—Reid y yo llevamos cinco años con este negocio sin tener ni un solo problema, hasta que apareciste tú. ¿Por qué has tenido que meter las narices en nuestras cosas? ¿Por qué no hiciste caso de las advertencias?

—¿Cómo supisteis que Adam os estaba investigando?

—Tengo alarmas de seguridad colocadas en todas las identidades que he creado para poder estar avisada si alguien investiga alguna de ellas —sonrió—. En cierto modo, es como si fueran hijos míos. Normalmente eran bancos o casas de coches quienes indagaban en ellas... hasta que apareció el *Times*. A partir de ese momento, estuve tres días sin separarme del ordenador esperando la siguiente entrada. Te esperé tres días —puntualizó—. Te volviste descuidado y yo tuve suerte, porque tu siguiente entrada al sistema del *Times* la hiciste desde tu casa. Pude localizarte a través de su sistema. Luego saber en qué vuelo venías fue más fácil.

Había que admitir que era eficiente.

—Así que lo dispusiste todo para deshacerte de mí.

—Antes de que llegases a saber algo. No estábamos seguros de cómo nos habías localizado, así que eliminarte rápidamente nos pareció lo más seguro. Ni siquiera me di cuenta de que eras hermano de Kelly. Smith es un apellido muy corriente. Ella te mencionó, pero la verdad es que yo no le prestaba demasiada atención. Siempre estaba hablando de esto o aquello, pero nunca decía nada importante. Sólo

cuando ya había mandado a Tom y a Josh para detenerte y estaba investigando sobre ti, me di cuenta de por qué estabas tan involucrado.

Adam se recostó en su silla, fascinado por la explicación.

—Pero el trabajo de tus hombres no fue todo lo bueno que esperabas.

—No —corroboró Gloria, tomando un delicado bocado de galleta —. Pero es que nunca habíamos hecho algo tan... violento. Debería haberlo tenido en cuenta. No volverá a ocurrir.

Con cada palabra, la supuesta dulzura de Gloria iba desapareciendo, y Meg se estremeció.

—¿Fue Abby quien te puso sobre nuestra pista? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Eso parece —contestó Adam.

—Una lástima. Todo iba tan bien hasta que tú interferiste...

—Ya.

Adam no podía eliminar la amargura de su voz. Gloria se le quedó mirando un instante.

—Te refieres a Kelly, ¿no? Esa fue una desgraciada coincidencia.

Adam no dijo nada y fue Meg la que preguntó:

—¿Cómo se metió en todo esto?

Gloria tomó otro sorbo de café.

—Kelly llegó a Sedona antes que tú. Una chica guapa y liberal que se enamoró de Reid. Y él de ella. Pero las cosas no salieron bien —Gloria miró a Adam con frialdad—. No te ha contado nada, ¿verdad?

—No. Tras el accidente, Kelly perdió la memoria. Las últimas semanas, antes de que yo viniera a Sedona, creo que empezaba a recuperarla, pero no quería decirme nada. Además, creo que quería de verdad a Reid, y mi hermana es muy leal.

—Yo también creía que no hablaría, y se lo dije a Reid, pero él no estaba seguro. La había desilusionado, sí, pero no podría traicionarlo. Y no lo hizo.

No. No lo había hecho.

Gloria se acercó un poco más a Adam en el sofá, y Meg se levantó para escoger una revista de las que había en la estantería junto a la chimenea. Entre ellas, había un ejemplar de *Cosmopolitan* en el que se incluía un artículo sobre un libro que ella había publicado en *Scorpion Books* antes de tomarse su año sabático.

De pronto, echó de menos a su familia. ¿Y si moría sin haber vuelto a ver a su padre y a su hermano? ¿Sin ver también la oficina en la que tantas horas había pasado? Se prometió que cuando Adam y ella consiguieran escapar, si es que lo conseguían, volvería a Nueva York. Incluso cabía la posibilidad de que Adam formase parte de su vida, pero aunque no fuera así, volvería a su casa.

Pero antes tenían que encontrar la forma de escapar. Levantó la vista de la revista y vio a Adam y a Gloria sentados muy juntos. Ella se reía de algo que había dicho él, y arqueaba su largo cuello… el mismo que Meg deseó retorcerle.

Cerró de golpe la revista, pero desgraciadamente hizo muy poco ruido. Después, se levantó y cruzó la habitación, pero tampoco consiguió el efecto deseado, así que se acomodó en otra silla y hasta consiguió perderse en el último cotilleo. Sólo de vez en cuando levantaba la cabeza; la pareja seguía ignorándola por completo.

Al final, Gloria se levantó, se ajustó el vestido para mostrar aún más piel, rozó el hombro de Adam y salió sin mirar a Meg.

A ellos dos los llevaron a un dormitorio y los encerraron allí. Una vez dentro, Meg se volvió a Adam para preguntarle si había ideado un plan para escapar, pero él la silenció con un beso y después le hizo el amor lenta y apasionadamente… y Meg lo olvidó todo.

12

A la mañana siguiente, Meg se preguntó si Adam le habría hecho el amor para evitar que pensara en lo que iba a ocurrir en cuanto Abby llegase a Sedona. Se le ocurrió pensarlo cuando los llevaron de nuevo a la sala de juegos y puso la televisión en un intento desesperado de distraerse. Abby no tardaría en llegar y los hombres de Reid estarían esperándola de modo que, a partir de ese momento, correría el mismo peligro que ellos. Ojalá hubiera podido hacerle llegar una advertencia clara y no las mínimas pistas que había sido capaz de dejar caer en su conversación telefónica.

Gloria entró entonces en la habitación, vestida aquella mañana con un sorprendente vestido rosa ceñido y sandalias. Era un asco tener que admitirlo, pero estaba preciosa y muy sensual, y no como ella, que parecía llevar toda la vida con aquella misma ropa.

Adam la miró detenidamente.

—Muy sexy —comentó, e hizo sitio para que pudiera sentarse junto a él en el sofá.

En aquel momento, Meg podría haberlo abofeteado. Aunque, bien pensado, aquello podía formar parte de un plan. Un plan que no quería compartir con ella. Ojalá pudieran trabajar como equipo. A pesar de que le hubiera hecho el amor tratándola como si fuera su más preciado tesoro, seguía manteniendo las distancias. ¿Se habría equivocado con él? No. Adam era el hombre de su vida... pero ella podía no ser la mujer que él buscaba.

En cuanto salieran de aquella situación, lo dejaría en paz.

—Tenemos nuevos invitados esta tarde, y siempre me gusta mostrarles todas las posibilidades —contestó Gloria, dando una vuelta sobre sí misma delante de Adam para que pudiese calcular la oferta.

—No os preocupéis por mí —dijo Meg—. Como si no estuviera, vamos.

Gloria la miró molesta y se sentó junto a Adam.

—Voy a tomar el aire al balcón.

Y salió por las puertas de cristal, saludó al vigilante que estaba a menos de seis metros de ella y se sentó. Pero ni el paisaje ni los edificios conseguían distraerla, y al poco miró a través del cristal y vio a Adam besando a Gloria.

Aquello sólo podía ser parte de un plan para escapar porque, al fin y al cabo, había sido con ella con quien había hecho el amor, ¿no?

Aguardó un par de minutos más y luego, tras despedirse del guarda, volvió a entrar. Gloria estaba aun pegada a Adam y él la miró casi como si hubiera estado esperando que entrase, y se separó de aquella piraña rubia.

—Lo siento —dijo, y con el puño cerrado, la golpeó en la cara.

Gloria quedó desmayada en sus brazos.

—Has tardado un buen rato.

—No me gusta pegar a las mujeres, y he tenido que reunir el valor suficiente.

—Siempre que sólo fuera eso...

Adam dejó a Gloria en el sofá.

—Abre la puerta, hazte la histérica y consigue que entre.

No necesitó que se lo dijera dos veces, pero, ¿conseguiría hacérselo creer al rufián que los vigilaba?

Abrió la puerta y salió al balcón.

—¡Socorro! —le gritó al guarda—. ¡Necesitamos ayuda! Es Gloria. Creo que ha tenido un infarto o algo así...

Tiró de su mano, pero Josh no se movió hasta que miró por encima de su hombro y vio a Gloria desmayada en el sofá. Entonces desenfundó el arma, apartó a Meg y entró. Meg entró detrás, deseando que Adam le hubiese dado más detalles de su plan.

Josh se acercó con cautela a Adam y a Gloria, pero Adam no se volvió.

—¿Qué ha pasado?

—Necesitamos un médico. Ha tenido una especie de ataque.

Josh se acercó un poco más.

—Tengo que verla antes de llamar a nadie.

Adam se giró entonces y con todas sus fuerzas le golpeó en el estómago. Josh se dobló por la mitad, y Meg alzó el revistero y lo estrelló contra su cabeza. El hombre cayó al suelo boca abajo.

—Esto tiene que haberle dolido —dijo Adam al darle la vuelta y mirarlo los ojos—. Se ha desmayado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora... —Adam se adueñó del arma de Josh y se cargó a Gloria al hombro—, salgamos de aquí —caminó hasta la ventana y se asomó de lado, con cuidado de que no pudieran verlo—. ¿Cuántos hombres has visto fuera?

Meg frunció el ceño. Su atención había estado mayormente en lo que ocurría dentro.

—He visto a uno en el jardín.

—¿Nadie más?

—No —la verdad es que era un poco raro. Además, ese hombre estaba mirando hacia la carretera, como si esperase a alguien.

Adam miró a su alrededor.

—Necesitamos algo con que poder atarla. Después tendremos que esconderla.

Meg tiró de las abrazaderas de tela de la cortina.

—Creía que íbamos a llevarnos a Gloria como garantía.

—No.

Adam utilizó una de las abrazaderas para atarle los pies.

—Sujétale las manos a la espalda.

Meg hizo lo que le pedía, ya que estaba claro que no iba a darle más información.

—Esperan que escapemos utilizando a Gloria. Estoy seguro de que, en cuanto nos asomáramos a la terraza, al guarda que has visto desaparecería también.

—¿Por qué? ¿Para qué iban a ayudarnos a escapar?

—La señorita Logan es toda una estratega. Ha estado flirteando conmigo para empujarme a pensar que podíamos utilizarla como vía de escape. Y si son ellos quienes nos ayudan a planear nuestra escapada, también pueden detenernos.

—Ah —Meg asimiló la información—. Así que pretendes seguir sus planes para después, variarlos.

—Exacto —Adam levantó el cuerpo de Gloria—. ¿Quieres abrir esa puerta, por favor?

Meg lo hizo y Adam dejó a Gloria en el armario.

—No va a estar muy cómoda.

—Su hermano no tardará en encontrarla —contestó, y luego la miró, como esperando algo—. ¿Y bien?

—¿Bien, qué?

—¿Es que no vas a insultarme por tener otro plan en la cabeza?

—¿Y no haberte dignado a consultarlo conmigo, quieres decir?

—Algo así.

—Desde luego me habría gustado que lo hicieras, pero este no es el momento de hablar de mi papel en el rescate. ¿Y ahora, qué? ¿Vamos a escondernos en la casa mientras todos nos buscan fuera?

Adam le puso la mano en la mejilla.

—Eres una mujer muy poco corriente.

Meg sonrió.

—Gracias. Y lista, también.

—Sí.

Adam la besó brevemente en los labios, pero Meg se separó enseguida.

—No hay tiempo para eso.

—Es verdad —Adam la tomó de la mano—. Vamos a salir, tal y como ellos esperan que hagamos, y luego volveremos a entrar por la primera ventana que encontremos. Esperaremos a que se dé la voz de alarma, y cuando la mayoría de los hombres estén fuera, buscándonos, escaparemos.

—De acuerdo. En la cocina, a la izquierda, hay una pequeña despensa. Vi a Peter sacar cosas de allí la noche de la cena.

—Bien. Vamos.

Salieron a la terraza y luego a un jardín que, tal y como había

previsto Adam, estaba vacío. Pegados a la pared del edificio y agachados para que no pudieran verlos desde las ventanas, llegaron a la puerta de la cocina y llamaron con los nudillos.

—¿Quién? —reconoció la voz de Tom—. Nadie tenía que venir por aquí.

Tom abrió la puerta y se encontró con el puño de Adam en la cara. Le golpeó una segunda vez y el hombre cayó al suelo, y Adam le arrastró hasta el jardín para dar la idea de que se había cruzado con los fugitivos mientras intentaban huir.

Mientras le quitaba el revólver, Meg echó un vistazo al resto de la cocina. No había nadie. Entró sin hacer ruido, abrió la puerta de la despensa y entraron los dos.

—Ahora, a esperar —dijo él.

La primera intención de Meg fue decirle un par de palabritas por no haberle dicho lo que pretendía hacer, pero de pronto lo vio todo claro.

—Tú... tú te diste cuenta de lo que Gloria se traía entre manos hace sólo un momento.

—Eh... pues sí, se me ocurrió mientras la estaba besando.

—Ya sabía yo que eras un chico listo.

—No tanto. Si lo fuera, no estaríamos metidos en este lío.

—Pero tampoco habríamos tenido la oportunidad de compartir una noche como la de ayer.

—Eso es verdad —sonrió Adam, y rodeó su cintura con un brazo.

—Creo que no tenemos tiempo para... ¿qué es ese jaleo?

Había una tremenda conmoción fuera.

—Dios mío... es Abby —declaró Meg.

—Maldita sea... Esperaba poder llegar hasta ella antes que Reid.

—Podemos seguir aquí mientras ellos nos buscan.

—Me parece que no. Reid ya tiene lo que quería: a Abby. Le obligará a decirle lo que sabe y después la matará mientras nosotros seguimos escondidos en este armario.

—Tenemos que ayudarla, Adam.

—Lo sé. Sugiero que nos enfrentemos a Reid antes de que decida obligarnos a salir haciéndole daño a Abby.

—Vamos —tenía ya la mano en el pomo de la puerta cuando se le ocurrió una última pregunta—. Espera. Si cuando besabas a Gloria se te ocurrió todo esto, ¿en qué piensas cuando me besas a mí?

Adam salió a la luz de la cocina.

—Cuando te beso a ti, no me queda ni un solo pensamiento racional en la cabeza.

Nada de nada le había salido bien desde hacía días. Entonces, ¿por qué demonios se había imaginado que su plan para escapar iba a

funcionar? Debería haberse llevado a Meg y haber huido mientras aun tenían la oportunidad. Pero no. Tenía que demostrarle a Meg que podía ser muy listo. Que era un héroe. Por primera vez, quería cuidar de alguien; quería cuidar de Megan Elizabeth Cooper. Quería mimarla, adorarla, amarla.

Había cometido la estupidez más grande: enamorarse de ella. Y a punto había estado de decírselo, si no hubieran oído ese alboroto fuera. Pero no debía hacerlo, porque el resultado sería demasiado complicado cuando todo aquello terminase; él ya había andado aquel camino y el final era sólo dolor.

No había nadie en la cocina pero se oían voces que venían del salón.

Abby estaba flanqueada por Josh y otro hombre, mientras que Reid estaba sentado en una silla. Al ver a Adam y Meg, se levantó.

—Me alegro de que hayáis podido venir —dijo con una sonrisa, y luego frunció el ceño al ver que sólo estaban ellos dos—. ¿Y mi hermana?

—Ella no ha podido venir. Tenía otras cosas que hacer.

—Tom, busca a Gloria. Si le has hecho daño —le dijo a Adam—, lo vas a pagar.

—¡Abby! —exclamó, al mirar a su amiga de pelo plateado y más de sesenta años—. Lo siento muchísimo, pero me alegro de verte.

Abby extendió los brazos y Meg corrió a abrazarla. Daba igual el peligro en el que estuvieran.

—Basta —dijo Reid, y tiró de ella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Meg a su amiga.

—Después de tu llamada, vine lo antes posible. Esta mañana llegué a la ciudad y vi el estado en que había quedado mi pobre tienda. Me dolió tanto ver esas ruinas calcinadas, que creí que no iba a soportarlo —Abby se llevó una mano al corazón—. Pero no es la primera vez que pierdo algo importante para mí y supe que lo que estaba sintiendo era sólo tristeza. Decidí ir a ver a Michelle y a Rachel, suponiendo que te encontraría allí, pero Reid estaba esperándome y me dijo que habías pasado la noche en el rancho. Desgraciadamente le creí, y me apresuré a asegurarme de que estabas bien. Sabía que te sentirías responsable, a pesar de que no era culpa tuya.

Abby miró entonces a Reid.

—Jamás habría podido intuir que tuvieras tanta maldad dentro. Muchas veces me había preguntado cómo podías llevar un tren de vida como el que llevas, pero simplemente pensé que el rancho iba bien. Nunca habría creído que fueras un secuestrador. ¡Hombres! —concluyó.

—Es aún peor, Abby. ¡Quiere matarnos! —exclamó Meg, incapaz de contener la culpa por haberla metido en una situación con aquella.

La mujer sonrió tristemente.

—Creo que soy yo la que te debe una disculpa. Fui yo quien acudió en busca del señor Smith, aunque he de reconocer que, a estas alturas, ya había desesperado de encontrarlo —se volvió a Adam—. Porque supongo que es usted Adam Smith, el famoso escritor.

—Culpable —contestó él—. El franqueo de su carta era insuficiente, y la recibí la semana pasada y sólo porque Kelly reaccionó de una forma muy rara al verla.

—Kelly... una chica encantadora. Es difícil de creer que estéis emparentados, aunque ahora veo el parecido en los ojos. Pero en personalidad, creo que sois muy distintos.

—Mucho.

—Kelly me contó lo mucho que la ayudabas con sus problemas—. Abby se llevó los dedos a las sienes—. Habría sido mejor para ella si alguna vez le hubieras dejado sufrir las consecuencias de sus acciones. Kelly es una chica muy inteligente, pero nunca ha tenido que solucionarse los problemas sola... tú siempre te ocupabas de hacerlo en su lugar —hizo una pausa—. Pero la desaparición de Kelly fue tan repentina, y estaba tan enamorada de Reid, que empecé a preguntarme si mis sospechas sobre Reid y el Liberty L podrían ser acertadas.

—Pero Abby, ¿qué te hizo pensar que estaba ocurriendo algo tan poco corriente? ¿Qué fue lo que te condujo hasta Reid? —preguntó Meg.

Abby bajó la mirada.

—A veces, por la noche, me gusta jugar con la antena parabólica y ver qué pesco. A veces he sintonizado programas increíbles. Una de esas noches, estaba viendo un programa de Sudamérica, algo parecido a *Los diez más buscados*, y lo que llamó mi atención fue que uno de los hombres que buscaban se parecía mucho a uno de los huéspedes del rancho. Eso fue lo que me decidió a enviarle la carta —explicó, mirando a Adam—. Tenía la sospecha de que Reid y Gloria estaban metidos en algo turbio, y la desaparición de Kelly, el hecho de que se fuera sin tan siquiera despedirse... Es una chica encantadora y muy cariñosa, y no podía creer que se marchase sin decir nada, a no ser que hubiera ocurrido algo. Creo que yo era la única amiga que había hecho en Sedona, y fui yo a la única persona a la que le confió su relación con Reid Logan. No es que Kelly fuese dada a los secretos, pero en principio me dijo que el hombre al que quería era una persona a la que le gustaba mantener su intimidad y que ella quería respetar sus deseos. Creo que estaba intentando demostrarle su valía. Poco a poco, se fue volviendo más y más callada, hasta que me di cuenta de que lo que pasaba es que estaba asustada de algo... o de alguien. Después, desapareció y fue cuando le escribí.

Abby dejó perdida la mirada en la distancia.

—Ni por un momento se me ocurrió pensar que Adam Smith, el intrépido periodista, podría ser hermano de Kelly Smith. Fueron las fuerzas del universo, el poder de los vórtices, lo que me empujó a pedirle consejo. No fui más que un vehículo, el medio que utilizaron los espíritus.

Abby se volvió a él de pronto.

—¿Qué ha pasado? ¿Tardaste demasiado en darte cuenta de que era Reid?

En realidad no era una pregunta, pero Adam se sintió obligado a contestarla.

—No me daba mucho con lo que trabajar.

—Es que esperaba que llegase nada más recibir la carta. Bueno... —Abby suspiró, mirando a su alrededor—, ahora estamos en un buen lío.

—¿Fuiste tú quien averiguó que estábamos vendiendo identidades falsas? —preguntó Reid, incrédulo.

—El que tenga sesenta años no quiere decir que las neuronas hayan dejado de funcionarme —espetó—. Siempre había pensado que no eras de fiar, incluso antes de saber que Kelly y tú erais amantes, y que era a ti a quien ella temía.

—Llevo en Sedona más de cuatro meses —intervino Meg—, y nadie me ha hablado de Kelly. ¿Por qué nadie me dijo que había estado con Reid? Cuando él empezó a mostrar interés en mí, ¿por qué no me hablaste de él?

—Es que no estaba segura de que le hubiera hecho algo malo —se defendió Abby—. Además, tú eres mucho más cauta que ella, mucho menos inocente, y no creí que llegases a enamorarte nunca de él... ¿me equivoco?

—No.

—Menos mal... pero si es del hermano de Kelly de quien te has enamorado, me temo que no has corrido mucha mejor suerte. Kelly me hablaba mucho de él, y aunque lo venera como a un héroe, también dejó claro que dirigía la vida de todos los miembros de su familia.

—Vaya... Pero es que lo quiero —admitió.

—Pues es una pena, porque no va a cambiar. Siempre ha querido ser el héroe.

—Dejaos de idioteces —espetó Reid, y apuntó a Meg con el arma —. Ahora, quiero saber a quién más le has hablado de nuestro negocio.

Antes de que Adam pudiera detenerla, Abby anunció:

—A nadie.

—Bien. En ese caso, hay menos gente de la que deshacerse.

—Nadie —continuó Abby, implacable—, a menos que algo me pase a mí. En ese caso, mi abogado abrirá la caja de seguridad de un banco y enviará toda la información sobre ti y la preciosa Gloria a las autoridades.

Reid maldijo entre dientes.

—Maldita vieja…

—¡Abby! —exclamó Meg, entusiasmada.

—Está bien —dijo Reid—. Tú dijo, señalando a Josh—, lleva a Abby a esa caja de seguridad y sacad todos los documentos.

—No —dijo Abby.

Reid miró con el ceño fruncido a aquel titán de cabello plateado.

—Creo que no has entendido la gravedad de la situación. Si no cooperas —apuntó con su arma a Meg—, la mataré primero a ella.

—No —insistió Abby, poniéndose en pie—. No confío en ti. En cuanto tu hombre tenga esa información, nuestras vidas no valdrán nada.

Reid hizo un gesto con la cabeza hacia Meg y dirigiéndose a Josh, le ordenó:

—Dispara.

13

Adam se colocó entre Josh y Meg mientras ella intentaba tragar el nudo que se le había hecho en la garganta.

—No —dijo de nuevo Abby, aun con mayor firmeza—. No sé cómo estás siendo tan obtuso. Para mí, Meg es como mi propia hija, y él —señaló a Adam— es muy importante para Meg. Lo que haremos es ir juntos al banco. En público, os daré la información y los tres saldremos juntos del banco. Luego, tendrás un par de horas para limpiar el Liberty L de toda pista mientras nosotros intentamos convencer a la policía de que no os detenga. Si sois rápidos, puede que consigáis escapar.

Reid se puso rojo y empezó a temblar de ira.

—No pienso renunciar a todo por lo que he trabajado. El Liberty L es mi herencia.

Y avanzó hacia Abby con el brazo en alto, dispuesto a golpearla, pero Abby no se movió.

—Lo único que puedes hacer es recuperar toda la información e intentar escapar con tu hermana, si lo hacemos a mi manera. De otro modo, tendrás que matarnos a los tres y huir, pero, ¿de verdad quieres cargar con tres asesinatos además del resto? Porque mi abogado descubriría el pastel, no te quepa duda. Y si cree que has tenido algo que ver con mi muerte, será implacable. Además, Randy trabaja para Hacienda, así que es muy persistente.

Reid apretó los dientes.

—Está bien. Lo haremos a tu manera. Pero si me huelo que hay algún truco, la primera en caer será Meg, y después será para mí un placer eliminaros a vosotros dos.

Abby se colgó del brazo de Meg.

—Vamos, cariño. Acabemos con esto.

Salieron todos y subieron a uno de los jeep, Meg y Reid delante, y Abby y Adam apretujados con Josh, y aprovechando los baches del terreno, habló en voz baja con Abby:

—Esto no va a funcionar.

—Es el plan A —murmuró ella—. Hay un plan B.

Habían recorrido ya unos cuantos kilómetros más de desierto cuando al tomar la curva que hacía un saliente de roca, Reid estuvo a punto de colisionar con otro vehículo. Pisó el freno a fondo para evitar al otro coche, y todos se vieron lanzados hacia delante.

—Maldita sea —masculló Reid. Era uno de los todo terreno de Greg Trenton—. Es una trampa.

—¿Qué esperabas? —contestó Abby—. Esto es el plan B.

En la distancia, Adam vio dos coches más acercarse a ellos rápidamente. Reid tenía que sujetar el volante con ambas manos para

lanzarlo a toda velocidad, así que Adam aprovechó la oportunidad, y sujetando a Josh por el pelo, le estrelló la cabeza contra la puerta.

—Eso por Meg —dijo, y volvió a estrellarle la cabeza—. Y eso por Kelly.

El hombre emitió un sonido extraño y cayó desmayado contra Abby.

Meg tiró del volante intentando hacerse con el control del coche y Abby pasó un brazo por el cuello de Reid y apretó con todas sus fuerzas. El vehículo derrapó violentamente y se salió del asfalto para ir a parar contra los cactos. Meg gritó al verse sólo sobre dos ruedas y tuvo que soltar el volante para agarrarse a la barra delantera y no salir despedida por la ventanilla. Adam la sujeto desde atrás mientras Abby seguía apretando el cuello con toda su energía.

Reid frenó en seco y todos se vieron lanzados hacia delante. El coche se detuvo y Adam intentó liberarse del lío de brazos y piernas, pero era ya demasiado tarde. Reid tenía el arma en la mano y arrastraba a Meg fuera del coche. Ella intentaba soltarse braceando y pataleando.

Adam saltó del jeep y corrió tras ellos. Reid le vio y apuntó su arma hacia él, pero Adam siguió con la carga, como un jugador de fútbol que quisiera detener el avance de un contrario. Oyó a Reid amartillar el arma, pero no se detuvo, y con todas sus fuerzas empujó a Meg y a Reid y los tiró al suelo.

Meg gritó, y en el lío de cuerpos, Adam consiguió alcanzarla. ¿La habría disparado aquel canalla?

—¿Estás bien? —preguntó tocándole la cara y los brazos.

—Sí, estoy bien.

Estaba tremendamente pálida y tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero estaba sana y salva.

Reid se levantó y salió corriendo hacia su vehículo.

—Esto no ha terminado —lo amenazó desde el coche—, y si sigues investigando, descubrirás hasta qué punto estaba mezclada tu hermana.

Adam le dejó marchar, contentándose con que la mujer que tenía en los brazos estuviese sana y salva.

—No podía permitir que te hiciera daño —dijo.

Era casi una declaración.

—Pero podría haberte disparado.

—Ya lo han hecho antes.

—Eres mi héroe... —le dijo en voz baja, y abrazándolo, lo besó.

—Si te hubiera pasado algo... —susurró él, tomando su cara entre las manos.

Meg se quedó callada y ocultó la cara en su pecho.

—Pero no ha pasado nada —dijo, y se levantó—. Tenemos que ver

cómo está Abby.

A Abby le costaba trabajo mantenerse en pie y Adam la sentó con cuidado en el suelo, a esperar a que llegasen sus rescatadores. Estaba muy pálida y tenía un chichón enorme en la frente.

—El plan B ha resultado brillante —le dijo mientas le tomaba el pulso.

Tenían que llevarla rápidamente a un hospital. El corazón le latía con demasiada rapidez, su palidez era tremenda y parecía tener dificultades para enfocar la visión.

Un jeep se detuvo junto a ellos y Greg se bajó de un salto.

—¡Greg! —exclamó Meg, lanzándose a sus brazos—. Cómo me alegro de verte.

—Gracias a Dios que estáis bien. Cuando Abby me lo contó, no podía creérmelo. ¿Te ha hecho daño?

—Sí, pero ahora ya estoy bien.

—Podrías soltar a Meg y ayudarme con Abby —intervino Adam—. Tiene un golpe muy fuerte en la cabeza.

Greg corrió a su lado, preocupado.

—Déjame —dijo el joven, pero Adam tomó a Abby en brazos y la dejó con cuidado sobre el asiento trasero del coche de Greg.

Los otros dos coches llegaron hasta allí. Freddie saltó del primero de ellos, seguido por Ben Holder, uno de los ayudantes de Greg.

—¡Reid se escapa! —exclamó Meg.

—¿Estás bien? —le preguntó Freddie, abrazándola.

Adam estaba empezando a cansarse de que todos los hombres de Sedona tuvieran aquella facilidad para abrazar a la que era su mujer.

—Está bien —dijo—. Tú —señaló a Greg—, lleva a Meg y a Abby a Sedona y llama a la policía. Nosotros iremos tras Reid. Tú —se dirigió a Ben—, vuelve a Liberty L, porque tengo la corazonada de que volverá por allí. Freddie y yo iremos tras él.

Pero incluso en aquel mismo momento supo que era muy difícil que pudieran dar caza a aquella nube de polvo. Lo único que sabía con certeza era que Reid volvería al rancho a buscar a su hermana, la única persona que valoraba más que a sí mismo. Su única esperanza real era llegar a Gloria antes que él.

—¿Que los has perdido?

Meg estaba tan cansada que ni siquiera pudo sentirse frustrada cuando Adam y Ben llegaron al hospital. Los dos estaban llenos de polvo y hundidos. Adam se acercó a la cama y tomó la mano de Abby.

—¿Cómo estás? ¿Qué ha dicho el médico?

—Sólo ha sido un golpe fuerte. Menos mal que tengo la cabeza dura. Cuéntanos qué ha pasado.

—Lo perseguimos por el desierto, pero cuando nos convencimos de

que no íbamos a poder alcanzarle y volvimos al rancho, ya no quedaba nadie allí. Gloria debió recuperar el conocimiento y tendría un plan de escape por si Reid tenía problemas. En cuanto Reid volvió, se marcharon.

Meg se apartó el pelo de la cara y suspiró. Su pequeña aventura no estaba teniendo un buen final, ya que los malos habían escapado.

—Lo que me gustaría saber es cómo supiste que algo iba mal —comentó Adam—. Volviste a la ciudad a una hora distinta de la que habías dicho para tener tiempo de preparar el plan con Greg y Freddie. Después, tuviste que volver a salir de la ciudad y entrar de nuevo para que Reid te encontrara. ¿Cómo lo supiste?

—Pues ¿cómo iba a saberlo? Por la conversación con Meg. Dejó caer tantas pistas que tendría que haber sido una imbécil para no darme cuenta.

—¡Genial! —exclamó Meg, entusiasmada—. No estaba segura de ello.

—Repetiste un par de veces que la tienda era mía y que necesitabais que volviera.

Greg y Adam se miraron el uno al otro sin comprender y Meg tomó la mano de Abby antes de volverse a ellos con una sonrisa.

—Abby siempre ha insistido en que la tienda era tanto mía como suya, así que confié en que refiriéndome a la tienda como suya sospechara que pasaba algo.

Abby asintió.

—Después, insistía en usar el plural, de modo que supe que no estaba sola.

—Podría haber sido simplemente un despiste a la hora de hablar.

—Imposible. Meg es siempre muy precisa en su forma de hablar. Debe de ser por su trabajo anterior.

Antes de que Adam pudiera preguntar cuál era ese trabajo, Abby bostezó, así que decidió acortar la conversación refiriéndoles lo ocurrido mientras ellas estaban en el hospital.

—Llevé mi informe a la policía y, aunque enviaron la información a los aeropuertos locales, no tengo mucha esperanza de que puedan capturar a los fugitivos tan fácilmente, porque supongo que Gloria tendría preparadas identidades falsas para ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Meg.

—Lo primero es saber qué hizo Abby una vez tuvo la certeza de que algo no iba bien.

Abby se incorporó contra la almohada con la poca energía que le quedaba.

—Bueno, una vez hube captado el mensaje de Meg, mentí en cuanto a cuánto tardaría en volver a casa. Llegué anoche, e inmediatamente me puse en contacto con Freddie. Me dijo que un tal

Adam Smith, supuestamente el anterior prometido de Meg, había llegado a la ciudad, pero yo supe inmediatamente quién eras. Entonces me dijo que al parecer Meg había recibido una llamada urgente de su familia en Nueva York y que los dos os habíais marchado en el primer avión. Eso fue lo que me confirmó que, de verdad, estabais metidos en un buen lío, y que tenía que ver con Reid, y me puse de acuerdo con Freddie y Greg para que nos esperaran en la carretera por si conseguía salir del rancho.

—Tuviste una gran dosis de confianza en ti misma —comentó Adam, sorprendido.

Abby se colocó bien el camisón del hospital.

—Me pareció bastante sencillo. No creía que Reid llegase a ponerse verdaderamente violento. Al fin y al cabo, es un ladrón de guante blanco.

Meg la abrazó.

—Eres toda una heroína, Abby. No te lo vas a creer, pero el sábado pasado estaba yo en la tienda, soñando con correr una aventura, y de pronto Adam entró. ¡Desde entonces, he tenido los mejores días de mi vida!

Ben Holder cambió de postura.

—Si no hay nada más que pueda hacer… —enrojeció cuando todos se acordaron de su presencia y se volvieron a mirarlo—, me marcho. Mi novia me está esperando.

Y salió de la habitación. Abby volvió a bostezar.

—Creo que por hoy todos sabemos lo que necesitábamos saber —sugirió Adam.

Meg se levantó y besó a Abby en la frente.

—Has estado maravillosa. Siento muchísimo lo de la tienda.

—Está asegurada, y la póliza es muy buena gracias a mi hijo, el abogado. Es la oportunidad de volver a empezar.

—¿Aquí?

—Desde luego —contestó con firmeza, aunque su pronunciación empezaba a hacerse algo pastosa por la medicación—. Sedona es mi hogar, y espero que tú encuentres el tuyo pronto.

Meg miró a Adam y después de nuevo a Abby.

—Creo que ya lo he encontrado.

Adam no dijo nada, a pesar de que sabía bien a qué se refería, y sacó a Meg y Greg de la habitación. Una vez en el pasillo, Greg se detuvo.

—¿Y ahora, qué?

—Ahora lo que necesitamos es dormir y mañana decidiremos qué hacer —contestó Adam—. He hablado con Michelle Stoneaway para que nos reserve un par de habitaciones.

Quería tener a Meg sólo para él.

—Ah, sí. Bien —Greg se apartó un mechón de pelo rubio de la cara —. Supongo que no querréis ir a tomar un café y charlar un rato.

—No —contestó Adam con firmeza, colocando la mano de Meg sobre su brazo. Ella se apoyó brevemente en él y Adam disfrutó de la experiencia. Le gustaba ser el hombre en el que Meg podía confiar.

—Vale —contestó, mirándolos—. Puede que me pase por casa de Dana. Siempre está dispuesta a escuchar.

—Son más de las once —empezó Meg, pero Adam le dio con el codo.

—Si es que Dana está sola —sugirió—. Al fin y al cabo, es una chica inteligente y guapa, una combinación poco corriente. Yo me di cuenta el día que la conocí y, de hecho, si no hubiera estado intentando recuperar a Meg, creo que Dana habría sido mi objetivo.

—Sí. Es preciosa, ¿verdad? Y sobre todo, encantadora. ¿Creéis que estará saliendo con alguien?

—No sé... Freddie me ha hablado mucho de ella últimamente —insinuó Meg.

Greg frunció el ceño.

—Me parece que le estaba ayudando a instalar un programa nuevo para la tienda. Dana es muy buena con esas cosas.

—No, no. Freddie ya tiene ese programa instalado; debe estar interesado por otra parte de ella.

—Ya.

Greg se despidió brevemente y desapareció como un rayo.

—¿Crees que Dana y Greg podrían llegar a tener algo juntos? —preguntó Meg, que parecía dudarlo.

—En Sedona, cualquier cosa es posible —contestó Adam, y la besó en los labios—. Si hay algo que he aprendido, es precisamente eso.

14

—Nueva York —anunció Meg a la mañana siguiente, al reunirse con él en la cafetería del hotel—. Deberíamos ir a Nueva York.

Adam levantó la cabeza del ejemplar del *New York Times* que estaba leyendo y la miró sin comprender. ¿Cómo se las arreglaría para sorprenderle una y otra vez? Se había equivocado con ella desde el principio, pero lo verdaderamente importante ahora era que estaba viva. Y que era preciosa. El sol que entraba por la ventana brillaba en su pelo castaño y su mirada estaba llena de entusiasmo.

Bajó la mirada e intentó concentrarse en los editoriales, pero no pudo. No podía perdonarse a sí mismo por haberla hecho correr tantos peligros, ni olvidar lo asustado que se había sentido al contemplar la posibilidad de que pudiera resultar herida o aún peor. De hecho, había conseguido mantener sus emociones a raya, pero sólo hasta que llegaron al hotel.

Había reservado una sola habitación para los dos, con la aquiescencia de Meg, y al entrar en la habitación, ella se había quedado junto a la cama, sin saber qué hacer y mordiéndose los labios.

Pero él comprendió inmediatamente qué era lo que necesitaba, y en un segundo estuvo a su lado, abrazándola.

—He tenido tanto miedo. Creía que iban a matarnos, a ti, a mí o a Abby...

—Todo ha pasado ya —le susurró, tras besarla en la frente.

Y eso había sido todo lo que habían hablado durante la noche, porque el deseo de ambos era el de perderse el uno en el otro, sin lugar para las palabras. Olvidar el pasado y el futuro. Amarse durante toda la noche.

La primera vez fue rápida, salvaje; ni siquiera tuvieron tiempo de quitarse la ropa. Pero después, cuando recuperaron el sentido, se tomaron su tiempo. Hacer el amor con otras mujeres no se parecía en nada a hacerlo con Meg.

Después ella lo había besado con tal dulzura, que sintió que el corazón se le resquebrajaba. Tan dulcemente como si quisiera decirle adiós. La miró fijamente. ¿Sería eso lo que pretendía decirle? ¿Que ella también se había dado cuenta de que no tenían futuro?

La idea le llegó como un puñetazo en el estómago, y el dolor que le produjo fue muy superior al de cualquier otra herida. Pero no, aquel no era el momento de preocuparse de lo que pudiera sentir por ella. Pronto recuperaría el control.

—¿Nueva York? —repitió.

—¿No es allí donde vive tu hermana?

—En Queens, con mi madre —estaba empezando a seguir su

lógica, y no le gustaba la conclusión a la que estaba llegando—. ¿Por qué?

—Porque creo que Reid planea utilizarla contra ti.

Un frío helador atravesó su cuerpo de parte a parte.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque te conoce. Kelly le dijo lo persistente que eres cuando encuentras una historia que merece la pena.

No quería creer que estuviera en lo cierto.

—Gloria y él pueden estar ya fuera del país. No tienen razón para quedarse, ni para ir tras Kelly. Ya la dejó marcharse una vez —razonó, pero su sexto sentido le estaba diciendo que Meg tenía razón. Que Reid iba a utilizar a Kelly como escudo.

Y su instinto le decía también que estaba cometiendo un error separándose de Meg. «Es sólo deseo», intentó decirse. Pero sabía que estaba mintiendo.

—Reid y Gloria son codiciosos —dijo Meg—. Les interrumpiste antes de que hubieran podido sacar todo lo que esperaban, y sabiendo lo que sé de ellos, estoy segura de que no están dispuestos a vivir en el exilio. Creo que elegirán otro emplazamiento dentro del país y volverán a montar su red de identidades falsas. Su único problema eres tú. Que puedas estar alerta y que otra pista pueda conducirte hasta ellos —Meg había tomado la cucharilla y golpeaba la taza, ausente—. Es curioso —dijo de pronto—. Creía haberme deshecho de esta costumbre. Supongo que el estrés de estos últimos días ha hecho que vuelva a adoptarla.

Sonrió, pero Adam se dio cuenta de que ella también estaba contemplando su fin. Ésa era la razón de que ese hábito hubiera resucitado. De pronto, le dio rabia que no creyera que mereciera la pena intentarlo... pero en realidad, Meg sólo estaba llegando a la misma conclusión que él.

—Por eso necesitan asegurarse de que no hablas —recuperó el tema inicial—. Y Kelly es su camino más directo y seguro.

Adam asimiló sus palabras y no tuvo más remedio que concluir que tenía sentido. Si Reid podía utilizar a su hermana contra él, tendría que parar la investigación, y Gloria y él podrían volver a poner en marcha su negocio.

—Háblame de Kelly —sugirió Meg.

Adam se recostó en su silla. Debía contárselo todo. Se lo merecía.

—Kelly es una mujer preciosa, sensible y comprensiva, y jamás ha sabido cómo cuidar de sí misma. Mi trabajo ha sido hacerlo por ella.

—¿Desde que murió tu padre?

—Sí.

Meg se cambió la cucharilla de mano.

—¿Y cuidas también de tu madre y de tu hermano?

—Sí. Admito que puede que me extralimite un poco, pero, desgraciadamente, la experiencia me ha demostrado que he de hacerlo así. Mi padre murió poco después de perder su empresa, y después mi madre lo perdió todo, incluyendo los ahorros y el dinero que le había pagado el seguro. Walter, mi hermano, se convirtió en un delincuente juvenil, mientras Kelly pasaba de un sueño a otro y de un hombre a otro.

Meg intentó mantener una expresión neutral, pero Adam percibió una crítica en su mirada.

—Si los hombres que Kelly escogía no hubiesen sido casos perdidos, yo me habría alegrado por ella. Me habría alegrado por cualquier miembro de mi familia que se las hubiera arreglado para encontrar algo de felicidad tras lo que supuso para nosotros la muerte de mi padre, pero nadie lo consiguió.

Meg cubrió su mano y Adam comprobó con sorpresa que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Quizás fueras tú quien más añoraba a tu padre.

Adam la miró e intentó deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Creo que sí. Lo quería y lo admiraba mucho. Cuando mi padre estaba, la familia funcionaba. Mi madre siempre había sido impulsiva y voluble, pero juntos hacían un buen equipo. Tras la muerte de mi padre, fue cuando me di cuenta de las locuras que podía cometer. Seis meses después, lo había perdido todo.

—Qué terrible.

Meg se levantó de su silla y lo abrazó, y él se dejó abrazar... y se sintió mejor.

—Para cuando conseguí encarrilar su vida, Walter estaba completamente fuera de control. No me costó demasiado enderezarlo, y es que en realidad lo había ignorado durante mi propio dolor. No me aparté de su lado durante el año siguiente.

—Y después, Kelly.

—Sí. Aunque el caso de Kelly era distinto. Acabó la universidad sin tener una meta y llena de sueños descabellados. Le conseguí trabajo en una agencia de publicidad, pero poco después tenía una aventura con su jefe, que estaba casado. Como esa relación terminó mal, ella perdió el empleo. Entonces, fue de una cosa a otra. Primero intentó poner en marcha un negocio de comidas para bodas y celebraciones, pero le duró menos de dos años. Un buen día, dijo que necesitaba experimentar cosas nuevas, una aventura para poder llegar a conocerse... —Meg se dio por aludida—. Al parecer, la única forma de hacer algo así era viajando. Mi madre recibía una postal suya de vez en Cuando. La última que recibimos era del Gran Cañón. Estuvo en coma dos semanas, y cuando recuperó la consciencia, no quiso decirme qué le había ocurrido.

—Ha debido de ser muy duro para ti —dijo Meg, apoyando la cara en su pecho.

Qué agradable era sentirla así. Sentir su calor, su comprensión, todo lo que un hombre podía esperar de una mujer. Pero estaba cometiendo un error.

—Tu mujer... ¿se parecía a Kelly?

Él no contestó y Meg buscó la respuesta en su rostro.

—Era igual. Me metí de lleno en el mismo problema.

—Y crees que estás cometiendo el mismo error conmigo...

Adam guardó silencio, pero no negó sus palabras. Estaba cometiendo el mismo error, pero la diferencia era que no podía lamentarlo.

—Ya te dije que podría conseguir un buen vuelo para Nueva York —le decía Meg al tiempo que aterrizaban en La Guardia.

Era extraño, pero a medida que se iban acercando a Nueva York, Adam tenía la sensación de que más se alejaba Meg de él. En un principio, no dejaba de hablar de la ilusión que le hacía ver a su hermano recién casado y a su padre, pero a medida que se iban alejando de Arizona, se iba quedando más callada. Dos veces había empezado a golpear la bandeja de la comida con uno de los cubiertos. La segunda, había terminado por tirar la cucharilla enfadada.

Al llegar a la cinta de equipajes, Meg se abrió paso entre la multitud de gente que esperaba ansiosa preguntándose si su equipaje habría decidido tomar otro destino que no fuera Nueva York.

—Por aquí —dijo, y se abrió camino con su equipaje de mano colgado de un hombro. Sus vaqueros ajustados se ganaron la apreciación de varios hombres, y Adam se vio obligado a interponerse entre Meg y todos ellos.

Era evidente que Meg era una neoyorquina hasta la médula. En algún momento había dudado de sus raíces de Long Island, pero su forma de maniobrar en La Guardia daba testimonio de lo familiarizada que estaba con el aeropuerto.

—No te pares en los taxis —le dijo, dirigiéndose hacia las limusinas—. Tenemos una contratada —escrutó la fila de vehículos aparcados junto a la salida, le hizo una seña a alguien y un coche avanzó hacia ellos—. Date prisa, ahora que no mira ninguno de los guardias.

Meg aceleró el paso, abrió la puerta de la limusina sin que ésta se detuviera y se lanzó dentro antes de que los policías que con suma rectitud regulaban el tráfico de taxis les vieran. Adam hizo lo mismo.

El conductor aceleró, esquivando hábilmente el tráfico. Una vez hubieron salido a la vía rápida, o lo que en Nueva York se entendía por vía rápida, se rozó el ala de la gorra con los dedos.

—Señorita Cooper, me alegro mucho de verla. No la esperaba.

Meg se incorporó en el asiento y sonrió. —Graham, mi conductor favorito. Ahora sí que estoy en casa.

El hombre les sonrió por el retrovisor.

—No tenía ni idea de que había vuelto a la ciudad. Nadie me ha dicho nada, y todos han hablado mucho de usted. Sentí mucho lo de su boda.

—Han pasado ya catorce meses y una semana, Graham, y mi vida ha cambiado mucho desde entonces. Quiero presentarte a alguien importante para mí: Adam Smith.

—Encantado —dijo, esquivando de golpe tres coches—. Estaba seguro de que volvería. Cualquier amigo de Meg puede contar con mis servicios.

Meg y Graham siguieron intercambiando comentarios mientras Adam estudiaba la línea del horizonte a medida que se acercaban a Manhattan. No estaba acostumbrado a sentir tantas cosas diferentes a un tiempo. Le gustaba tener a Meg a su lado, estaba preocupado por su hermana, y aunque a lo segundo estaba acostumbrado, lo primero le desconcertaba.

—Calle Cincuenta y Cinco Este —dijo Meg de pronto, y Adam la miró sorprendido de que le estuviese dando su dirección—. Te dejaré en tu apartamento para que puedas ponerte en contacto con Kelly. Yo me iré a mi casa. Puedes llamarme allí en cuanto sepas algo. ¿Lo harás?

—Sí —accedió, aunque tuvo que preguntarse a qué se estaba comprometiendo en realidad. ¿A que el fin de la investigación fuese el fin de los dos?

Adam durmió mal y se despertó pronto y cansado. Se dio una buena ducha, luego se vistió, preparó café y leyó el periódico. Había quedado con Meg a las ocho. Era lunes, y había pasado justo una semana desde el día que conociera a Megan Cooper y su vida se volviera patas arriba.

Habían quedado para desayunar en el Plaza, a sugerencia de Meg. Siendo una rica heredera de Long Island, estaba acostumbrada a gastar dinero, así que el restaurante de aquel exclusivo hotel, frecuentado por ejecutivos y artistas, encajaba con Megan Elizabeth Cooper, se recordaba, intentando no pensar en lo mucho que la había echado de menos.

Salió de su apartamento con tiempo de sobra y estaba ya sentado a la mesa del restaurante a las ocho menos cuarto. Pidió un café y esperó, contemplando a la élite de Nueva York hacer negocios, cerrar tratos y desayunar.

Una mujer de pelo castaño y muy atractiva, vestida con un impecable traje negro, falda corta y tacones, entró en el restaurante.

Adam la miró como si tal cosa, admirando su figura y el confiado balanceo de sus caderas al caminar. Estaba nervioso esperando ver aparecer a Meg, y hasta tuvo que secarse las palmas de las manos en la servilleta. Se estaba comportando como un crío.

La mujer saludó al editor del *New York Star* y se detuvo a hablar con el director de una revista para mujeres. El director la invitó a sentarse con un gesto, pero ella pareció indicar que tenía una cita. Adam volvió a mirar su reloj. Eran sólo las ocho menos diez.

Con la cabeza baja como la tenía, vio un par de piernas muy bonitas junto a su mesa. Despacio fue subiendo por aquellas piernas; falda corta, caderas delgadas, un perfecto traje de chaqueta, pechos redondeados y...

—¿Meg?

No pudo evitar que la sorpresa se reflejara nítidamente en su voz. Parecía una mujer de negocios en la cumbre de la ola.

—Claro —contestó ella, una vez la hubo acomodado el maître y mientras se extendía la servilleta sobre las piernas—. Cierra la boca. No sé por qué te sorprende tanto que tenga un traje de chaqueta de diseño. Ya sabes que soy de Nueva York.

—Me dijiste que eras de una familia rica de Long Island.

—Y también que era una mujer de carrera, pero tú no me creíste. Porque quería ser diferente, porque quería vivir una aventura, diste por sentado que era una especie de hippie. Pues no lo soy.

—¿Y quién eres?

Meg se tomó su tiempo en contestar.

—Soy la directora editorial de *Scorpion Books*. O al menos lo era antes de tomarme el año sabático. Las cosas cambian mucho, sobre todo en el mundo editorial. Y sí... trabajo para la empresa de mi padre. Pero soy una buena editora; muy buena. He tenido un montón de ofertas de la competencia y un montón de libros en la lista del *New York Times*, aunque no es que lo considere como un buen indicador de la valía de una publicación. En cualquier caso, podría trabajar para cualquier editorial de Nueva York. Pero me gusta la empresa familiar. Me gusta lo que hacen y cómo lo hacen. No todas las familias son represoras.

—Entiendo —dijo él, pero seguía estando atónito por la apariencia de la nueva Megan Cooper. Era algo más que la ropa. Era su confianza natural en un ambiente que él admiraba.

—Pero no te dejes engañar —añadió Meg—. Sigo estando como una cabra.

—Te he echado de menos esta noche —dijo Adam, y la besó en la mano.

Meg enrojeció y apartó la mano.

—Yo también. ¿Has hablado con tu hermana?

—No.

Según su madre, Kelly no había vuelto a casa a dormir. Había llamado diciendo que estaba bien, pero nada más, y Adam no había querido preocupar a su madre diciéndole que se temía que pudiera estar con Reid. ¿Se habría ido con él voluntariamente? ¿Seguiría enamorada de él a pesar de lo que le había hecho, o estaría Reid coaccionándola?

—¿Tienes alguna idea?

—Sí —contestó, y no pudo evitar su siguiente pregunta—: ¿siempre llevas este aspecto cuando estás en Nueva York?

—Siempre. Soy la directora editorial. De hecho, creo que te pasamos una oferta por tu último libro.

—Sí, *Scorpion* hizo una oferta.

—Era un buen libro, pero querías demasiado dinero.

—No me vendo barato —sonrió.

Ella sonrió también y Adam se la imaginó sin dificultad como una hábil e implacable negociadora.

—Menos mal que tengo un agente poderoso.

—Tu agente soñaba. La mayoría de ellos lo hacen. En fin… ¿qué vamos a hacer con Kelly?

—Mi madre no la ha visto desde el sábado. Es la primera vez que salía sola de casa. Luego, llamó anoche. Kelly dijo que estaba con amigos, pero mi madre no está tan segura. Le pareció que la voz de Kelly sonara rara.

Meg hizo sonar la cucharilla contra la taza de café.

—Así que Kelly ha desaparecido precisamente cuando Reid Logan podría estar en la ciudad.

—Exacto.

—¿Y tus amigos del *Times*? ¿Han averiguado algo?

—He conseguido más información sobre el pasado de Reid, pero no sobre lo que podría estar haciendo ahora.

—Entonces ¿qué hacemos?

El camarero se acercó a la mesa y Meg le sonrió.

—Lo de costumbre, por favor, Stuart.

Adam pidió tortitas mientras ella consideraba sus posibilidades. Estaba preocupada no sólo por no saber qué mas podían hacer, sino por la admiración que parecía mostrar Adam por la vieja Megan Elizabeth Cooper, editora.

Pero ésa ya no era ella. Podía seguir moviéndose y diciendo lo que se esperaba que dijese, pero Adam tenía que comprender que la nueva Megan Elizabeth Cooper era la persona que ella quería ser. Había tardado treinta y tres años en darse cuenta de la verdad.

Desayunaron casi en silencio. Adam se había pasado la noche trabajando con sus contactos, y por eso no había podido acudir a su

lado. Al menos eso era lo que se había dicho a sí misma para justificarlo. ¿O sería que ya quería poner fin a su aventura? Ella quería mucho más... ¿Sería capaz de conformarse con una aventura pasajera, por muy apasionada y maravillosa que fuera? ¿Y después? ¿Cómo recompondría su corazón? Ahora que había encontrado a su hombre, ¿sería capaz de dejarlo? ¿Cómo iba a vivir sin él?

El director de política nacional del *Times* se acercó a su mesa y besó a Meg en las mejillas.

—Ah, hola Adam. No te había visto —dijo—. No me digas que has tenido la suerte de venderle tu libro a Meg.

Ella sonrió.

—Thomas, eres un encanto, como siempre. Ya sabes que estoy esperando que me envíes algo nuevo. Una de esas preciosas colecciones de ensayos haría feliz a papá.

—Pronto —le prometió Thomas—. ¿Cuándo has vuelto?

—Anoche.

—Y Adam ya te ha cazado para desayunar.

Debe de estar desesperado por vender ese manuscrito.

—Nuestra relación es puramente personal —murmuró Adam entre dientes, condenado por ver la mano de Thomas en el hombro de Meg.

—Eres un hombre afortunado —dijo Thomas, y volvió a besar a Meg, lo que aprovechó para decirle al oído—: nunca había visto a Adam tan celoso.

Una vez Thomas se marchó, Adam tiró su servilleta sobre la mesa.

—Venga, vámonos de aquí.

Por la calle, Meg no tuvo que correr para seguir su paso, ya que su ritmo de Manhattan era tan rápido como el de él. Intentó decirle lo que estaba sintiendo.

—Cuando aparece el libro adecuado sobre mi mesa, suelo tener una especie de corazonada que me dice que va a ser un éxito de ventas —Adam emitió un sonido peculiar, probablemente de desdén, pero Meg siguió de todas formas—. Es muy parecida a la sensación que experimenté cuando te vi entrar por primera vez en The Gateway. Supe en aquel mismo instante que eras mi hombre.

—Estás loca.

Meg decidió ignorar su sarcasmo; estaba preocupado por su hermana.

—¿Adónde vamos?

—Al despacho. Supongo que Reid intentará dejarme un mensaje allí.

—Buena idea. Llámame cuando lo haga. Este — señaló un edificio alto y gris—, es el cuartel general de *Scorpion.* Quiero entrar a saludar a mi padre y decirle que he vuelto—. Meg tocó su brazo—. Prométeme que no harás nada sin mí.

—Te haré saber lo que pase —se escabulló.

—No —replicó ella con firmeza—. Como te he dicho antes, me merezco llegar hasta el fin en esto, y podría venirte bien mi ayuda. He sido de un valor incalculable para ti hasta ahora.

Y sonrió, desafiándole a que disintiera.

—Eso es cierto.

Adam se alegró de tener una excusa para poder pasar más tiempo con ella. Hubiera querido besarla y abrazarla, pero no se sentía seguro con aquella nueva Meg.

—Me voy a trabajar. Puede que mi padre me haya reservado el puesto.

La Meg de Sedona le habría echado los brazos al cuello y lo habría besado antes de marcharse, y él echaba eso de menos.

—Te gusta la Meg de Nueva York, ¿verdad? —sonrió ella con tristeza—. En cuanto sepas algo de tu hermana, házmelo saber. Me siento responsable.

Y tras pellizcarle la mejilla, se marchó.

Adam no se había sentido tan solo en toda su vida.

15

—¡Has vuelto!

Peter Cooper abrió los brazos a su hija y ella se lanzó a él.

—Te he echado tanto de menos...

Meg se sentía tan segura, tan querida en los brazos de su padre que sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Pero parpadeó varias veces, dejándose invadir por el aroma de su chaqueta de tweed y algo más... una fragancia como almizclada, y eso le hizo sonreír. El perfume de Jill. Se alegraba de que su padre y ella, una editora de *Scorpion*, se hubiesen encontrado.

Su padre la besó en lo alto de la cabeza.

—Si me echabas tanto de menos, podrías haber vuelto a casa mucho antes —dijo con la voz ahogada y carraspeó—. Déjame que te vea.

La separó de él para mirarla pero sujetando sus manos, como si temiera que fuese a desaparecer. Meg se soltó con delicadeza.

—No pienso irme a ningún sitio, papá. He vuelto a casa.

—Gracias a Dios. ¿Has encontrado lo que andabas buscando?

—Más o menos. He aprendido cosas muy importantes sobre mí misma. He aprendido a correr más riesgos.

—Pero si los corres todos los días aquí, en el trabajo.

—Me refiero a personalmente. He conocido a gente muy interesante, gente para la que antes jamás habría tenido tiempo, y es un hábito que quiero mantener —Meg enrojeció— Y he conocido a un hombre.

Su padre se quedó un instante inmóvil y luego se sentó tras su mesa,.

—Háblame de él.

—Es una persona muy responsable. Cuida de su familia y siempre está decidido a hacer lo correcto —su padre se relajó visiblemente—. Lo conocí cuando irrumpió en mi tienda y me amenazó con una pistola.

—¿Qué?

De un salto, su padre se había puesto en pie.

—Tranquilízate, papá. Es que Adam estaba empezando a gustarte demasiado y ni siquiera lo conoces. Recuerda que Max te gustaba casi tanto como a mí.

—Y aun me sigue gustando, aunque lo que te hizo a ti no tiene perdón.

—No, papá. Me hizo un favor. Me obligó a vivir de verdad, a averiguar qué era lo que me faltaba y a no tomar siempre la decisión más segura.

—¿Y ahí es donde encaja ese joven?

—No lo es tanto. Anda por los cuarenta, pero es muy atractivo. Y también tremendamente testarudo e incapaz de comprometerse. Me ha costado un triunfo hacerle ver las cosas a mi manera —Meg y su padre se echaron a reír, ya que ambos sabían bien que a ella le gustaba tener el control—. Pero desgraciadamente, creo que no está enamorado de mí.

—¿Y tú lo quieres?

—Muchísimo —Meg suspiró—. Ni siquiera estoy segura de gustarle demasiado.

—Estoy seguro de que te equivocas, cariño. ¿Cómo no ibas a gustarle?

Meg se acercó a la mesa y se sentó en el borde.

—Tú eres mi padre, así que no puedes ser imparcial. Adam cree que soy impetuosa, impulsiva y voluble, y que no sé cuidar de mí misma.

Peter Cooper frunció el ceño y tomó la mano de su hija.

—¿Cómo puede tener una impresión tan equivocada de ti? ¿Qué has estado haciendo, Meg?

Meg se lo contó todo: lo de sus viajes, lo de Abigail Milton y la carta, y casi todo lo que había ocurrido después... al fin y al cabo, era su padre. Peter esperó a que su hija acabase de contarle la historia.

—Entonces, lo quieres —dijo.

Meg asintió y ambos se quedaron en silencio unos minutos. Había poco que su padre pudiera decir y que ella no hubiera pensado o dicho ya, pero de todas formas era reconfortante sentir su apoyo.

—¿Sigo teniendo mi despacho, o has dejado que alguno de esos codiciosos editores tuyos lo asaltara? —le preguntó al final.

—He tenido que combatir a brazo partido con las hordas hostiles, pero como presidente y padre tuyo, me alcé con la victoria. Vamos a echar un vistazo y de paso puedes ver cómo van los planes del otoño.

Y de camino al despacho, su padre le fue refiriendo entusiasmado los libros que habían adquirido desde que ella había partido a su año sabático.

La verdad es que le encantaba estar de nuevo en *Scorpions*. Cada portada enmarcada colgando de las paredes era como una vieja amiga. Su padre la dejó en la puerta del despacho y se volvió al suyo para hacer unas cuantas llamadas.

Sarah Tepper seguía ocupando el despacho contiguo al suyo; la placa con su apellido de soltera brillaba en la puerta, a pesar de que Sarah llevaba un enorme pedrusco en la mano izquierda.

—Amiga... menudo pedrusco ese que llevas en la mano izquierda —bromeó Meg, apoyada en el marco de la puerta.

—Valgo hasta el último centavo que le ha costado —contestó Sarah sin levantar la cabeza de la prueba que estaba corrigiendo—.

Incluso nos fugamos para casarnos, ya que tú no estabas localizable para invitarte a la boda. Jay se enfadó tanto como yo —entonces levantó la cabeza y sonrió—. Pero he de admitir que lo comprendo —se levantó de su silla y abrazó a Meg—. Cómo me alegro de tenerte de nuevo en casa.

La casa en que Adam había pasado su infancia era exactamente como Meg se la había imaginado: una pequeña vivienda de dos plantas en Queens. Como decoración, a su madre le gustaban los colores pasteles y las flores, y Adam cambió de postura en la silla estilo regencia de imitación en la que estaba sentado. No le gustaba nada la idea de encontrarse con Kelly y Reid en casa de su madre, pero eso era lo que especificaba la carta que habían recibido aquella tarde por correo urgente. Reid también pedía que su madre estuviera presente; de aquel modo, se aseguraba de que Adam no hiciera nada que pudiera ponerla en peligro. Aquel tipo era un canalla por usar a una mujer de su edad como escudo.

—Siento mucho todo esto, madre —dijo de nuevo.

También sentía tener que haber llevado a Meg con él, pero la nota también insistía en su presencia. Había echado a perder la investigación de aquel caso, porque ahora todas las mujeres que significaban algo para él estaban en peligro. Al menos eso era lo que le había dicho a Meg durante el trayecto hasta Queens.

Y Meg habría saltado de alegría al saber que se preocupaba por ella, de no ser por el tono de triste resignación con que lo había dicho.

La señora Smith dio unas palmadas en la pierna de su hijo.

—No te preocupes por mí, hijo. Las hojas de té ya me anunciaron que iba a sufrir algunos cambios en un futuro próximo, y Madame Zordova me dijo también que algún hombre peligroso iba a entrar en mi vida, pero que todo saldría bien.

—¿Madame Zordova? —preguntó Meg, encantada con la madre de Adam.

La señora Smith tenía el pelo rizado y blanco, unos vivos ojos azules y llevaba un vestido rosa, carmín rosa, pendientes y pulsera a juego también en color rosa, y zapatos rosa con pequeños lunares negros. Cuando todo aquello hubiera terminado, tenía intención de preguntarle dónde los había encontrado, porque tenía un vestido al que le irían de maravilla.

—Es mi consejera espiritual. Una vez probé con esa gente del teléfono, pero me llevé una desilusión. No me gusta hablar mal de nadie, pero creo que ese hombre no era más que un charlatán. Madame Zordova es un verdadero tesoro. Es quien me dijo que debía comprarme un caniche, y nunca me había sentido tan feliz con algo. ¿Verdad, Sweetums? —le preguntó al caniche, que estaba intentando

robar una galleta del plato de Adam. Seguro que Caroline cambiaba el color del lazo del perro todos los días, según la ropa que ella llevase puesta.

—Claro que cuando me habló de un hombre peligroso, pensaba que se refería al que me robó el bolso, pero ahora me doy cuenta de que su visión era mucho más profunda.

—No me habías hablado de eso —dijo Adam, incorporándose—. Este barrio es peligroso. No sé por qué no quieres mudarte a una de esas casitas de Virginia.

—Como si no hubiese criminales en Virginia. No pienso marcharme de la casa por la que tu padre y yo tuvimos que trabajar tanto. Es la casa en la que vi crecer a mis hijos y donde he pasado los días más felices de mi vida. Ten, Sweetums —llamó al perro, y el animal de un salto se subió sobre sus piernas. Cuando volvió a mirar a su hijo, tenía los ojos sospechosamente brillantes—. No te he dicho nada de lo del bolso porque sabía que exagerarías, y además, todo salió bien. Utilicé mi silbato de emergencia, que siempre llevo colgado del cuello, y Sergio, el hijo del dueño de la tintorería, salió corriendo detrás del ladrón y le dio alcance. Por eso me gusta este barrio: porque todos mis amigos viven aquí. Y es donde vivimos tu padre y yo, así que no pienso irme a ninguna parte.

Adam guardó silencio, pero Meg tuvo la impresión de que seguiría insistiendo en el tema cuando se quedara a solas con su madre. Adam tenía la molesta costumbre de pensar que sabía lo que era mejor para todo el mundo.

—¿Quién es ese hombre con el que vas a encontrarte aquí?

Adam se levantó y empezó a pasearse por la pequeña habitación.

—Quién es no importa. En cuanto llegue, quiero que te vayas a la cocina y que te quedes allí. Pase lo que pase, no salgas.

Caroline Smith dejó su taza sobre la mesa con firmeza.

—No pienso esconderme en mi propia cocina como si fuese un criminal.

—Mamá, no quiero que corras peligro.

—Y yo no quiero que nadie haga daño a mi niño. ¿Qué clase de madre sería si te dejase a ti y a esta preciosa joven solos con un desalmado? ¿Y puede saberse qué es lo que me estás ocultando?

Adam siguió en silencio y paseándose de un lado para otro.

—Es por Kelly. Por algo en lo que ha estado metida. Ya sabía yo que algo terrible le había pasado —dijo Caroline—. Y no me mires con cara de sorpresa, porque no soy la idiota que tú te empeñas en creer que soy.

—Yo nunca he pensado tal cosa, madre.

—Sí que lo has hecho. Te lo veo en la cara —Caroline se volvió a Meg—. Cuando mi marido murió, me quedé destrozada. Simplemente

no podía imaginarme la vida sin George. A raíz de perder su negocio, se obsesionó con volverlo a recuperar. No podía concebir la vida sin tener en sus manos un negocio rentable, así que intentó todos esos sistemas rápidos de hacer dinero, y tras su muerte fue cuando me enteré de que había invertido todos nuestros ahorros en acciones de biotecnología. Lo habíamos perdido todo. Afortunadamente, la casa estaba pagada y yo tenía mi pequeña pensión de profesora. Además, daba clases particulares, así que conseguimos salir adelante.

—Madre, yo... yo no sabía eso.

Adam se sentó a su lado y tomó sus manos.

—No podía decírtelo, hijo. Ya estabas sufriendo bastante, así que decidí inventarme la historia de que lo había perdido yo.

—¿Me mentiste?

—Quería protegerte, y el problema fue que la mentira me salió quizás demasiado bien, porque asumiste toda la responsabilidad de la familia. Al principio no me preocupó, porque estaba demasiado ocupada en aprender a vivir sin tu padre, y tardé mucho en hacerlo —Caroline soltó las manos de su hijo y se, limpió la nariz con un pañuelo que llevaba en la manga—. No quiero hacerte daño, hijo, sobre todo después de lo bueno que has sido conmigo, pero ya es hora de que todos empecemos a valernos por nosotros mismos, incluyendo a Kelly. Sé que ha tenido muchos problemas y que a ti te ha causado muchas preocupaciones, pero sea lo que sea, voy a ayudarla. Soy su madre.

Alguien metió una llave en la cerradura de la puerta y Adam no pudo contestar. Cuando la puerta se abrió despacio, Meg contuvo la respiración y rezó para que su plan llegase a funcionar. ¿Seguiría esperando Kelly que su hermano la rescatase?

La primera persona en entrar fue Kelly, una muchacha rubia muy delgada, con sombras oscuras bajo los ojos y vestida con una camiseta y unas mallas que acentuaban aún más su delgadez. Detrás de ella llegó Reid, que parecía aun más el estereotipo de vaquero rodeado por la enorme cantidad de encajes de la habitación. Gloria entró la última, espléndida con unos pantalones azules y un jersey y chaqueta a juego también azules.

—Vaya, vaya —se burló Reid—. La familia al completo.

—Tal y como tú pedías —dijo Adam, apretando los puños—. ¿Qué nos ofreces?

Reid tiró del brazo de Kelly y la colocó en el centro de la habitación.

—Te ofrezco la libertad de Kelly. Díselo. Dile a tu hermanito cómo nos ayudaste en esta historia.

Kelly levantó la cara y miró a su hermano.

—Reid me habló de los invitados que venían al rancho, y de las

identidades falsas que Gloria creaba para ellos —acarició el suelo con la bota—. Me sentí celosa de que Reid estuviera tan orgulloso de su hermana, así que quise ayudarle y me ofrecí para ser correo. Quería ser lista y valiente también, así que recogí documentos en Washington y Nueva York en varias ocasiones.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Adam.

—Después del accidente, no lo recordaba. Pasadas varias semanas, empecé a recordar pequeños detalles, sólo eso... hasta que vi la carta de Abby —sonrió con tristeza—. Ahí fue cuando empecé a asustarme, a preguntarme si mi accidente habría sido de verdad un accidente. No quería meterte en el lío en el que yo estaba por haber ayudado a Reid.

—Y yo tengo los recibos firmados —añadió él, y miró a Kelly con una expresión que casi parecía de arrepentimiento. Reid soltó su brazo —. Así que el trato es muy simple: tú me das toda la información que poseas y me prometes olvidarte de la investigación. Gloria y yo desapareceremos bajo una nueva identidad, y tú evitas que tu hermana vaya a la cárcel. Si intentas encontrarnos, enviaré al FBI todos los documentos que tengo sobre Kelly, y ella irá a la cárcel por cómplice, mientras Gloria y yo seguiremos libres.

Meg miró a Adam, preguntándose cuál sería su respuesta. Se había pasado la vida cuidando de su hermana; ¿sería capaz de dejar de hacerlo en aquel momento? Si ella fuera quien se encontrase en aquella situación y su hermano en la de Kelly, ¿no haría todo lo posible por protegerlo?

Kelly miró a su hermano con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, Adam.

Él abrió los brazos y su hermana corrió a abrazarlo.

—No te preocupes —le dijo, apartándole el pelo de la cara—. No voy a permitir que te ocurra nada malo.

Kelly asintió.

—No, Adam; no lo hagas —dijo Meg en voz alta. Tenía que hablar —. No tomes tú la decisión por Kelly. Deja que sea ella quien decida.

—Qué estupidez —espetó Gloria—. ¿De verdad crees que Kelly quiere pagar por algo que hizo simplemente por estar enamorada de mi hermano?

Kelly se separó de Adam y miró a Meg.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Megan Elizabeth Cooper, y estoy enamorada de tu hermano.

—Ah —Kelly miró a su madre, que estaba sentada en una silla en silencio, y después a Reid—. ¿Sabes? Yo te quería muchísimo.

Reid dio un paso hacia Kelly, pero se detuvo al ver avanzar a Adam.

—Yo también te quería. Es una lástima que perdieras interés en

nuestro pequeño negocio.

—Puede que tardara demasiado en darme cuenta, pero lo que Gloria y tú estabais haciendo empezó a reconcomerme por dentro. Tuve que marcharme para evitar empezar a odiarte.

—¿Qué ocurrió al final, Kelly? ¿Cómo resultaste herida? —preguntó Meg.

Reid se volvió hacia su hermana.

—¿Que le hiciste daño a Kelly? ¿Por qué?

Gloria entornó los párpados.

—Joshua se excedió un poco al hacerle llegar mi mensaje.

—Si yo me llego a enterar... ¿qué te ocurrió? —le preguntó a Kelly.

—Le dije a Gloria que me marchaba, y le pedí que te dijera que... que te quería, pero que ya no podía soportar por más tiempo lo que estabais haciendo. Temía que me convencieras de que me quedara y de no ser lo bastante fuerte para decirte que no. Pero de camino a casa, tuve un accidente de coche. Me asusté porque los frenos me fallaron, y eso que tú mismo los habías revisado días antes. Pensé que pretendías asesinarme.

—Jamás te hubiera hecho daño —dijo Reid con sinceridad—. Yo te quería, Kelly.

Gloria tiró del brazo de su hermano.

—Necesitábamos estar seguros. Joshua tenía que asustarla un poco para que supiera lo que podría ocurrirle si nos delataba.

—Pero, ¿cómo llegaste a casa después del accidente? Adam me dijo que estabas muy malherida.

—Y lo estaba, pero no lo supe hasta más tarde. Mi único pensamiento era que tenía que volver a casa y que Adam lo arreglaría todo, como siempre había hecho.

Kelly se separó de ambos, de Reid y de su hermano, y se quedó sola en el centro de la habitación.

—Es lo mismo que pensé —dijo, dirigiéndose a su hermano—, cuando Reid me dijo que habías seguido mis pasos hasta Arizona y que iba a usarme como garantía para que le dejases en paz. Pensé sólo en llegar a casa, y en dejar que mi hermano mayor solucionase el problema. Lo siento, Adam, pero tenía miedo de ir a la cárcel.

—No vas a ir a la cárcel —contestó él con firmeza.

Pero Kelly se irguió.

—No. No quiero seguir haciéndote daño. Ya es hora de que aprenda a asumir la responsabilidad de mi propia vida —dijo, y sonrió mirando a Meg—. Tienes razón. Voy a elegir: lleva a la policía todo lo que tienes sobre mí y yo testificaré ante el jurado para contarles todo lo que sé.

—Bien por ti —exclamó Meg.

—Kelly... —empezó Adam, pero se quedó callado al ver el arma

con que Gloria apuntaba a su hermana.

—Condenada mosquita muerta —susurró—. No voy a permitir que nos descubras.

Adam estaba preparado para saltar y quitar a su hermana del campo de tiro cuando se oyó una voz a espaldas de Gloria.

—¡Quietos! Policía. Tire el arma.

Un hombre de corta estatura y constitución fuerte salió de la cocina, apuntando a Gloria y con una placa en la mano.

Gloria miró a su espalda y pareció calcular sus opciones.

—Tira el arma —le dijo su hermano—. Estás empeorando la situación.

Gloria bajó la pistola y el policía se la quitó.

—Llama a la comisaría y pide refuerzos —le dijo a Meg.

—No puede detenernos —dijo Reid—. No tiene pruebas.

—He visto con mis propios ojos que esta señorita amenazaba con un arma a Kelly Smith, y sé que han sido ustedes dos quienes han retenido a la señorita Smith durante las últimas veinticuatro horas. A eso se le llama secuestro. Para cuando hayamos hecho todo el papeleo, estoy seguro de que el FBI habrá tenido tiempo de comprobar la información del señor Smith e imputará cargos en su contra.

—¿Quién es usted? —preguntó Adam, que no podía creer lo que estaba viendo.

—Doug Hatfield. Suelo trabajar para homicidios, pero Meg me pidió este favor especial.

Caroline Smith se levantó y fue al lado de su hija.

—Sí, cariño, este amable policía ha estado en nuestra cocina esperando el momento justo de detener a estos criminales.

—¿Y si Kelly no hubiera accedido a cooperar? —preguntó Adam.

—Bueno, ahí estaba el truco —reconoció Dough Hatfield—. Meg esperaba convencer a su hermana de que reconociera su implicación y le hiciera frente, así que acordamos que yo me quedase en la cocina y saliera sólo si su hermana se decidía a hacer lo correcto —el policía miró a Kelly—. Es usted una joven muy valiente.

Adam sintió que las piernas le fallaban y tuvo que sentarse. Meg llamó por teléfono a la comisaría mientras Hatfield esposaba a Gloria y Reid. Caroline Smith llevó a su hija al sofá y se sentó junto a ella para consolarla.

—¿De qué conoces a Meg? —preguntó Adam al fin al teniente.

—Es mi editora —respondió, orgulloso.

16

—Sigo sin poder creerme lo que has hecho.

Adam se acercó a Meg, y ella no retrocedió. Había esperado que Adam se enfadara con ella, pero estaba realmente furioso.

—Sólo he hecho lo que se debía hacer. Tú habrías obrado igual si se tratase de mi hermano.

—No. Yo no lo habría hecho.

—Estás mintiendo. Tú no habrías sido capaz de permitir que arrojara todos mis principios por la borda para proteger a alguien que quiero, y yo tampoco podía permitirte hacerlo. Te conozco, Adam Smith.

Adam no contestó a sus palabras y miró a su alrededor.

—Muy bonito —dijo con sarcasmo, refiriéndose a su apartamento, y Meg suspiró. Conseguir que Adam comprendiera su punto de vista no iba a ser fácil, aunque en el fondo Adam supiera que había hecho lo correcto.

Se acercó a la ventana desde la que se contemplaba una impresionante vista de Central Park. Meg había heredado aquel apartamento de la rama materna de su familia. Era demasiado grande para una sola persona, pero le gustaba tener espacio suficiente para recibir a sus amigos. Había transformado en despacho una de las habitaciones, en la que se iba acumulando una creciente pila de manuscritos.

—Tú habrías hecho lo mismo si se tratase de Jay —dijo, con un cojín en las manos para entretenerse—. Lo sé porque yo he hecho lo mismo que tú durante años. Me pasaba la vida buscando excusas y cubriendo sus desastres, hasta que conoció a Sarah Tepper. Aprendió a valérselas por sí mismo cuando se enamoró, pero hasta entonces yo había tenido que cubrirle siempre la espalda. Queriendo hacer lo mejor para él, sólo conseguí hacerle daño.

—Pero, ¿y si Kelly se hubiese negado a testificar? Tu amigo habría tenido que arrestarla de todos modos.

Adam estaba de espaldas a ella, pero percibió la angustia en su voz.

Meg deseó acudir a su lado y abrazarlo, pero un abismo crecía entre ellos a pasos de gigante.

—No necesariamente. Doug lo estaba haciendo como un favor especial hacia mí. Si no hubieran salido así las cosas, él habría olvidado esa tarde en la cocina de tu madre.

—Era correr un riesgo tremendo —masculló, y al volverse lo vio cansado—. Deberías habérmelo dicho antes.

—Si no hubiera funcionado, nunca lo habrías sabido. Sólo tu madre.

—Ya. De todas formas, deberías habérmelo dicho.

Meg necesitaba hacer algo, quitarse de delante de él.

—Voy a preparar un café. También tengo algo más fuerte, si quieres.

—¿Qué? No, café.

Adam se volvió de nuevo hacia la ventana.

Meg puso la cafetera y sacó dos de sus tazas favoritas. Cuando se descubrió interpretando una obertura con la cucharilla, se prometió a sí misma acudir a una sesión de hipnosis y deshacerse de aquella costumbre, que había vuelto a practicar inconscientemente a partir del momento en que había empezado a sospechar que Adam no quería estar con ella. Cuando el café estuvo preparado, llevó la bandeja al salón. Adam estaba sentado en uno de sus sillones de orejas, tapizado en rayas blancas y beige.

Le tendió su taza y ocupó su silla favorita frente a él. El aroma del café era reconfortante, y cuando por fin no pudo aguantar más el suspense, preguntó:

—¿Y ahora qué?

Él tomó un sorbo de café y la miró a los ojos.

—Me parece que hemos llegado al final de tu aventura.

—Me refiero a nosotros.

—Lo sé —estiró las piernas—. He de admitir que me gusta esta nueva persona que eres.

Meg sintió que el corazón se le caía a los pies.

—La triunfadora mujer de negocios.

—Sí.

—Pues yo ya no soy esa Megan Cooper. Me gusta mi búsqueda de aventuras. Fue lo que te trajo hasta mí.

—Tres besos y seremos amantes.

Meg enrojeció.

—Yo jamás habría dicho algo así antes. Jamás me habría atrevido a correr un riesgo así. Nunca habría sido tan osada.

Adam se levantó del sillón, se acercó a ella y tomó sus manos.

—Meg, yo creo que podríamos tener algo juntos.

—¿Me quieres?

Adam no contestó y Meg sintió que el estómago se le encogía. Adam seguía sin confiar en lo que sentía por ella.

—Adam… —acarició su mejilla y le apartó el pelo de la frente—. Yo te quiero más de lo que pensé que fuera posible querer.

Él la abrazó con fuerza y la besó hasta que Meg sintió que la cabeza le daba vueltas, y es que Adam la había tomado en brazos.

—¿Por dónde se va al dormitorio? —preguntó.

—Adam, para. Tenemos que hablar.

Él obedeció, pero no la bajó de sus brazos.

—¿Por qué las mujeres siempre queréis hablar cuando las cosas empiezan a ponerse interesantes?

—¿Y por qué los hombres insisten siempre en que el sexo es la respuesta a todos los problemas?

Adam la dejó en el suelo y se separó de ella. Meg se sintió abandonada.

—Adam, quiero que seas feliz. No quiero ser una carga o una obligación para ti.

—Yo no te veo como una carga. Ahora, lo que sí te encuentro es muy, pero que muy atractiva.

Dio un paso, y ella retrocedió.

—Tres besos —le recordó él.

—Sí, pero tú no crees en ello. No crees en el amor.

—Por supuesto que sí. Es algo que sólo me ha traído problemas.

—¡A eso me refiero! Ves el amor como algo malo. Dices que te importo, me haces el amor, y sin embargo, no dejas de pensar en el final. En el daño que nos vamos a hacer.

—Bueno, tengo que admitir que al principio era así. Pensé que encajabas en el patrón que no había dejado de repetir a lo largo de mi vida. Creía que eras como Allison y Kelly. Pero he visto que estaba equivocado. Eres una gran profesional, capaz de cuidar de ti misma.

Meg esperó que dijera que le gustaba su espíritu aventurero, sus deseos de cambio, pero cuando no lo hizo, supo que lo había perdido.

—Adam... yo ya te había dicho que era perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

Adam frunció el ceño.

—Ahora lo he visto —tomó su mano—. Vámonos a la cama.

—No. Tú sólo quieres verme tal como era antes, y ésa no soy yo. La verdadera Meg es la que conociste en Sedona. La mujer que, nada más verte, supo que eras la pareja que había estado esperando. La mujer que creía en cosas como en lo de los tres besos —bajó la cabeza—. Ésa es la mujer que soy.

Adam tomó sus manos de nuevo.

—No. Eso no ha sido más que... unas vacaciones. Podríamos tener algo juntos.

Meg esperó una vez más a que dijera que la quería.

—Te quiero —dijo ella, pero Adam no contestó—. Creo... creo que deberías irte.

—Meg, por favor. Deberíamos...

—¿Salir? Ya. Yo sé que eres el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida. Yo no tengo dudas, pero tú sí.

—Es verdad —admitió, como si quisiera decir algo más.

—Adiós —dijo ella, y el dolor que sentía en el corazón era tan intenso que no sabía si sería capaz de no llamarle cuando saliera por

la puerta.

Y lo fue. El hombre de sus sueños desapareció de su vida.

Adam volvió a su vida de antes, la vida de la que disfrutaba antes de ser arrollado por el ciclón Megan Elizabeth Cooper. Pero ya no disfrutaba como antes. Su trabajo seguía interesándole; incluso escribió artículos sobre varias historias de gran repercusión y su editor le nominó para un premio.

Kelly recibió una sentencia de libertad vigilada y una oferta de trabajo de Abigail Milton para volver a Sedona y ocuparse de The Gateway reconstruida. Aceptó la oferta, y les escribía regularmente unas cartas llenas de noticias sobre los habitantes de Sedona, noticias que él estaba siempre deseando recibir. El nombre de Freddie aparecía con más asiduidad que el del resto, y su madre le preguntó qué le parecería como yerno. Y aunque no le gustara demasiado admitirlo, Adam pensó que Freddie sería un excelente marido para Kelly.

Adam salió con tres mujeres maravillosas, mujeres que daban el tipo que él pensaba que encajaba en su vida: Beverly, una abogada; Charlene, una analista de mercados, y Maureen, bibliotecaria.

De entre ellas, Maureen resultó ser perfecta. Era atractiva, y le gustaba hablar sobre muchos temas. Comprendía y apreciaba su pasión por escribir y descubrir la verdad. Le gustaban mucho los niños, pero no estaba obsesionada con su reloj biológico.

Salieron a cenar y terminaron la velada en un concierto. Resultó que compartían la pasión por la música.

Un domingo paseaban por el puente de Brooklyn, en el que habían instalado puestos callejeros. Maureen vio un sombrero rojo con una flor rosa y se lo probó.

—¿Qué te parece? ¿Demasiado absurdo para una bibliotecaria?

Estaba alegre y desprendía energía, y por un segundo le recordó tanto a Meg que tuvo que respirar profundamente.

—¿No te gusta?

—Te queda de maravilla. Es que estaba pensando en otra cosa —Adam le hizo un gesto al vendedor—. Se lo lleva —dijo, y sacó la cartera.

Maureen frunció el ceño, pero no dijo nada y siguieron paseando.

Un poco más adelante, se detuvieron a contemplar la puesta del sol. ¿Qué demonios le pasaba? Maureen era la mujer perfecta para él: brillante, encantadora, divertida, sensata. Todo lo que siempre había deseado. ¿Y qué sentía por ella? Nada. Un cero orondo. Había conocido a la mujer perfecta y en lo único en lo que podía pensar era que no era Meg. Sus sentidos no se despertaban al verla entrar en una habitación. No pensaba constantemente en ella. Cuando algo bueno o malo le ocurría, no se lo contaba. Era a Meg a quien deseaba

decírselo.

—Adam, tenemos que hablar —dijo ella, mirando al río.

—La mayoría de conversaciones que empiezan así no terminan bien.

—Me gustas mucho, Adam. Tanto que no he puesto ninguna objeción a que pagaras el sombrero antes de que yo decidiera si lo quería de verdad, pero es que tienes la costumbre de decidir lo que es mejor para los demás.

—Ya me lo han dicho antes, y es una mala costumbre que he de corregir. Lo siento.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿La mujer a la que quieres olvidar saliendo conmigo? —Maureen lo miró con una sonrisa triste—. Es muy fácil deducir que estás enamorado de otra mujer. Comparas con ella todo lo que hago.

—Eso no es cierto. Bueno, sólo a veces —tomó las manos de Maureen—. Hubo alguien, sí, pero era una persona totalmente inadecuada para mí. Tú eres la clase de mujer que yo quiero...

Sintió algo sólido contra la espalda y Maureen contuvo la respiración.

—Tranquilo, jefe ——dijo una voz de crío a su espalda—. Sólo quiero el dinero. Y ese anillo que lleva tu chica.

Adam levantó en alto las manos, maldiciendo el que se hubieran parado precisamente en un rincón del paseo del río en el que nadie podría verlos. Maureen palideció y, temblándole las manos, se quitó el anillo.

—Tengo la cartera en el bolsillo de la derecha. Voy a darme la vuelta para dártela.

Adam habló con confianza y se dio despacio la vuelta para no asustar a su joven atacante.

El crío no debía de tener más de dieciséis años, pero Adam sabía que incluso un niño podía ser peligroso, así que sacó la cartera del bolsillo. El joven se la arrebató de las manos y después se volvió a Maureen.

—Quiero ese anillo.

Maureen se lo tendió con lágrimas en los ojos.

—Perteneció a mi abuela. No tenía mucho que dejarme, pero esto me lo regaló cuando cumplí diecisiete años.

Adam se colocó delante de Maureen, entre ella y el chico. El ladrón lo miró sorprendido, se guardó la cartera de Adam en el bolsillo de la cazadora y miró la calle en ambos sentidos.

—Eh, tío, estate quieto.

Adam volvió a levantar las manos. La forma en que brillaba el sudor en el rostro de su asaltante parecía sugerir que era nuevo en aquella clase de cosas, y Adam esperó que pudieran salir Maureen y él

sanos y salvos.

—Mi amiga quiere conservar el anillo. Puedes quedarte con todo el dinero, y yo tengo un Rolex.

Adam se lo quitó.

El chico miró a su alrededor sin saber qué hacer.

—Eres un tío raro.

—No quiero problemas. Mi amiga quiere conservar su anillo.

—Yo soy quien dice lo que hay que hacer.

—Por supuesto.

Adam esperó mientras el chico decidía qué hacer; luego le vio bajar el arma y alargar el brazo.

—Dame el reloj.

Adam se lo echó, y el crío salió a todo correr. Maureen sujetó a Adam por el brazo.

—¡No vayas tras él! Tenía un arma.

—No te preocupes —contestó Adam, pasándole un brazo por los hombros—. Ya se ha ido.

—Qué miedo he pasado —dijo, temblándole los labios al hablar.

—Lo sé. Pero ya no hay peligro —contestó, frotándole la espalda —. A mí ya me han robado tres veces.

—A mí, cinco —replicó—. Vamos, quiero que me lleves a casa. Ya he tenido bastantes aventuras por hoy.

Adam le ofreció su brazo y caminaron hasta encontrar un taxi que los llevó al apartamento de Maureen. Y en el trayecto, para ser más exactos, desde que oyera la palabra aventura, no había podido dejar de pensar en Meg.

Ya no podía seguir fingiendo. No podía seguir ignorando la verdad. Estaba enamorado de Meg. Hacía mucho tiempo que lo sabía, pero no había querido admitirlo, y había confiado en que con el tiempo aquel sentimiento se desvaneciera. Pero tres meses habían pasado ya y todo seguía igual.

Por culpa de Meg, no era capaz de sentir nada por otra mujer. Y la verdad era que tampoco lo deseaba.

Todo lo que había temido no era más que eso: miedo. Era un cobarde en lo referido al amor. Había tenido un mal matrimonio, sí, pero eso no significaba nada respecto a Meg. Con ella, las cosas eran diferentes a como habían sido con Allison, aunque lo que más le había preocupado era la forma en que perdía el control estando con ella. Perdía su equilibrio, su dominio racional sobre el resto del mundo. Y cuando estaba con ella, se sentía mucho más vivo de lo que se había sentido en cualquier otro momento de su vida.

Llegaron al portal del edificio de Maureen. Subieron las escaleras, y cuando sacó las llaves del bolso, se quedó un momento con ellas en la mano.

—Adam, creo que no puedo seguir viéndote.

—¿Por qué no?

Aunque él había estado intentando encontrar una forma poco desafortunada de decirle adiós, se quedó desconcertado.

Maureen lo miró con tristeza.

—Por lo que ha ocurrido esta noche. Me alegro y te agradezco mucho que hayas salvado el anillo de mi abuela, pero... has sido demasiado irreflexivo. O quizás seas un héroe, pero yo no puedo vivir así, preocupándome porque en cualquier momento puedas hacer una idiotez como ésa. Yo quiero tener una vida mucho más segura y tranquila —sonrió—. Eres un hombre maravilloso, Adam, pero no el hombre adecuado para mí.

Meg entró en su apartamento, se quitó inmediatamente los zapatos, dejó la cartera en el suelo y se frotó los pies. Luego, se dejó caer en el sofá y clavó la mirada en el techo. ¿Estaría lo bastante cansada para irse a la cama?

¿Y pasarse la noche soñando con Adam? De eso, nada. Sería mejor leerse algún manuscrito y ver la televisión hasta quedarse dormida en el sofá. Tenía que dejar de ver las películas antiguas que tanto le gustaban, porque la mayoría eran de amor y la deprimían. Cuando la dejó Max, lo pasó mal, pero aquel dolor no era nada comparado con el que estaba padeciendo ahora. Y lo peor era que no estaba segura de ser capaz de superar algún día la pérdida de Adam.

Para colmo, no estaba enfadada con él. Simplemente había sido incapaz de hacer que se enamorara de ella.

—¿Un día duro? —preguntó una voz profunda desde algún punto cerca de la ventana.

Meg se levantó del sofá de un salto. ¿Estaría empezando a tener alucinaciones?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con voz temblorosa.

Qué bien. Y ella que se había propuesto que, cuando volviese a ver a Adam, no dejaría que las emociones la traicionaran. Pero tenía el corazón en la garganta y sentía las mejillas al rojo vivo.

Adam entró en el círculo de luz de la lámpara. Iba vestido completamente de negro, con los mismos vaqueros y la misma cazadora de cuero que llevaba cuando lo conoció. Estaba pálido.

—He venido a secuestrarte.

—¿A secuestrarme? No seas ridículo. ¿Cómo vas a secuestrarme?

—Tengo un arma —contestó y dio un paso amenazador hacia ella.

Meg no se movió del sitio.

—No, no la tienes.

Adam se detuvo y la miró frunciendo el ceño.

—Meg, no seas ridícula.

—Si vas a raptarme, tienes que enseñarme el arma —dijo, cruzándose de brazos—. Porque, de otro modo, no sería una aventura real. ¿Cómo podría confiar en ti si no vienes preparado debidamente para secuestrarme?

Adam tuvo ganas de reírse, pero se contuvo.

—No puedo creerte. Pero si hace meses que no nos vemos.

—Tres meses, dos semanas y cuatro días.

—Eres una mujer imposible. Cuando planeé esto, pensé que te arrojarías a mis brazos y me dirías que sigues queriéndome... —la miró esperanzado, pero ella siguió esperando—. Está bien. He venido a decirte, a decirte... —Adam inspiró profundamente; parecía nervioso —... y tú lo que quieres es ver si tengo un arma de verdad.

—Insisto. Porque, de otro modo, no puedes secuestrarme. Así no se hace. Quiero saber si vas en serio. ¿Qué quieres decirme?

Suspirando irritado, Adam sacó la misma pistola con que la había apuntado la noche que se conocieron.

Meg sonrió, y la protección de lógica y razón con la que había acorazado su corazón empezó a derretirse.

—¿Qué querías decirme?

—Que te quiero.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Se supone que lo que tú tienes que decirme ahora es que también me quieres.

—Eso ya lo he dicho antes. Ahora lo que quiero saber es cuánto hace que lo sabes.

—Lo supe desde la primera vez que me besaste.

—¡La primera vez!

Adam avanzó hacia ella con un brillo endiablado en los ojos y Meg retrocedió.

—El segundo beso me volvió loco de deseo por ti.

—¿Y después?

—El tercero me convenció de que no podría haber mayor felicidad que si accedías a pasar el resto de tu vida conmigo.

—Pero... si tú no quieres estar conmigo.

—He intentado convencerme de ello. Hasta he salido con unas cuantas mujeres, pero todas me han aburrido. No podía dejar de compararlas contigo.

—Pero yo soy la Megan Cooper de Sedona. Me gusta confiar en mi instinto y correr riesgos.

—Sé perfectamente bien quién eres —Adam sonrió y la mirada de sus ojos verdes le llegó al alma. Deliberadamente se sentó en el sofá y la apuntó con su *Smith & Wesson* del cuarenta y cinco—. Ven aquí.

Meg le vio dejar el arma a un lado y tumbarse en el sofá. No podía pretender volver así a su vida, y colarse en su apartamento, y que ella

lo recibiera sin más.

Pero, incapaz de evitarlo, dio un paso hacia delante, y él tiró de su muñeca de modo que quedó tumbada sobre él.

—Suéltame —le dijo, pero la mantenía sujeta con brazos y piernas.

—Ya te tengo. Eres mía.

—¿Ah, sí?

Adam deslizó su mano por la espalda hasta llegar al bajo de su falda y fue levantándola muy despacio.

—Adam, ¿qué estás haciendo?

—Me debes una.

—¿Y qué quieres?

—A ti.

Y la acarició de arriba abajo antes de levantar despacio y rítmicamente las caderas, y Meg no pudo sino hacer lo mismo. Los ojos de él brillaban de pasión, esperando su respuesta.

Se necesitaban dos para jugar a aquel juego, así que Meg se apoyó en las manos para mirarlo y levantar un poco más su cuerpo.

—Besa mis pechos —le dijo con voz ahogada. Adam abrió los ojos de par en par por la sorpresa, levantó su blusa y besó sus pechos por encima del encaje se su sujetador—. Más —le rogó—. Quítame el sujetador.

Con manos temblorosas, hizo lo que le pedía y, ya sin obstáculos, besó y lamió sus pechos.

Meg desabrochó su cinturón, bajó la cremallera de sus vaqueros y deslizó una mano dentro, disfrutando del poder que le proporcionaba tenerlo así.

Lo quería en aquel momento, así que se bajó las braguitas y él la penetró. Luego, iniciaron un ritmo lento y seguro, que fue creciendo en intensidad y fuerza hasta que Meg sintió que llegaba su orgasmo y su grito invitó a Adam a relajarse y llegar al clímax en dos movimientos más.

Se quedaron tumbados unos minutos, abrazados, ella acurrucada sobre su pecho.

—Ha sido maravilloso —susurró él, besándole la sien.

—Sí.

—Eres la mujer de mi vida—. Adam le apartó el pelo de la cara y la besó en la frente. Luego, la ayudó despacio a levantarse y a colocarse la ropa, y Meg lo vio acercarse de nuevo a la ventana y enseñarle una de sus bolsas de viaje—. Ponte los zapatos, a no ser que quieras que te secuestre descalza.

—Adam, estás loco. ¿De verdad has usado la ganzúa para entrar en mi apartamento?

—Sí. Me he vuelto un hombre desesperado por tu culpa, Megan Elizabeth Cooper. No puedo vivir sin ti, así que te voy a secuestrar.

Meg sonrió.

—¿Adónde me llevas? Debería cambiarme.

—De eso nada. Me gusta ese aspecto tuyo de mujer de Nueva York, con la falda corta y los tacones. Es más, estoy deseando quitártelo todo. Es una de mis fantasías, siempre y cuando sea mi Meg de Sedona quien lo lleve puesto, claro.

Meg se echó a reír y corrió a sus brazos. Sus sentidos se desbordaron con su aroma, con su sabor, con su textura, y él la sujetó por las nalgas con una mano y la otra la enredó en su pelo para poder besarla.

—Ya basta por ahora —dijo un momento después.

Meg hizo un mohín de disgusto.

—¿Por qué siempre tenéis que decir eso los hombres cuando empieza a ponerse interesante?

—Vámonos —dijo Adam, tomando su mano—. Para cuando lleguemos al tercer beso, quiero tenerte desnuda y en la cama donde podamos estar hasta mañana recuperando estos meses perdidos.

Meg se puso los zapatos.

—De acuerdo. Pero, ¿adónde vamos?

Adam la miró con amor en los ojos.

—Megan Cooper, te quiero y quiero pasar el resto de mis días contigo, sea donde sea.

Epílogo

Meg cruzó el umbral de la iglesia, y tuvo que parpadear varias veces por el contraste entre el brillo del sol y la oscuridad del vestíbulo. Sonrió y tuvo que contenerse para no salir corriendo hasta el altar en busca de su novio. El hombre que había estado esperando toda su vida.

Su padre le apretó el brazo.

—¿Preparada? —preguntó.

—Nunca lo he estado más —dijo con una sonrisa y lo besó en la mejilla—. Gracias por haber accedido a que se celebre aquí la boda. Sedona significa mucho para mí, para Adam y para nuestros amigos.

Sus dos damas de honor les precedieron: Kelly, que lucía un anillo de compromiso que le había regalado Freddie, y Abby, que sonreía de oreja a oreja.

—Yo sólo quiero que mi hija sea feliz. Cuando Adam y tú desaparecisteis hace seis meses, temía que os hubierais fugado.

—No. Yo quería tener una boda clásica, con todos mis amigos y la familia.

Meg sonrió y avanzaron por el pasillo. Jason le guiño un ojo y apretó la mano de Michelle. Meg quería que todo el mundo fuese tan feliz como ella.

Adam había estado dispuesto a casarse con ella en cualquier punto de su viaje, pero Meg había insistido en que quería una boda por la iglesia. Él había accedido, pero siempre que pudieran disfrutar de la luna de miel primero, y los dos habían disfrutado de una espléndida aventura. Habían viajado por todo el país sin tener nada previsto, e incluso cuando se encontraron con aquel niño perdido o cuando se vieron envueltos en un atraco a un banco, la aventura resultó fabulosa. Tras seis meses, decidieron que era hora de volver a su vida habitual, convencidos de que todo cobraría otro color por el simple hecho de estar juntos.

Meg llegó al altar y ocupó su lugar junto a Adam, el lugar que ocuparía durante el resto de su vida. Adam sonrió al mirarla; tenía los ojos demasiado brillantes y Meg supo exactamente qué estaba sintiendo. Había sido una bendición que llegaran a encontrarse.

Ella, Megan Elizabeth Cooper, se iba a casar con el hombre de su vida. No podía desear un final más feliz.

Fin